



**Tipo de documento: Tesina de Grado de Ciencias de la Comunicación**

**Título del documento: Las voces de Malvinas**

**Autores (en el caso de tesis y directores):**

**Patricio Porta**

**Florencia Paez**

**Alejandro Kaufman, tutor**

**Datos de edición (fecha, editorial, lugar,**

**fecha de defensa para el caso de tesis): 2022**

Documento disponible para su consulta y descarga en el Repositorio Digital Institucional de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.  
Para más información consulte: <http://repositorio.sociales.uba.ar/>

Esta obra está bajo una licencia Creative Commons Argentina.  
Atribución-No comercial-Sin obras derivadas 4.0 (CC BY 4.0 AR)



La imagen se puede sacar de aca: [https://creativecommons.org/choose/?lang=es\\_AR](https://creativecommons.org/choose/?lang=es_AR)



TESINA

# "Las voces de Malvinas"



## DATOS PERSONALES

Tesistas

Nombres y apellidos: Patricio Porta

— Florencia Paez

DNIs: 34538762 — 33906404

Celulares: (011)15 5574—8030 //

(011)15 6167—6865

Mails: portapatricio@hotmail.com //

florenciaayelenpaez@gmail.com

Firmas:



Tutor

Nombre y apellido: Alejandro

Kaufman

N° Legajo/DNI: 11121813 Cargo:

Profesor Titular

Pertenencia institucional: CCOM,

FSOC, UBA

Tutor: interno Firma:

Facultad de Ciencias  
Sociales

Licenciatura en  
Ciencias de la  
Comunicación  
Social

# Índice

Presentación.....	2
Introducción .....	5
Cómo abordar Malvinas: un punto de partida .....	16
Capítulo I: Desmalvinización.....	22
Capítulo II: Los acuerdos de comunicación .....	28
Capítulo III: Una matriz cultural en común (los gauchos en Malvinas y la supervivencia del español) .....	38
Capítulo IV: De tierra de conflicto a un espacio de encuentro .....	47
Capítulo V: Soldado argentino sólo conocido por Dios .....	57
Conclusión .....	73
Bibliografía.....	92
Anexo.....	101

# Presentación

Desde que era chica —no recuerdo bien a qué edad empecé a hacerlo— que puedo recitar la marcha de Malvinas entera. Recuerdo cantarla en cada acto escolar sintiéndola especialmente cercana, afirmando con plena convicción que no las hemos de olvidar. Recuerdo que siempre supe un poco más de Malvinas que los demás. Siempre fui la única, por ejemplo, que sabía exactamente qué se conmemora el 10 de junio o la fecha en que se produjo la usurpación inglesa. También era la única de mi curso —y de toda la escuela— que tenía un papá que iba a dar charlas a su colegio con un grupo de amigos veteranos. Si se acercaba el 2 de abril, ahí estaba él contando cosas sobre las islas, dando los porqués que fundamentaban la argentinidad de ese territorio, explicando lo que había vivido en la guerra. Es curioso pero hace poco me di cuenta de que la mayoría de las cosas que sé de la experiencia bélica de mi papá las aprendí escuchándolo hablar en esas charlas y no porque me las contara directamente.

Ser hija de un excombatiente y veterano de guerra significa muchas cosas. Implica saber primero que veterano y ex-combatiente no son la misma cosa. Conlleva entender la importancia de ese territorio tan austral para nuestra configuración nacional. Pero también, como he descubierto, confiere la responsabilidad de convertirse en una agente malvinizadora.

Si cada persona es un mundo, cada reacción a “mi papá estuvo en la guerra” bien podría ocupar un pedacito de ese territorio. He visto pasar por las caras de quienes se enteran de esto una compilación de reacciones que van desde la sorpresa o la pena hasta el shock o el morbo. Y siempre la pregunta: “y... ¿él está bien?” Durante mucho tiempo me enojé con esa pregunta. Me molestaba su implicancia, ¿qué querían saber? ¿Si una parte física de él se había quedado en las islas? ¿O quizá que algo dentro de él no estaba del todo bien? Incontables veces revoleé los ojos al aire como si fuera una máquina de casino que deja entrever las palabras BAR—BAR—BAR. No sin trabajo, he logrado empezar a reconciliarme con esta pregunta sobre su historia (mi historia) y logré aceptar una verdad: que Malvinas es algo que moviliza, emociona, intriga y suscita pasiones en

todxs lxs argentinxs, y que hacerle justicia a mi vivencia familiar era querer que así lo fuera.

Yo siempre supe que las Malvinas son argentinas. Lo escuché de muchas bocas, lo leí en múltiples lugares e incluso me encontré con esta afirmación como nombre de una multiplicidad de cosas. Gracias a esa certeza fui hallando distintas expresiones de ese sentir reflejadas en nuestra historia colectiva: el Gaucho Rivero, Miguel Fitzgerald, Dardo Cabo y “los cóndores”, Pablo Areguati, el alegato Ruda y tantos otros ejemplos. Eventualmente llegué a comprender que “los argentinos hemos construido distintas imágenes de Malvinas y distintas imágenes para ella en la narrativa histórica y también en la personal” (Guber, 2012). Por ello en el presente trabajo se afirma que es lícito pensar Malvinas como un símbolo que condensa diferentes sentidos sobre la argentinidad que, desde la ocupación del archipiélago en 1833, han interpelado a la sociedad. La causa Malvinas, cuyo corazón es el reclamo soberano sobre las islas, preexiste a la guerra de 1982 y persiste pese a la derrota bélica: Malvinas no es sólo la guerra y la guerra no es sólo Malvinas.

Florencia Páez

El corazón de la causa Malvinas —así, sin comillas— es el reclamo de soberanía de la República Argentina sobre las Islas Malvinas y su mar adyacente, que desde 1833, año en que se consumó la ocupación británica, parece constituir un asunto pendiente para nuestro país. Para las generaciones posteriores a 1982 no ha sido fácil abordar el tema Malvinas, anquilosado en las tragedias de la guerra y en una pérdida que se muestra irreparable. Los sucesivos gobiernos democráticos apenas pudieron trazar una estrategia a largo plazo, no solo en el ámbito diplomático sino en el comunicacional. El tema aparece en agenda el 2 de abril, cuando desde el Estado se conmemora esa fecha con actos y declaraciones oficiales y desde los medios de comunicación se repiten los mismos informes y las mismas historias. Malvinas y guerra aparecen como sinónimos.

Para mi generación, nacida y criada en democracia, Malvinas es la guerra y no tanto un reclamo soberano; son los relatos de veteranos y excombatientes pero nunca un abordaje desapasionado —como si esto fuese posible— de la importancia geoestratégica de ese archipiélago, de la permanente violación al derecho internacional que supone la presencia británica allí; es una consigna vacía arrebatada por el nacionalismo más acrítico

y patrioter, aunque probablemente jamás se haya usado a las islas como ejemplo para explicarnos que Argentina es un Estado bicontinental, y que no ejercer la soberanía sobre las Malvinas se presenta como un absurdo semejante a no ejercerla en Jujuy o Formosa.

Estas cuestiones en torno a Malvinas me dejan más preguntas que respuestas: ¿cómo llegamos a clausurar todos los sentidos que llevan implícitas las Malvinas? ¿Por qué, pese a los esfuerzos de distintos actores – desde el Estado nacional hasta los expertos que se ocupan del tema y las organizaciones de veteranos y excombatientes – la cuestión Malvinas ha quedado amarrada a la experiencia bélica de 1982? ¿Es posible sustraer el tono bélico a la causa Malvinas? ¿Qué nos dice el diferendo con el Reino Unido de nosotrxs como argentinxs, de nuestra construcción como sociedad y como Nación? ¿Qué queda de Argentina en el archipiélago, en su geografía, en las costumbres de sus habitantes?

La post guerra ha planteado un versus y ha reforzado la idea del enfrentamiento con Reino Unido, de la humillación de la derrota. Pero sabemos que no siempre ha sido así, que la historia entre el continente y las islas es más que su despojo a manos británicas. El propósito de este ensayo es rastrear los periodos de diálogo directo en ambas direcciones, los momentos de encuentro y presencia argentina en Malvinas.

Patricio Porta

# Introducción

Este trabajo presenta una mirada alternativa sobre la cuestión Malvinas. A lo largo de estas páginas expondremos una recopilación coral de testimonios que se propone reponer las piezas de un rompecabezas que consideramos merece ser armado. Existe un archipiélago de experiencias, relatos y situaciones que han quedado reservadas en la intimidad de sus protagonistas, o que fueron olvidadas o siquiera reconocidas como valiosas para reconstruir la amplia, sinuosa y compleja historia de las islas. Para nuestro propósito, resulta esencial poner en diálogo esas vivencias y saberes. Por tanto, no se trata de un análisis exhaustivo de carácter historiográfico o sociológico, así como tampoco de un estudio lineal del acontecer relativo a las Malvinas. Es más bien un ensayo que se produce “a los saltos”, yendo y viniendo por aquellos episodios y procesos que han pasado desapercibidos. Y que en conjunto nos reclaman su atención.

Se trata de reponer las voces, la memoria y los momentos que nos permiten repensar una cuestión cuyos significados permanecen estancos, sus tópicos se presentan como inamovibles y que manifiestan al menos tres aspectos que identificamos a lo largo de este trabajo: lo dicho, lo no decible y lo no preguntado. A lo conocido y lo instituido por el sistema educativo y el discurso oficial se agregan los relatos y los puntos de encuentro que han permanecido semiocultos o relegados, aunque su propósito no sea forjar y mucho menos contradecir aquellas narrativas útiles a la consolidación de una identidad nacional o una historia acabada de las islas. No es un ejercicio de antagonismo sino de complementariedad. La historia nacional, o la historia oficial que el Estado argentino ha reconstruido en particular sobre las islas, se inscribe dentro de otras historias, globales y

locales, con sus propios protagonistas y sus propias subjetividades y experiencias puestas en juego, dentro y fuera de eso que podemos describir en términos laxos como patria.

Por supuesto que la proclama de “las Malvinas son argentinas” emerge a partir de una configuración de sentidos, hasta sellar un sentido común en nuestra sociedad, pero esta reivindicación puede caer fácilmente en el vacío si no se explica por qué es así. Tenemos una historia con las islas, donde se ha desplegado una presencia argentina casi de forma ininterrumpida —en contextos disímiles y muchas veces extremos— la cual ha ido construyendo vínculos con esa geografía tan cara a los sentimientos nacionales. Con todo, observamos una dificultad a la hora de problematizar aquellas caras de ese lazo con las islas que no gravitan alrededor de la guerra de 1982. Con una frecuencia abrumadora se suele pensar en Malvinas a partir de una ausencia en vez de concebirse en términos de presencia. Más allá de lo sintomático de esta observación, que responde tanto a los traumas post bélicos como a un genuino sentimiento de despojo físico de las islas, existe una resiliencia de la misma forma que ha existido un campo de vínculos estrechos previo al conflicto.

Justamente, la destrucción de esos vínculos es la otra cara de la moneda de la guerra. La calamidad alimenta los sentimientos hostiles mientras las narrativas que impone cada una de las partes hacen el resto. Todo se vuelve un diálogo entre sordos. Nuestro propósito es rescatar experiencias, reponer esos lazos, echar luz sobre episodios recientes insuficientemente alumbrados. Es un ensayo de la memoria, pero no uno nostálgico ni en clave derrotista. Es propositivo porque invita a reformular supuestos, incorporar saberes y plantear discusiones de cara a una sociedad democrática en la que el conocimiento es un derecho para ejercer una ciudadanía plena. En el mejor de los casos, algunos encontrarán respuestas a la proclama “las Malvinas son argentinas”; con suerte, otros cambiarán el enfoque sobre la cuestión. No es la intención de este trabajo

saldar cuentas pendientes con el presente ni tener la última palabra. Por el contrario, la memoria sirve para resignificar vivencias, abrir la discusión, plantear nuevos términos y sortear las barreras que levantan las narrativas dominantes en relación con Malvinas.

Incluso, se podrán hallar consideraciones que funcionen como insumo para diseñar estrategias referidas a la causa Malvinas. Los efectos que se desprendan a partir de estas páginas no corren por cuenta de estos tesisistas. Estas líneas son una invitación, un aporte y una propuesta a la vez, especialmente cuando constatamos la escasez de trabajos académicos que problematicen algún caso concreto de aproximación humana a los dos lados del Atlántico. Al respecto, merece ser destacado el trabajo realizado por el Laboratorio de Políticas Públicas hacia Malvinas de la Universidad Nacional de La Plata, que se ha constituido en un espacio de investigación, debate y reflexión multidisciplinar de la cuestión Malvinas. Otro antecedente fue la conformación del Observatorio Regional Sobre la Cuestión Malvinas en 2014, integrada por las Universidades Nacionales del Comahue, Río Negro, Patagonia San Juan Bosco, Patagonia Austral y Tierra del Fuego, y en cuya presentación se informó acerca del proyecto “Enlace Malvinas, Raíces del Futuro”, con el objetivo manifiesto de contribuir al diálogo entre los isleños y la Patagonia a través de la recuperación de los lazos históricos y de parentesco a ambos lados del Atlántico Sur. Desafortunadamente, no hemos podido acceder a dicho proyecto porque el sitio web del Observatorio Regional se encuentra desactualizado, lo cual nos hace temer que “Enlace Malvinas, Raíces del Futuro” haya quedado solo en buenas intenciones.

La mayoría de los trabajos académicos relevados carecen de una reflexión intelectual sobre los acercamientos o vínculos que ocupan al presente ensayo, y en cambio se centran en alguna arista de la guerra. Otra vez, la abrumadora producción de trabajos que abordan el conflicto bélico demuestra hasta qué punto 1982 ha impactado en la manera de acercarnos colectivamente al asunto. La guerra —en sí misma, pero también en su tratamiento mediático, su contexto histórico o sus consecuencias políticas,

sociales, culturales y humanas— pretende ser solo la excusa en toda producción académica revisada para esta tesis, y asimismo operar como punto de partida para un análisis sociológico, comunicacional o filosófico. Pero vuelve a caer en una encerrona: todo remite una y otra vez a 1982. Los trabajos de divulgación general, como los libros, abordan las islas desde su costado bélico o bien desde un análisis en clave política o geoestratégica. Sin embargo, nos convocan las experiencias e intercambios que han ocurrido al margen de los canales estatales, o al menos no estrictamente regidos por las intenciones oficiales, es decir, que lograron escapar a los restrictivos discursos referidos al reclamo diplomático que lleva adelante el Estado argentino o a consideraciones constitucionales.

No nos oponemos a esa narrativa ni a reclamo alguno, más bien optamos por rescatar esas piezas sueltas que juntas dan vida a un relato coral que revela acercamientos y lazos que han sobrepasado la hostilidad y que ofrecen otra realidad. Hay indicios para afirmar un sentido de pertenencia argentina con las islas, aunque evitamos hacer consideraciones sobre su posesión, porque este tampoco es un trabajo que indague en títulos jurídicos. Pero son indicios que refuerzan el reclamo de soberanía, aún más que cuestiones alegadas de “cercanía” o documentación histórica legítima.

Es preciso aclarar que la guerra forma parte de este trabajo, pero como se verá en adelante, es un punto de anclaje para ubicar a los lectores. Tampoco podemos hacer de cuenta que la guerra no existió, ni es lo que buscamos, pero en el orden de lo no decible o lo no preguntado, intentamos acercarnos a las experiencias ulteriores, las valoraciones y los relatos de sus protagonistas. En ese sentido, incluimos las voces de personas que vivieron el conflicto bélico desde el continente, en una región que como se podrá apreciar, siempre ha mantenido un intercambio con las islas, e incluso las de isleños, porque la guerra también fue una experiencia compartida, y parece una evidencia difícil de aceptar entre los argentinos.

Estas voces con las cuales nos reencontramos suelen aparecer como comentarios ilustrativos, anecdóticos o notas al pie en las páginas de los libros que retratan la guerra o la cuestión Malvinas como un todo: la bibliografía disponible tiende más a un repaso a grandes rasgos de la historia de las islas. Sin embargo, vale destacar el libro *1982. Días difíciles en las Malvinas* del isleño John. A.T. Fowler, quien narra allí el clima prebélico, el desembarco argentino y el desarrollo de los combates. Es uno de los pocos relatos testimoniales de un malvinense que se traduce al castellano.

Desde el lado argentino, uno de los consensos implícitos es que se debe trabajar en el vínculo con la pequeña comunidad que habita las islas si se pretende llegar a algún tipo de acuerdo. En esa premisa sigue flotando el “cómo” de manera casi irritante, con una cierta imposibilidad de ensayar una estrategia al respecto. Solo hace falta mirar la labor que hicieron las maestras argentinas que entre 1974 y 1982 enseñaron castellano en las islas. O los amistosos de rugby que juegan argentinos e isleños en Stanley. Al parecer, pocos prestan atención a lo que pasó y pasa en Malvinas. De alguna manera, Malvinas opera como un concepto más que como un territorio habitable. Por ello insistimos en escuchar y brindar un lugar privilegiado a esas experiencias y a sus protagonistas. Esos relatos forman parte de un acervo de Malvinas de significativa utilidad para extraer lecciones y expandir el campo de lo discutible.

Sea efecto del tiempo transcurrido desde el fin de la guerra o una bienvenida apuesta generacional, las crónicas y diarios de viaje publicados en medios masivos de comunicación y sitios web de gran alcance han puesto en primer plano el intercambio de periodistas argentinos con isleños en suelo malvinense, llevando a sus lectores detalles de la vida cotidiana en las islas, entrevistas a sus habitantes y opiniones de funcionarios y personas de a pie. Están las huellas físicas y humanas de la guerra, pero también recuerdos previos que involucran a argentinos y reminiscencias de la presencia criolla, a

través de usos idiomáticos y lazos familiares. Esta óptica marca un cambio de tendencia respecto a la cobertura, y ha sido fuente de consulta de este trabajo.

Con todo, falta reponer el contexto. En su libro *Viajes. De la Amazonia a las Malvinas*, Beatriz Sarlo relata la escena en la que un hombre la aborda en un pub de Stanley y comienza a hablarle en castellano. El isleño le cuenta que aprendió el idioma en Córdoba, por una beca que obtuvo cuando era chico. Este episodio (Sarlo, 2014) ilustra una época en que los isleños en edad escolar tenían la posibilidad de formarse en escuelas del continente. Ese mosaico de intercambios humanos es la razón de ser de este trabajo en cuanto brinda la oportunidad de proyectar lecturas alternativas. Un libro que se adentra en la historia de los isleños, y sus vínculos con el continente, es *Kelpers: ni ingleses ni británicos* de Natasha Niebieskikwiat (Niebieskikwiat, 2014), quien rastrea la genealogía de las familias de Malvinas, muchas de las cuales poseen parientes en el continente, y cómo la guerra ha empañado esos lazos.

Malvinas es una deuda pendiente. Eso dicen, con sus matices, los veteranos y excombatientes que entrevistamos, los artículos periodísticos que leímos y los trabajos académicos recopilados y, si bien coincidimos, creemos que hay otras preguntas posibles para hacerle a esa afirmación. ¿O acaso las plazas en los barrios, las localidades con ese mismo nombre que encontramos insistentemente distribuidas en la geografía argentina, los grafitis alusivos, las banderas de los hinchas de fútbol, el cancionero popular que abarca desde el cántico barrabrava hasta el folklore pasando por el folk, el rock y los himnos nacionalistas no hacen la misma afirmación? Si algo nos ha quedado claro en este camino es que Malvinas no deja de interpelar.

Nuestra propuesta es abrir la caja de Pandora al pensar Malvinas desde un doble juego que por un lado genera una particular fascinación y por el otro un sentimiento hasta repulsivo, que en cierta medida repele o molesta. Malvinas es una presencia que vive en el tejido social argentino y no puede más que hablarnos de quiénes somos, de qué

estamos hechos, de las contradicciones que nos forjaron, de cómo se conforma nuestra sociedad. La guerra sucedió 38 años atrás. Es curioso observar cómo un hecho concluido en términos fácticos y temporales presume de su permanencia en la actualidad. Es aún más llamativo si lo rastreamos en la historia y constatamos que, con sus distintas especificidades coyunturales, siempre se ha manifestado. Existe un resto que todavía está ahí, frente a nuestros ojos y al que no le estamos dando nombre pero que por supuesto excede la experiencia bélica de 1982.

En el primer capítulo nos adentraremos en las lecturas de Malvinas que provienen de dos sectores con los cuales buscamos polemizar pero, por sobre todas las cosas, rebatir sus postulados. A la denuncia de “desmalvinización” que profiere el nacionalismo argentino y los círculos pro belicistas de veteranos, respondemos con la propuesta de “remalvinización”, es decir, aprovechar el poder simbólico y la capacidad de interpelación que suscitan las Malvinas para alumbrar aspectos menos conocidos, alejados de las mezquindades de la guerra y de su uso para maniqueísmos políticos y hasta sectarios. Pero la “remalvinización” es también una respuesta a aquellos sectores del progresismo que atan las discusiones sobre Malvinas a la guerra y, por sucesión lógica, a una decisión de la dictadura militar. Al precio de la simplificación, esta postura no solo deshistoriza la experiencia bélica sino que confinan a un virtual silencio a sus protagonistas que, como se verá, ha sido de vital importancia para posibilitar y revitalizar el vínculo entre los argentinos y las islas. En tal caso, los alcances de la “remalvinización” dependerá de las discusiones que esté dispuesta a habilitar nuestra sociedad.

Pero si la guerra es percibida como uno de los hitos fundamentales de la cronología histórica de Malvinas, los Acuerdos de Comunicaciones de los años 70 es otro que guarda una especial significación. Y son el punto de partida del segundo capítulo. El intercambio entre las islas y el continente se incrementó a todos los niveles, el Estado argentino fue proveedor de alimentos, transporte aéreo, combustible, educación y salud a

los isleños, e incluso se hablaba de “traspaso de soberanía”. Estos acuerdos permitieron que maestras argentinas se mudaran temporalmente a las islas para enseñar castellano; si bien cundía el escepticismo entre los locales, había un consenso en relación con los beneficios reportados por este puente aéreo que rompía el aislamiento geográfico marítimo. Conocer esta experiencia implica reconectar con sus protagonistas, recuperar sus testimonios, acaso una fotografía de la época pero también una invitación a bucear en una parte sumergida de la historia que enriquece el debate sobre Malvinas. Los Acuerdos naufragaron con el comienzo de la guerra, la cual impactó de manera atroz en la Argentina continental y en el archipiélago. La lógica sanguinaria de la dictadura argentina, así como la ocupación territorial con fines bélicos y la posterior liberación — de los ocupantes para unos, del régimen militar para otros; a fin de cuentas, de los mismos trágicos personajes—, fueron compartidas por argentinos e isleños, cuyas voces revelan idénticas preocupaciones.

Era acaso otro momento compartido entre el continente y las islas de los muchos que los hermana. En el tercer capítulo veremos que la ocupación británica de 1833 nunca logró quebrar los lazos comunes ni borrar la presencia criolla del archipiélago, ya fuera a través de la toponimia (luego traducida al inglés), las expresiones idiomáticas aún en uso que provienen del castellano y las costumbres heredadas de los gauchos que poblaron los primeros asentamientos encargados por el gobierno de las Provincias Unidas. Tampoco quebraron los vínculos humanos, sobre todo por la migración desde las islas británicas a la Patagonia y al archipiélago. Matrimonios, primos hermanos, tíos lejanos, hijos a ambos lados del Atlántico Sur. Si se abre el plano, comprobaremos que el vínculo incluye a Uruguay —entre los gauchos que vivieron en las islas en el siglo XIX había originarios de la Banda Oriental— y Chile —los ciudadanos de este país que residen en Malvinas están moldeando su demografía actual—. Las islas forman parte de una misma

región. Por ende, quien pretenda ignorar una cultura compartida, compuesta de intercambios humanos, lingüísticos y los propios de la historia, comete un error.

El estrago de 1982 enfrió ese intercambio y modificó la receptividad de los isleños hacia “lo argentino”. Sin embargo, a pesar de la cerrazón de los británicos y malvinenses y de las señales confusas de los gobiernos democráticos de Argentina, los encuentros post bélicos prosiguieron. El cuarto capítulo expondrá que la mayoría de las veces, estos se produjeron al margen de los canales oficiales, en eventos deportivos o en visitas a título personal de excombatientes. Pero otras veces serán iniciativas estatales con reminiscencias de los Acuerdos de Comunicaciones, como la ayuda ofrecida por el gobierno argentino a las autoridades de las islas con motivo de la pandemia de Covid-19; o el programa isleño para estudiantes de países sudamericanos, que llevó a un joven argentino a conocer las Malvinas. Este trabajo desestima cualquier valoración acerca del carácter oficial de ciertos ofrecimientos o proyectos de cualquier gobierno. Más bien, esto pone de relieve que esos espacios de coincidencia existen, que esas puertas están abiertas y que constituyen una oportunidad para evaluar la premisa que asegura que todo contacto actual resulta imposible.

De hecho, siempre hay al menos una persona con coraje para dar el primer paso. En este caso se necesitaron dos. Geoffrey Cardozo, ex soldado británico, y Julio Aro, ex soldado argentino, fueron esenciales para restituir la identidad de los combatientes argentinos que habían perdido la vida en las islas durante la guerra. Un encuentro azaroso desencadenó uno de los proyectos humanitarios más ambiciosos, impulsado por dos hombres —dos amigos— que provienen de dos países que mantienen una disputa territorial y que llegaron al punto de combatir por ella. En este capítulo, el quinto y último, exploramos qué lleva a Cardozo y a Aro a dejar de lado el supuesto odio y la confrontación —que, no podemos hacernos los distraídos, existen en ambos territorios— para priorizar, guiados por sus convicciones personales, el deseo de localizar e identificar

los restos de aquellos argentinos que murieron en Malvinas. Sucede que desde 1982 la Argentina ha contado con datos que hubieran permitido ponerle nombre a cada persona que quedó en las islas y, sin embargo, siendo abril de 2021, cuando escribimos esta tesina, quedan aún siete personas sin identificar. Problematizaremos esta iniciativa y demostraremos su relación con el concepto de identidad, que en Argentina ha devenido en política de Estado, en particular por el impacto que supuso la desaparición de 30 mil personas a manos de la junta militar que asaltó el poder en 1976. Veremos que la cuestión identitaria, fundamental para la especie humana y bajo la cual se han organizado las culturas a través de la historia, resulta particularmente medular en el devenir de la configuración nacional argentina: se ha constituido en un campo de lucha, reconocimiento y democratización. Así de potente es.

Por lo tanto, este ensayo está elaborado a partir de las hojas desparramadas sobre la mesa, de las que cayeron al piso y de las que terminaron hechas un bollo en el tacho de basura; de los testimonios de aquellas personas que, independientemente de su lugar de nacimiento, han sido tocadas por Malvinas, con sus glorias y sus fracasos, pero sobre todo con la resistencia de sus memorias; de las preguntas que se subestimaron o no solían hacerse en voz alta y que sin embargo contienen una invitación a discutir otras realidades posibles; de las pasiones humanas compartidas, las que construyen puentes y las que desatan tempestades; de la relación imaginaria con unas islas que pocos argentinos han pisado; de las visiones vernáculas que utilizan a Malvinas para justificar discursos de un rancio nacionalismo y de las que utilizan a Malvinas para justificar posturas alternativas que apenas logran encubrir argumentos pro isleños. Si alguna de las ideas de este trabajo sirve para estimular la discusión y abrirla a nuevos enfoques que sintonicen con un espíritu constructivo, democrático y dialogante, nos daremos por contentxs. Si inspira la construcción de políticas públicas, pecaríamos de ambiciosxs.

Pero soñar no cuesta nada. Queda a disposición de lxs lectorxs la utilidad de esta reflexión tentativa.

# Cómo abordar Malvinas: un punto de partida

Hay una crónica en la revista *Viva* que dice lo siguiente:

***“Para un argentino, es difícil imaginar la cotidianidad en las Malvinas porque nos hemos acostumbrado a pensar al archipiélago en términos formateados por la guerra de 1982 y el conflicto de soberanía. Eso oculta un aspecto esencial: saber quiénes son sus habitantes, cómo son sus rostros y sus orígenes, cómo viven, qué sistema social, económico y político tienen, cómo es la geografía o su fauna. O cosas más sutiles como el gusto de la comida, el humor (o la falta de él), el sentido de la amistad, la forma en que hablan... Al final, todo resulta ser distinto a lo que podemos imaginar desde los arquetipos generados por la distancia aquí y allá, a 36 años de la guerra que nos traumatiza”.*** (Aizen, 2018)

Nuestro punto de partida — entre otros que iremos explicitando a lo largo de estas páginas — empieza por la constatación empírica de que cada vez que alguien menciona la palabra Malvinas su significado se reduce a la guerra de 1982 y, seguido en importancia y frecuencia, al reclamo de soberanía que la República Argentina lleva adelante en foros internacionales. Y es entendible que así sea, por cuestiones obvias: el trauma lógico de un conflicto bélico — especialmente en una sociedad sin experiencia en este tipo de contiendas desde el siglo XIX —, el enfrentamiento con una potencia de la dimensión del Reino Unido, su contexto en medio de una dictadura genocida, la forma en que se dio su desenlace y los intentos de los sucesivos gobiernos democráticos por arribar a una solución sobre el diferendo territorial. Pero estas cuestiones obvias parecen haberse convertido en las únicas posibilidades discursivas alrededor de Malvinas y, en consecuencia, han obturado la capacidad de hacernos preguntas respecto a las islas.

Es 9 de julio de 2019 y por primera vez en años, el gobierno nacional celebra el 203 aniversario de la Independencia con un desfile donde marchan juntos efectivos de las

fuerzas de seguridad y veteranos de Malvinas a lo largo de la Avenida del Libertador de la ciudad de Buenos Aires. El evento presenta un carácter inédito por su despliegue, y por la inclusión misma de los veteranos en una parada netamente militar. Sin dudas, equiparar a miembros profesionales de las Fuerzas Armadas con los protagonistas de la guerra de 1982 supone un intento de incorporar a los segundos en una narrativa nacionalista de carácter militarista. Malvinas parece no poder escapar a la referencia inmediata de la guerra, constituyéndose en uno de los temas privilegiados del discurso nacionalista belicista. Para nosotros, sin embargo, Malvinas presenta un recorrido que excede los tintes del chauvinismo local.

Al introducir a las Malvinas en el campo de los interrogantes más que de las certezas, vemos los lazos históricos, económicos, humanos y culturales entre las islas y el continente; la creciente oleada de turismo que conecta a Puerto Stanley con Tierra del Fuego; la geografía que comparten la Patagonia y el archipiélago; las secuelas de la guerra; la construcción de un relato colectivo que vincula a Malvinas con nuestra idiosincrasia, fracasos y aspiraciones; la palabra de los veteranos en los espacios públicos, como las escuelas. La lista podría seguir. Por ello, el discurso nacionalista ha generado una corriente de interpretaciones sobre el tema que impide el florecimiento de otros discursos y abordajes.

Durante la investigación para esta tesina encontramos dificultades para pensar las Malvinas sin encasillarlas en estos parámetros. Eso se debe en parte a que la mayoría del material elaborado sobre ellas lo está bajo estos dos ángulos mencionados previamente. Un autor que sigue esa línea, Vicente Palermo, plantea a las islas como la causa nacional por excelencia que, por los demás, encaja a la perfección con su taxativa explicación del nacionalismo local, caracterizado como unanimista, decadentista y territorialista (Palermo, 2014). Sin embargo, consideramos esta visión, si no ingenua, al menos injusta, porque Malvinas está investida de un gran poder simbólico que excede al nacionalismo como corriente ideológica de pensamiento.

¿Cómo podemos empezar a pensar en ese poder? Un primer acercamiento se nos presenta en una crónica publicada en la Agenda de Buenos Aires. En ella Tamara Tenenbaum cita a una isleña afirmando que “este lugar se te mete” (Tenenbaum, 2019). Esa persistencia en las historias personales y colectivas, tanto en el territorio isleño como en el continental, se nos revela en cada uno de los relatos que recabamos y nos marcan un territorio inédito para la exploración de las Ciencias Sociales. Tanto así que podemos afirmar que si las Malvinas nos hablan a los argentinos de lo que somos, de lo que

logramos, de lo que carecemos y de cómo nos comportamos colectivamente, lo vienen haciendo con seguridad desde antes de 1982. El nacionalismo como ideología no puede arrogarse el monopolio sobre esta causa, como tampoco podría hacerlo, por ejemplo, el comunismo, el militarismo o el ecologismo.

Rosana Guber afirma que desde fines del siglo XIX y durante el siglo XX Malvinas se ha convertido en un símbolo con distintos significados (Guber, 2012). Los conglomerados significantes en torno a Malvinas han ido evolucionando a lo largo de la historia y han tenido su correlato en los lazos concretos entre islas y el continente. Es decir, hay una inteligibilidad producto de ese cruce. Sin embargo, poco se ha pensado dentro de las investigaciones en Ciencias Sociales en esas líneas. Podríamos citar una gran cantidad de razones por las cuales justificar por qué hace falta producir saberes sobre Malvinas. Nosotrxs partimos de este enfoque en particular: representar las realidades que se manifiestan en los distintos relatos que circundan a las Malvinas nos permite crear una imagen que habilita su conocimiento para hacerlo accesible, conocible, inteligible e, incluso, susceptible de incidir en la planificación de políticas públicas coherentes con su realidad.

Consideramos que una mirada desde las Ciencias Sociales, y más específicamente una mirada comunicacional, nos permite destrabar esa clausura que no sólo abarca al significante Malvinas, sino que ha impregnado en la forma en que nos relacionamos con las islas. No todo es enfrentamiento, imposibilidad de diálogo y caso cerrado en lo que refiere a la disputa con Reino Unido. O, al menos, no siempre ha sido así. Por sobre los reclamos territoriales subyace un intercambio y una disputa por significados, saberes, relatos y cosmovisiones, que adopta la forma de una batalla simbólica antes que física y que se inscribe en un juego de poder. Y este es un enfoque propio de la Comunicación.

Y entonces, ¿cómo salir de ese empantanamiento? Viendo en la mirada comunicacional “la capacidad de reconocer en las instituciones y en la sociedad en general, lo que significan el intercambio y la negociación de significados, de saberes y de puntos de vista, la interacción y el interaprendizaje, las tácticas de la palabra y el juego del diálogo, la interlocución y la escucha” (Prieto Castillo, 2004, p.2). La causa Malvinas se resignifica conforme el tiempo transcurre, del mismo modo en que las sociedades cambian. Las Islas Malvinas no pueden significar lo mismo para una nación decimonónica en construcción —y que en 1833 vio a la corbeta británica HMS Clio echar a su guarnición del archipiélago—, que para la Argentina inmediatamente anterior a 1982. Las

generaciones de argentinos posteriores a la guerra han tendido a convertir el conflicto bélico, uno de los momentos decisivos de esta causa histórica, en la causa misma. Una sinécdoque. A partir de la rendición argentina en el Atlántico Sur, nos arriesgamos a decir que las Malvinas han adquirido una nueva dimensión en nuestras consideraciones colectivas como ciudadanos y en nuestro sistema democrático.

En nuestros días, la causa Malvinas oscila entre el recuerdo de la experiencia bélica —desde la efeméride del 2 de abril hasta la palabra viva de excombatientes y veteranos— y los intentos de retomar el diálogo sobre la soberanía de las islas con el Reino Unido. A los lectores atentos no les pasará desapercibido que uno de los principales hilos conductores de este ensayo es la afirmación de que una consecuencia de la guerra de 1982 sea la asociación de ésta a la sola mención de la palabra Malvinas en el imaginario social. A riesgo propio, sostenemos que la dificultad que esto plantea es un impedimento para visualizar que la experiencia bélica es un punto, uno más, en el entramado de una línea de tiempo y de un relato histórico que debemos seguir elaborando a fin de traer al presente como tema de debate. Claro que esto no significa relegar o intentar borrar el conflicto armado de dicho relato histórico, sino establecer una nueva relación entre los argentinos y Malvinas.

Curiosamente fue en los trabajos periodísticos —especialmente en las crónicas de viaje— donde advertimos la primera ruptura con ese orden establecido. Si bien incipiente y no muy cuantioso, hay una corriente de periodistas que plantea nuevas relaciones de saber desde hace ya algunos años. Pensamos que eso ha sido posible en la medida en que el periodismo se ha abocado a la tarea de realizar crónicas de tono etnográfico y, en esa misión, ha reflejado a *“la comunicación como un campo disciplinar desde el cual iluminar el conjunto de las prácticas sociales complejas en las cuales nos encontramos insertos como personas, grupos humanos u organizaciones; es decir, como actores sociales, individuales o colectivos, involucrados en prácticas sociales que se desarrollan en la vida cotidiana”* (Uranga, 2012, p. 4).

Parte de nuestro insumo bibliográfico serán justamente esos textos. Para poder trabajar los relatos que llegan mediados por testimonios de segunda mano, es decir personas que reproducen diálogos, prácticas, comportamientos y visiones de otrxs, tomaremos el concepto de circularidad entre culturas desarrollado por Bajtín (1987). En su obra sobre lo que denominará cultura cómica popular de la Edad Media, Bajtín utiliza los escritos de François Rabelais, un hombre perteneciente a la clase letrada pero que en cierto sentido es “bicultural”: al frecuentar los espacios y celebraciones típicas de la

cultura popular, Rabelais puede recopilar la voz de los campesinos, que luego será leída por Bajtín a través de mediaciones para plantear su teoría sobre la matriz cómica popular. Para poder presentar a Rabelais como testimonio de lo popular, Bajtín elabora el concepto de circularidad, que da cuenta de los préstamos, apropiaciones, diálogos y contestaciones entre la cultura letrada y los sectores populares. Eso sin implicar entre ellos una relación de equidad, debido a que sus vínculos económicos, culturales y sociales eran de profunda desigualdad.

El lazo que se entabla entre las islas y el continente presenta un vasto campo a explorar sobre aquello que compartimos, más que dónde divergimos. La idea de circularidad aplicada como concepción territorial nos permite plantear que entre Malvinas y Argentina continental han existido sostenidamente en el tiempo relaciones económicas, humanas, políticas, culturales y lingüísticas enmarcadas por una desigualdad en las condiciones materiales de existencia que nos interesa explorar. Los trabajos periodísticos de quienes han visitado Malvinas señalan la supervivencia del español, su readaptación de variante gracias a la inmigración chilena, el legado de la gauchesca, la pasión hacia ese pedazo de tierra, entre muchas otras cuestiones que nos conectan.

A los fines de este ensayo, los periodistas detrás de esas crónicas, artículos, libros, serán nuestros Rabelais que nos habilitarán para reconstruir mediante las mediaciones necesarias las palabras y costumbres de los isleños. ¿Cómo lo podemos hacer con este material textual? Pensando la circularidad también desde Ginzburg (1981), quien se apropia de la idea de Bajtín para investigar acerca de la experiencia concreta de los sujetos y su forma de entender el mundo. Ginzburg plantea en su obra la existencia de dos sistemas culturales relativamente cerrados que entran en contacto, a partir de lo cual surgen tipos de relaciones que se encarnan incluso en la forma de ser de los sujetos. Si bien en Bajtín el análisis es a partir de un solo texto, ambos investigadores piensan en términos de sistemas culturales relativamente cerrados que dialogan, se apropian de cuestiones, toman prestado el uno del otro, negocian y se resisten —en desigualdad de condiciones—.

Nuestra selección de trabajos periodísticos no sólo se limita a la riqueza de testimonios que aportan, sino que también nos permiten adoptar a lo largo de este ensayo una mirada antropológica: enfocarnos en las vivencias primarias de los protagonistas y cómo reponen las experiencias que los han signado. Las preguntas que nos interesan abarcar aquí responden más al campo de lo vivencial que a un análisis historiográfico o del derecho internacional que, si bien presentes, han sido los enfoques privilegiados a la

hora de hablar sobre Malvinas. Para quienes estudian la topografía del territorio, o remontan sus consideraciones a los tratados históricos que puedan certificar sus verdades, los materiales bibliográficos, los insumos datados en el tiempo, serán utilizados a tal fin. Sin perjuicio de ello, entendemos que Malvinas merece un análisis diferente y vemos en la comunicación y en los enfoques empleados durante la carrera de Ciencias de la Comunicación una puerta para desentender aquello que está fijo y re-postular nuevas conexiones, saberes, dudas, relaciones con la información que hemos recabado. Nadie se beneficiaría de este ensayo si reprodujéramos lo mismo que otros actores han formulado. Encontramos que el campo de la comunicación nos permite aprovechar esa mirada de corte antropológico para tomar la punta de este ovillo a desenmarañar a través de los vínculos humanos que han surgido producto del encuentro de estos territorios, sus habitantes y las maneras particulares en las que se ha dado ese encuentro a través del tiempo. Estas relaciones que, justamente, han sido obviadas, pasadas por alto e incluso excluidas por el carácter de animosidad que dice reinar entre ambas partes.

La importancia de Malvinas en nuestra sociedad se corresponde con la vigencia de una causa que sigue contando con un respaldo mayoritario entre sus miembros. En junio de 2020, la consultora Julio Aurelio - Aresco realizó una encuesta para medir el grado de adhesión de la cuestión Malvinas entre ciudadanos del Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA). El sondeo arrojó que 3 de cada 4 se mostraban de acuerdo con que el gobierno argentino sostuviera un reclamo de soberanía firme ante el Reino Unido; asimismo, el 87 por ciento de los encuestados respondió afirmativamente a la pregunta de si el Estado argentino debía imponer sanciones más severas a la extracción ilegal de recursos naturales en el Atlántico Sur, lo cual podría revelar que el reclamo implica un mayor grado de concientización sobre lo que está en juego en el diferendo territorial. En tanto, un 64,1 por ciento de las personas encuestadas dijo estar de acuerdo con que el reclamo diplomático se convirtiese en política de Estado. Esta encuesta deja entrever la necesidad de impulsar una sociedad informada y capaz de elaborar y expresar sus posturas en torno a problemáticas que la implican, siendo Malvinas una de ella, acaso la traducción más acabada de un comunidad que se desenvuelve como ciudadana en el marco de un Estado democrático y plural.

# Capítulo I:

## Desmalvinización

*“La memoria disminuye si no se ejercita”*

*Cicerón*

En marzo de 1983, el politólogo francés Alain Rouquié advertía en la revista *Humor* que resultaba imperioso “desmalvinizar la vida argentina” para bloquear un hipotético regreso de los militares al poder (Soriano, 1983). Ese año, sin embargo, marcaría el fin de la dictadura y uno de los momentos más trascendentales de la historia contemporánea nacional: la recuperación de la democracia, esto es, del Estado de Derecho. Ruqué había planteado una preocupación a tono con la época, pero también había introducido un término que pronto adquiriría otras acepciones.

De acuerdo a ciertos círculos de veteranos y excombatientes, del revisionismo histórico y del nacionalismo político, la “desmalvinización” ha sido desde la capitulación argentina de 1982 una potente construcción discursiva (Cangiano, 2017) destinada a desconocer las causas de la guerra, subestimar a quienes lucharon en la misma y, en última instancia, a postular que la derrota bélica fue una condición para precipitar la caída del régimen cívico-militar instaurado en 1976. Al respecto, Lorenz advierte que “con el paso del tiempo [...] ‘desmalvinización’ significó, por extensión, ‘debilitar la causa nacional’” (2012), en el sentido de cuestionar la acción bélica y la responsabilidad de los perpetradores militares. En tal caso, discutir la decisión adoptada por la Junta Militar no podría jamás, o al menos no debería, restar legitimidad a la investigación de los crímenes de lesa humanidad cometidos entre 1976 y 1983 (incluidos los que tuvieron lugar en Malvinas durante el conflicto) ni soslayar el pedido de memoria, verdad y justicia. El recuerdo de la guerra sigue aún latente en la sociedad argentina y es, no pocas veces, la única aproximación de muchos argentinos hacia lo que se conoce como causa Malvinas. La figura del excombatiente lo explica en gran parte. Sin embargo, no se puede llegar a

esta conclusión —ni explicar, por caso, el entusiasmo que suscitó en la sociedad argentina de 1982 la noticia del desembarco en las islas— si no se comprende la efectividad de la causa Malvinas a la hora de interpelar a buena parte de la ciudadanía (Amati, 2012).

Incluso si es lícito afirmar que la “pérdida” territorial ha cobrado diversos sentidos al calor del devenir histórico-político (Guber, 2012), la relación entre el archipiélago y el Estado argentino, o entre el archipiélago y la Nación argentina, puede resultar una vía útil para repensar el vínculo entre el Estado y sus ciudadanos, entre las instituciones democráticas y la política interna y externa del país. Aunque este análisis excede los propósitos de nuestro trabajo, es una línea de abordaje abierta para futuras investigaciones. Pero si como postula la corriente anti desmalvinizadora, la derrota de 1982 se presentó como resultado de la “guerra de la dictadura”, en una especie de construcción discursiva cuyo núcleo duro deshistoriza el conflicto y desconoce 150 años de reclamos oficiales dirigidos al gobierno del Reino Unido (Cangiano, 2017), entonces sería difícil de comprender por qué se ha bautizado bajo el nombre de Malvinas a plazas, edificios, colegios, aeropuertos, estadios, barrios y localidades de todo el país. O por qué, pese al signo ideológico de los sucesivos gobiernos democráticos de 1983 a esta parte, la República Argentina ha expresado insistentemente sus argumentos jurídicos-legales en foros multilaterales para desnudar una situación anacrónica de colonialismo en el Atlántico Sur. La aparente falta de profundización del debate en torno a Malvinas, o su estancamiento en lo acontecido en 1982, puede aducirse a la escasa discusión propuesta por las instituciones del Estado o los medios de comunicación, pero al tratarse de un tema presente en la memoria popular puede sortear los mecanismos oficiales para mantenerlo, acaso, como un asunto “pendiente”.

Por lo tanto, al concepto de “desmalvinización” puede contraponerse el de “remalvinización”, un efecto paradójico de la guerra, es decir, las enseñanzas de un hecho traumático, corporizadas en la figura del excombatiente, y recogidas por el cuerpo social, internalizadas, resignificadas, incorporadas a la agenda pública, a la discusión de los asuntos nacionales. Para las generaciones posteriores a 1982, la efeméride del 2 de abril y el aporte pedagógico de veteranos y excombatientes han permitido mantener viva la causa Malvinas, pero ¿qué encontramos antes de la guerra? Y más imperioso resulta aún saber qué hay en las islas y quienes las habitan. La “remalvinización” permite comenzar a navegar por estas aguas: la guerra de 1982 es más que Malvinas, como puede inferirse

de los trabajos académicos que ligan el conflicto bélico con el contexto político de esos años, de la misma manera en que Malvinas es más que esa guerra. Dicho esto, nos atrevemos a decir que si existe algo tal como la “desmalvinización”, debe estar vinculado al hecho de negar la posibilidad de los relatos de los excombatientes, por ejemplo, cuando su palabra estuvo vedada inmediatamente después de regresar al continente. Desmalvinizar, en tal caso, no viene de la derrota, sino de nuestra imposibilidad de hacer lugar para los relatos de los sobrevivientes de la guerra. Entonces, proclamarse malvinero o partidario de esta causa particular implica necesariamente entender que es necesario recuperar esos relatos desgarrados.

De hecho, una forma de exorcizar el pasado, pero también de consagrar los testimonios, poner el cuerpo una vez más y democratizar la palabra, en esta oportunidad llegando incluso a nuevas audiencias nacidas después de 1982, fue el diálogo intergeneracional que se ha producido a través de los veteranos y excombatientes. Cuando otras mediaciones se ven obturadas o vedadas a ciertos actores sociales – por caso, la ausencia de aquellos que volvieron de la guerra en las instituciones oficiales o en los grandes medios de comunicación tenía su correlato en las charlas que brindaron posteriormente en espacios comunitarios más locales, como clubes vecinales, centros municipales y escuelas, de modo que vemos emerger a la oralidad como posibilidad de transmitir la palabra y construir una memoria popular (Barbero, 2000). Y son las voces de veteranos y excombatientes, aunque no las únicas, las que edificaron un relato coral sobre Malvinas tras el enfrentamiento que impidió que la experiencia bélica y el reclamo soberano cayeran en el olvido.

La tarea de los grupos de veteranos y excombatientes, insistimos, es reponer las historias personales en una genealogía de Malvinas que permite inscribir su paso por las islas, en un contexto político y social determinado. Es mediante la narración de relatos de una generación a otra que se construye una memoria colectiva, incluso una mitología o un sistema de valores, en un proceso que se presenta como un imperativo universal (Oz y Oz—Salzberger, 2014). Es estéril arriesgar hipótesis acerca de acontecimientos que no ocurrieron, como una victoria argentina en 1982 o la inexistencia misma de la guerra. El hecho es que la guerra sí existió. Y si la palabra de sus protagonistas por sí sola no basta para echar por tierra los argumentos de la corriente anti desmalvinizadora, hacer de cuenta que el conflicto armado no existió, y con ello sus consecuencias, tampoco ayuda demasiado para ver dónde estamos parados hoy. Como se demostrará en las páginas

que siguen, el reclamo por Malvinas continuó una vez terminada la guerra y es un tema discutido en la sociedad. Se adaptaron las estrategias a escenarios nuevos y cambiantes, pero no creemos que haya prevalecido una postura desmalvinizadora.

Con todo, es innegable que existen posiciones contrarias a aquellas del revisionismo histórico y del nacionalismo, en su mayoría académicas y en círculos pretendidamente progresistas, que tienden a caracterizar a Malvinas como una suerte de causa perdida para Argentina, con un discurso que raya el derrotismo o elige como adversario de sus discusiones a los sectores más nacionalistas de la sociedad. Incluso un grupo de intelectuales y políticos llegó a defender el derecho de autodeterminación de los isleños, sin importar siquiera que se trata de una opción legalmente inviable de acuerdo al derecho internacional (Una visión alternativa sobre la causa de Malvinas, 23 de febrero de 2012).

Aun cuando estas posturas prácticamente coyunturales y provocadoras sean genuinas y presenten postulados válidos —como también lo hace el discurso anti “desmalvinización”— nos dejan en la misma encerrona que su contracara: atraparnos en los márgenes de la guerra y coartarnos la posibilidad de imaginar otras vías de acercarnos a las islas. La propuesta “remalvinizadora” es deudora de la guerra, pero se sustenta en una historia que atraviesa ya varios siglos, y es desde allí que proyecta sus lecturas, habilita sus discursos y sus discusiones, problematiza nuevas aristas de la cuestión y pone en contexto y valor los testimonios y la palabra viva de aquellxs que han tenido contacto con las islas. A diferencia de lo que sostiene Palermo en relación con la lógica que impera detrás de la causa Malvinas, cuya instauración y permanencia en el imaginario social se debe a la confluencia entre un nacionalismo victimista y las elites políticas y culturales de comienzos del siglo XX —ansiosas por solidificar un discurso oficial integrador en una sociedad heterogénea en base al territorio—, consideramos más útil preguntarnos el por qué y no el cómo. Una cantidad importante de los trabajos acerca de Malvinas se centran en la alta política, y por ende en el proceso por el cual el reclamo sobre las islas se consagró en causa nacional, en vez de indagar el poder de atracción que ha suscitado en generaciones de argentinos, o sea, el porqué del asunto.

Tampoco consideramos que la “remalvinización”, al menos en los términos en que lo explica el autor, tenga que basarse necesariamente en una serie de olvidos selectivos, ni solo pueda ser conducida por una “minoría activa malvinera”, otra forma de describir la influencia sin contrapesos que el nacionalismo tendría en la opinión pública (Palermo,

2007). En parte porque entendemos que, paradójicamente, tanto la postura anti “desmalvinizadora” como la de los críticos de la *causa Malvinas* tienen su punto de partida en la amputación territorial, el despojo, la incompletitud, la humillación y sus traumas acarreados para una identidad nacional en crisis. Los términos siempre son pesimistas o negativos. En cambio, rara vez el abordaje se da desde la afirmación positiva: la reivindicación, el interés sincero, el ánimo de comprender el asunto y sopesar soluciones o, simplemente, la curiosidad.

Así, si damos crédito a la premisa de que Malvinas ha perdido cierta capacidad de interpelar a determinadas capas de la sociedad, por vago que esto pueda parecer, y sin ningún tipo de rigor estadístico —pero como sostiene el grupo de intelectuales a favor de la autodeterminación de los malvinenses, pese a la falta de rigor estadístico y a casos que se juzgarían de excepcionales— entonces deberíamos preguntarnos por qué ocurre esta situación. Y esa es una tarea que la propuesta “remalvinizadora” deberá asumir, así como también definir nuevos términos para nuevos abordajes. Resulta entonces difícil de contemplar la eficacia de aquellas lecturas que restan importancia al impacto popular la *causa Malvinas*, tachándola de artificial (Palermo, 2007) e impuesta “desde arriba”, como si la disputa territorial hubiese emergido misteriosamente hasta impregnar en el imaginario social de los argentinos. A modo de hipótesis, podemos arriesgar que si el conflicto de soberanía ha terminado por conformar un punto destacado dentro de la identidad nacional es porque ha existido un largo y sostenido intercambio entre las islas y el continente, al menos hasta 1982, aunque también posteriormente. Pero principalmente porque Malvinas ha logrado cristalizar los deseos, aspiraciones y reivindicaciones de distintas corrientes de pensamiento político y de expresiones culturales.

El carácter territorialista de la disputa responde a los imperativos programáticos del nacionalismo vernáculo, aunque también, con mayor o menor intensidad, a los propósitos estatales. De ello puede deducirse que no hay adoctrinamiento efectivo ante la polisemia y el peso significativo de Malvinas. Este es un campo soslayado por las producciones referidas a Malvinas, y al mismo tiempo una fuente a disposición para indagar las derivas de esa multiplicidad de sentidos en torno al tema. Esa posibilidad, empero, precisa dejar en un segundo plano las intenciones de los gobiernos militares y civiles, y centrar la atención en el nivel en el que la cooperación y el diálogo entre las partes (argentinos, británicos y malvinenses) han producido resultados concretos. Como veremos más

adelante, los Acuerdos de Comunicaciones de la década de 1970 grafican como ninguna otra experiencia cercana en el tiempo la magnitud del acercamiento con las islas.

La potencia de la propuesta de “remalvinización” radica en la memoria, pero no se trata de una nostálgica, sino de una colectiva. Pero una memoria colectiva siempre es un campo de lucha por determinar cuáles serán los símbolos y representaciones dentro de un colectivo social compartido (Ansaldi, 2012). Son escasos los discursos circulantes respecto a Malvinas que privilegian los imaginarios y expresiones simbólicas – los cuales constituyen identidades —, un campo tan rico como poco explorado. No es cuestión de antagonizar entre las diversas memorias en disputa, más bien se trata de recordar que “reivindicar la memoria no es anclarse en el pasado, pero es claro que no tenemos por qué ser siempre prisioneros de él” (Ansaldi, 2012).

Tanto quienes se oponen a la corriente “desmalvinizadora”, como los que postulan un discurso crítico con la relación entre Argentina (Estado y Nación) y las islas parecen olvidar que la memoria colectiva sirve para reencontrarnos con nuestras acciones pasadas para analizarlas, incorporarlas, y así leer nuestro presente. Es una herramienta de gran valor para los propósitos de este ensayo. Sin embargo, debemos insistir respecto a este punto: la memoria colectiva no debe desterrar al campo del olvido el efecto que tuvieron la guerra y su contexto – una maquinaria de desaparición forzada de personas instaurada seis años antes – en el imaginario social sobre Malvinas y su reivindicación como causa. En tanto, un punto de fuga será indagar sobre el imaginario social previo a 1982.

# Capítulo II:

## Los acuerdos de comunicación

A comienzos de la década de 1970, las conversaciones entre Argentina y Reino Unido derivaron en los llamados Acuerdos de Comunicaciones. La Declaración Conjunta del 1 de julio de 1971 contemplaba una serie de aspectos novedosos: el Estado argentino entregaría a los residentes de las islas un documento para su libre desplazamiento en territorio continental y se comprometía a establecer un servicio aéreo semanal destinado a pasajeros, productos y correspondencia. Era un comienzo auspicioso al que se había arribado tras una serie de encuentros reservados entre funcionarios argentinos y una delegación de isleños en la sede de la Cancillería, en Buenos Aires. A poco menos de un año, el 2 de mayo de 1972, las partes dieron un paso más con la firma de un acuerdo por el cual Argentina levantaría un aeródromo en Malvinas con mano de obra llevada desde el continente, pero con participación isleña. Este intercambio inédito, que venía a salvar los problemas logísticos del archipiélago – por su carácter insular, por supuesto, aunque principalmente por el bajo nivel de desarrollo local y la distancia con Londres – incluyó la apertura de una oficina de Líneas Aéreas del Estado (LADE) y la instalación de una planta de Yacimientos Petrolíferos Fiscales (YPF) en Stanley.

Para unas islas prácticamente incomunicadas por su situación política y geográfica, con una población que en 1972 era de tan solo 1957 habitantes, dedicada en su mayoría a la actividad lanera y acostumbrada a calentar sus hogares con turba, la provisión de combustible líquido y gas natural era una solución práctica para sus vidas cotidianas (Peretti y Varisco, 2017). En aquella época escaseaban los lugares de esparcimiento, la vida estaba dedicada al trabajo y un buque unía una vez al mes Montevideo con Stanley, la única oportunidad de proveerse de bienes básicos. El enlace aéreo era inexistente. Como sostiene José Manuel Moneta en 1970, “es errónea, pues, la política argentina de

mantener físicamente aisladas a las Malvinas de nuestro territorio, pues si comerciamos con Gran Bretaña también podemos hacer lo mismo con las Malvinas, ya que ello nunca implicaría reconocimiento alguno de la ocupación de la fuerza que Inglaterra ejerce sobre las islas” (Moneta, p. 50).

Era la presencia del Estado, en este caso el argentino, proveedor de bienes y servicios a los habitantes de un territorio insular. Existen miradas nostálgicas que ven en los Acuerdos de Comunicaciones una suerte de edad de oro en los intentos de Argentina por recuperar la soberanía sobre Malvinas. Una oportunidad que la guerra de 1982 sepultó. Sin embargo, para ser considerada una estrategia, o una política de Estado, debería haber contado con la oportunidad de desplegarse a largo plazo. En vez de darle ese enfoque, los Acuerdos de los '70 fueron ideados como un movimiento táctico. El diplomático Juan Archibaldo Lanús reconoce que el camino emprendido por Argentina era, al tiempo que continuaba con su reclamo en foros internacionales, propiciar un acercamiento humano con los isleños, generar un cambio en las opiniones de sus habitantes, vincularlos con el territorio continental, pero especialmente con los argentinos.

Después de todo, ¿qué mejor forma de reforzar un reclamo que ganar las voluntades de la gente que habita el territorio disputado? La táctica argentina, entonces, no pasaba por solo convertirse en un Estado provisor a ojos de los malvinenses, sino por ofrecer hospitalidad, un “hogar” del otro lado del mar. No era una mera vía de intercambio de mercaderías. Sí era una vía para penetrar en el imaginario de los isleños, por hallar puntos en común y despertar su curiosidad. Quizás por ello una de las apuestas más interesantes de los Acuerdos haya sido el envío de maestras, entre julio de 1974 y marzo de 1982, para enseñar castellano a los malvinenses. María Fernanda Cañas fue una de ellas. Viajó en 1974 junto a su hermana María Teresa, convocadas por el gobierno del entonces presidente Juan Domingo Perón:

*“El gobierno de las islas quería profesoras de español. Tengo entendido que primero fueron a buscarlas a Uruguay y después terminaron en Argentina. Los Acuerdos de Comunicaciones abrían un contacto con el continente (...) y consideraban que el idioma era necesario”.*

En su testimonio, María Fernanda Cañas da cuenta de las particulares condiciones de vida al promediar los '70 cuando evoca el encuentro con el Superintendente de Educación de las islas, que se trasladó hasta Buenos Aires para entrevistarlas: “Nos

*preguntó: '¿ustedes vienen con el hacha y el serrucho?'. El gobierno de las islas nos proveía de turba como combustible, que venía en bloques grandes, pero para ponerla en la cocina o en las estufas tenés que cortarlos. Para eso necesitábamos el hacha. Cuando vos querías la carne, dejabas un cartel en la tranquerita de tu casa donde le decías al carnicero si querías el cuarto delantero o el cuarto trasero. Y él te dejaba el cuarto en una fiamblera que tenías afuera. Después tenías que trozarlo. Ahí el serrucho. Nos miró un poquito desafiante. Nosotras con cara de póker le respondimos: 'bueno, si es necesario, ¿por qué no?'. Resultó que era necesario”.*

El gobierno argentino pagaba a las hermanas Cañas el sueldo y los gastos de viaje, pero no había mucho para hacer en Stanley. No había televisión, ni cine. Tampoco grandes tiendas. Solo había dos pubs y se proyectaban películas en una iglesia anglicana una vez al mes. Las maestras argentinas impartían clases a alumnos de nivel primario y secundario, y dos veces por semana también a adultos, además de las clases por radio para los chicos que vivían en el campo. De a poco fueron forjando un vínculo con los locales. *“En ese momento, el isleño era un habitante insular. Estaban acostumbrados a encerrarse. Tenían un nivel de desarrollo muy bajo, estaban como abandonados y no había manera de que pudieran salir de las islas. Si querían ir a Inglaterra, no podían estar más de tres meses, iban como turistas. Tenían el futuro muy bloqueado (...) Con el paso del tiempo se fueron abriendo, intercambiamos recetas de cocina. No eran lo mismo que los británicos, que tenían cara seria y hasta se cruzaban de vereda cuando ibas caminando. Una vez tiraron unos huevos a la oficina de LADE”.*

La animosidad que se desprende de este testimonio demuestra lo arriesgado de la apuesta argentina. Ante la desconfianza evidente, el camino para quebrar esa frontera entre “nosotros” y los “otros” era probablemente la única opción donde se podía esperar un cambio. Había una asimetría en el plano diplomático, el escenario donde la fuerza tenía la palabra final. Y Argentina implementó una táctica de acercamiento que tras 1982 nunca volvió a ser reformulada en esos términos y, menos aún, puesta en práctica. El poder de la fuerza que ostenta el Reino Unido hace primar siempre sus discursos y sus verdades por la mera imposición. Esa relación de fuerzas siempre ha sido desfavorable para el lado argentino en el diferendo con Reino Unido. El derecho internacional expone esas posiciones y el modo en que cada una de ellas se desempeña. Prevalece la razón del más fuerte, pero donde hay poder también hay resistencia.

Reino Unido posee una concepción de poder que conjuga de manera alternada elementos de poder duros, como sus recursos económicos y militares, con aquellos que los cientistas políticos denominan blandos, como sus valores o narrativas (Actis y Creus, 2020). Previo a la irrupción de la guerra, Londres había mantenido una visión relacional del poder en lo referido a Malvinas. De esta forma, alcanzaba con controlar la agenda y determinar los puntos a ser destacados en las negociaciones con Buenos Aires. El plan consistía en bloquear veladamente los propósitos argentinos, pero no de un modo agresivo o a partir de una necesidad imposible de destrabar. A diferencia de la actitud británica en la posguerra, con el establecimiento de una base militar en Mount Pleasant y una conciencia reforzada sobre la importancia geopolítica del archipiélago —que justifica su presencia en Atlántico Sur y en la Antártida—, al momento de los Acuerdos de Comunicaciones existía una puerta entreabierta a partir de la cual la estrategia argentina de propiciar un acercamiento con los isleños podía desarrollarse.

La concepción de la diplomacia argentina en tiempos de los Acuerdos de Comunicaciones también atiende a este desbalance de fuerzas. Es una adaptación a las circunstancias, pero en primer lugar una respuesta diferente ante el mismo embate. Los intereses de Reino Unido y los grupos de presión isleños echarían por tierra la cooperación construida hasta entonces. Aunque hacia 1974 el gobierno británico consideraba la propuesta de un “condominio” que habilitara la cosoberanía de Argentina, la encerrona semántica escondía los verdaderos propósitos de cada una de las partes. Argentina descartó la idea de condominio y planteó una administración conjunta, respetando los *intereses* isleños, mientras que Reino Unido apeló a los *deseos* de los mismos para retirar su propuesta original. Ésta postulaba la oficialidad de los idiomas inglés y castellano en las islas, la doble nacionalidad para sus habitantes y la designación del gobernador por la reina o el presidente argentino de forma alternada (Lanús, 2016). La contrapropuesta argentina iba en la misma dirección. Pese al estancamiento, nunca antes – ni después – se había llegado a un punto semejante en la disputa angloargentina. La imposición del más fuerte no impidió al Estado argentino ensayar, al margen de la alta diplomacia, una táctica que generó un acercamiento concreto en ambas direcciones.

El puente aéreo materializado por los Acuerdos de Comunicaciones era simbólico en todas sus proyecciones. Hubo isleños que nacieron en hospitales de Comodoro Rivadavia, Río Gallegos o Buenos Aires. Otros que estudiaron en universidades argentinas. Jóvenes malvinenses fueron becados para estudiar en secundarios

argentinos. Se contemplaba que fueran establecimientos bilingües y se desplegó una red que tenía una de sus claves en la comunidad británica asentada en el país. Los reveses en las conversaciones diplomáticas no impidieron que en 1978 se llegara al récord de 47 alumnos isleños formados en colegios argentinos (Declaración conjunta referente a la apertura de las comunicaciones entre las Islas Malvinas y el territorio continental argentino y su anexo, 05 de julio de 2010).

Varias décadas más tarde, cuando la periodista Natasha Niebieskikwiat le preguntó por los acuerdos entre Londres y Buenos Aires al isleño David Pole Evans, con familia en el continente, pero hostil a la presencia argentina en el archipiélago, este respondió:

*“Argentina quería volar a las Islas Falklands. Fue en ese momento que comenzaron y les fue bien, porque los vuelos eran muy baratos, pero una vez que comenzaron a volar aquí, empezaron a establecer su presencia. Los argentinos son muy inteligentes y saben bien lo que hacen (...) Han hecho muchas cosas. En el 77, hicieron un acuerdo por el combustible y ellos proporcionaban todo el combustible a las Islas Falklands”.* (Niebieskikwiat, 2014, p. 129)

Es innegable que la estrategia argentina a largo plazo, recuperar la soberanía sobre Malvinas, choca con la estrategia británica que se opone a discutir justamente esa cuestión de fondo. En ese laberinto, con una correlación de fuerzas de por sí desfavorable para Argentina, la táctica se enfocó en acercarse a los isleños. El intercambio entre islas y continente, que no era novedoso, fue ideado como un acercamiento progresivo y sostenido, acaso la única alternativa, aquella que inclinaría —como se ilusionaban sus promotores— la voluntad isleña del lado argentino. El problema para la parte argentina es que la táctica dejó de ser viable cuando el plan estratégico viró con la guerra. ¿Pero qué sucede si se invierten táctica y estrategia? ¿Cuál es el fin y cuál el medio en este asunto? ¿Puede haber soberanía argentina efectiva en Malvinas sin consenso isleño? Esos interrogantes fueron la base del planteo argentino en los Acuerdos de Comunicaciones. Las voces críticas con la guerra apuntan a que se ha perdido ya la confianza de los malvinenses.

Una cuestión que involucra al proyecto remalvinizador es pensar el rol de Argentina en el escenario mundial. La magnitud y el peso regional de nuestro país le otorgan un carácter de potencia mediana o intermedia —su desempeño en los organismos multilaterales y su membresía al G20 lo atestiguan—, que implica una serie de

compromisos con la comunidad global, en lo que refiere al sostenimiento de la paz y la seguridad mundiales, la promoción de los derechos humanos y la lucha contra el cambio climático. La experiencia de ser un país ubicado en el hemisferio sur, una república constituida tras liberarse del imperio español en el siglo XIX y su papel de intermediario entre la “periferia” y las naciones “centrales” es un aporte a la discusión de temas que atañen a la humanidad. Pero como señala el diplomático Juan Ignacio Roccatagliata, una potencia media se construye a partir de una identidad socialmente construida hacia el interior de su territorio, en un juego de proyección de sus intenciones internacionales (Roccatagliata, 2020). Esa identidad no es otra cosa que la representación interna que una sociedad constituye a partir de sí misma, atendiendo a una economía en función del bienestar de su población, una educación accesible y democrática y los valores con los que desea ser reconocida en el plano exterior. Y las aspiraciones soberanas de Argentina acerca de las islas debe contemplar el lugar de sus habitantes en las aspiraciones generales de nuestro país. De cómo construya su imagen hacia el afuera (y hacia Malvinas) dependerán también los aciertos sobre el archipiélago.

Volviendo a esa “oportunidad perdida” que significaron los Acuerdos de Comunicaciones, y si este diagnóstico es irreversible, al menos Pole Evans admite la astucia argentina del período de diálogo directo con las islas. Incluso Adrian Mock, un representante isleño, expresó a un funcionario de Cancillería que los malvinenses apreciaban “todo lo que los argentinos habían hecho en comunicaciones, economía, y salud” pero temían “segundas intenciones” (Lorenz, 2007). Excede a los propósitos de este ensayo indagar en los sentimientos de los isleños hacia las políticas del Estado argentino, con licencia por la amplitud del concepto, y aún más la eficacia de esas políticas en términos de resultados auspiciosos para sus promotores. Pero lo que recogen trabajos como el de María del Carmen Malbrán (2014), en base a los testimonios anónimos de argentinos residentes en Stanley, isleños y británicos obtenidos en julio de 1974, evidencian que el supuesto sentimiento “antiargentino” generalizado en Malvinas es cuestionable. Según la autora, “las personas abiertamente antiargentinas constituían una minoría. En general los pobladores y los residentes británicos temporarios se mostraban cordiales, hospitalarios y generosos con los argentinos”, en coincidencia con las palabras de Cañás.

Algo curioso, por otra parte, es que “la información sobre la Argentina era escasa, descontextualizada y en cierto sentido maliciosa” en épocas de los Acuerdos de

Comunicaciones, lo cual hace pensar en la urgencia de establecer contactos de primera mano. El ensayo de Malbrán se ofrece como un *racconto* de su experiencia en las islas tras acompañar a un grupo de becarios malvinenses que estudiaban en colegios de Buenos Aires y regresaban a sus hogares en vacaciones de invierno. Los padres de los alumnos, destaca la autora, “se acercaron para agradecer el cuidado dispensado a sus hijos, y en algunos casos retribuir la atención invitándola a sus hogares”. Ese acercamiento demuestra los efectos positivos de la política educativa del Estado argentino hacia los becarios malvinenses y sus familias. Y aunque el trabajo destaque que los isleños reacios a la presencia argentina eran una minoría que comenzaba a ganar fuerza entre los locales, “en tiempos recientes habían tenido lugar actividades de intercambio cultural con la Argentina: en mayo una exposición de obras de pintores argentinos; en julio recaló en Puerto Stanley el barco Bahía Buen Suceso de la Armada Argentina, con un grupo de artistas a bordo que ofrecieron dos funciones de música y danzas nativas argentinas. Los espectáculos contaron con nutrida asistencia incluida la presencia del gobernador”.

Lo interesante, acaso, sean las potencialidades de una táctica que puede rehabilitarse si se adapta a las circunstancias. Para hacer una idea del alcance temporal de los Acuerdos de los 70, la última maestra argentina, María Isabel Hoffmann, fue evacuada en marzo de 1982, apenas semanas antes de que los soldados argentinos pusieran un pie en el archipiélago, el 2 de abril. Marta Graciela Tricotti, una de las dos maestras que dio clases de castellano desde septiembre de 1977 hasta diciembre de 1978, recuerda así la convivencia con los isleños: *“Fue un poco difícil. Nosotras tratábamos de hacer todo un trabajo diplomático, éramos jóvenes y evidentemente no queríamos estar en contra de ellos. Teníamos la ventaja además de saber inglés. No tenían nada en contra nuestro, pero en general nos miraban con recelo, como que queríamos sacarles las islas. Más que nada tenían miedo porque no sabían en qué iba a terminar esta negociación. Pero por otro lado usaban todo lo que el gobierno argentino les daba: los hospitales de Comodoro si había alguna operación, las escuelas argentinas para venir a estudiar acá. Todos los jueves llegaban frutas y verduras en un vuelo de LADE”*.

Para forjar una identidad común, un grupo de personas necesariamente comparte una serie de representaciones culturales que al mismo tiempo les permite trazar una frontera con otras comunidades, todo ello en un momento histórico determinado y bajo un sistema social dado (Giménez, 2000). Sin embargo, también es cierto que un mismo

acontecimiento puede marcar simultáneamente a dos o más comunidades. Claro que ese impacto difiere por lo mencionado más arriba: esos repertorios simbólicos servirán de filtro a cada grupo social para dar sentido a lo ocurrido. Después de todo, lo vivido – eso sí, previamente codificado por la memoria colectiva – constituye un insumo clave para construir una identidad común (Ansaldi, 2012).

La guerra de 1982 es objeto de disputa al interior de cada sociedad, sea la argentina o la británica. Es decir, dentro de Argentina el conflicto bélico puede ser considerado una gesta heroica que intentó recuperar las Malvinas, o bien entendido como uno de los últimos actos de una dictadura represiva y genocida. Estas concepciones no son excluyentes. En el Reino Unido, la lectura es similar: están aquellos que conciben la guerra como una acción patriótica destinada a proteger un territorio de ultramar y quienes ven en esa campaña un acto desesperado por parte de un gobierno impopular como el de Margaret Thatcher. Aquí también ambos discursos pueden convivir en algún que otro grado. Y vale destacar que no son los únicos discursos. Pero más allá de estas coincidencias, argentinos e isleños se vieron forzados a participar de una guerra, y si somos más precisos, podemos afirmar que tanto los habitantes del continente como los de las islas vivieron la furia desatada por la junta militar liderada por Leopoldo F. Galtieri.

Despojémonos de nuestras visiones personales acerca de la guerra de Malvinas. Usemos la imaginación por un instante. Es irrelevante si consideramos a las islas parte integrante del territorio argentino. Importa en este caso la historia compartida entre la Patagonia y las Malvinas, el intercambio humano y comercial, extensible también al resto de la Argentina continental, a pesar de la disputa entre dos Estados y sin tener en cuenta lo incómodo de esta vecindad. Pensemos en dos poblaciones arrastradas a una contienda y pongámoslo en palabras. La presencia militar argentina estaba en 1982 en Río Gallegos, Ushuaia y Stanley. Sara Southerland, una mujer argentina de madre malvinense que residía al momento de la guerra en Río Grande, Tierra del Fuego, recuerda las alertas rojas que padecían en la ciudad durante la fallida Operación Mikado, cuando la aviación británica intentó atacar la Base Aeronaval Almirante Hermes Quijada:

*“Venían las mujeres a preguntarme a mí qué oía de la guerra (...) porque los maridos en su mayoría eran aviadores y estaban todos allá”* (Lorenz, 2013, pp. 116-117).

No obstante, el litoral patagónico estaba acostumbrado a esta presencia. Ya en 1978, en los albores del conflicto por el canal de Beagle entre Chile y Argentina, los

simulacros de invasión y aislamiento, la militarización del espacio público y el oscurecimiento de las ciudades eran moneda corriente. Para el resto de los argentinos la experiencia de la guerra era algo lejano que ocurría a miles de kilómetros, en el Atlántico Sur. Para los habitantes de Santa Cruz y Tierra del Fuego, en cambio, este “estado de guerra” semipermanente no era novedad (Ares, 1994). El conflicto bélico era un asunto que les involucraba personal y colectivamente: eran parte del teatro de operaciones. E incluso cuando el término “ocupación” sea empleado por isleños y británicos para describir la decisión del gobierno de facto argentino en Malvinas – y por lo tanto, se trate de una expresión cara a los sentimientos más nacionalistas de algunos sectores en la Argentina – no cabe mejor término para expresar lo vivido por patagónicos y malvinenses.

Y a pesar de que la memoria colectiva de cada grupo humano procese lo ocurrido al calor del presente, es indudable que el hecho de la guerra ha alcanzado a quienes habitan a ambos lados del mar. John A.T Fowler era superintendente de Educación del gobierno de las islas en 1982 y describe de esta forma la llegada de las tropas argentinas a la capital de las Malvinas:

*Una tarde en que disfrutaba un poco de sol y un poco de libertad antes de que llegara la noche y con ella la prohibición de salir a la calle y encender luces, yo me encontraba en el jardín de mi casa con mi hija Rachel (...) Frente a nosotros pasaron unos cien soldados que se dirigían hacia el oeste por la calle Ross. Se veía a las claras que eran tropas recién llegadas, de camino a reforzar el frente (...)* (Fowler; 2013).

Son apenas dos testimonios, dos anécdotas de dos personas, una que vivió la guerra en Río Grande y la otra en Stanley. Los dos fueron atravesados por la ocupación de sus vidas, sus rutinas, sus espacios, por los mismos militares. A simple vista, dos comunidades que comparten un mismo hecho, que de alguna forma los “hermana” ante la amenaza del mismo agresor. Las restricciones fueron calcadas, la angustia similar, la imposición del fuego atrapó a todos “del Colorado para abajo” (Lorenz, 2014). La sala temática reservada a los testimonios de los residentes de las islas durante la guerra de 1982 en el Museo Histórico situado en Stanley, con material fotográfico y audiovisual, es un ejemplo del ejercicio de la memoria y de la necesidad de purgar los horrores de una experiencia que se desarrolló en las calles de la capital, en las casas de los malvinenses, en sus instituciones y sus lugares de ocio. Los sentimientos en juego acomodaron entonces el escenario. Si los sujetos sociales construyen su propio universo de representaciones que les permite construir sentido para tornar inteligible su entorno

(Silveira Paulilo, 2011), las lecturas que hagan argentinos (patagónicos) y malvinenses serán distintas y servirán para fines prácticos y simbólicos: un reclamo soberano, una amenaza de autodeterminación, una acusación de colonialismo. ¿Quién es el invasor para quién? Los isleños vieron en el fin de la guerra su liberación, y para los argentinos significó una derrota, una pérdida, pero también marcó el inicio de otra liberación: era el ocaso de la dictadura y advenimiento de la democracia.

Afirmamos por ello que patagónicos e isleños han compartido experiencias, algunas amargas, otras más felices. Lo hacían desde mucho antes de los Acuerdos de Comunicaciones y lo siguen haciendo incluso después de la guerra. Aunque a simple vista parezca que argentinos e isleños viven sus vidas a espaldas unos de otros, y el desafío pase por restablecer puentes sólidos, los cimientos para ello permanecen *ahí*. Está en la toponimia de las islas, en la pervivencia del castellano, en la adversidad climática compartida en aquellas latitudes. Es cierto que los intercambios en el presente no se caracterizan por su abundancia, son apenas continuos, casi extraordinarios y “extraoficiales”. Pero existen y debemos mirarlos más de cerca para comprender qué nos dicen en su esencia. Desde dónde comenzar a reconstruir un lazo.

# Capítulo III:

## Una matriz cultural en común (los gauchos en Malvinas y la supervivencia del español)

Es 1826 y un joven Antonio Rivero desciende de un barco hacia unas tierras que pronto descubrirá. Junto a él, otros gauchos que embarcaron con el mismo propósito: hacer de unas islas en el Atlántico, su hogar. Llegaban bajo la convocatoria de Luis Vernet, un comerciante alemán nacionalizado argentino que primero tendría concesión de explotación del territorio, para luego convertirse en el primer —y único— gobernador argentino de las Malvinas (Lorenz, 2014).

La vida en la colonia no era sencilla para estos hombres que contaban con pocos recursos y eran azotados por la inclemencia de un clima hostil. Sobre ellos escribiría Charles Darwin en sus crónicas de viaje al hemisferio sur, contando que *“una mañana, de no haber montado en los últimos días, estaba bastante tieso. Me sorprendió escuchar que los gauchos, quienes han vivido desde su infancia montados en la espalda de un caballo, también sufrían bajo las mismas circunstancias. (...) Esto muestra que los gauchos, aunque no lo aparenten, deben experimentar un gran esfuerzo muscular en sus monturas. Cazar ganado salvaje, en un paraje tan difícil de transitar debido a su suelo pantanoso como este, debe ser un trabajo muy duro.”* (Darwin y Fitzroy, 1839, pp. 251—252).

Sin embargo, las personas que rinden ese tributo de sacrificio demandado por el suelo que trabajan, terminan acostumbrándose al esfuerzo: *“era muy sorprendente ver a*

*los gauchos, en el medio de la lluvia, y con sus cosas completamente empapadas, que sólo con una caja de metal y un trapo, pudieran empezar inmediatamente un fuego.”* (Darwin y Fitzroy, 1839, p. 251). Antonio Rivero se aclimata, persevera, y trabajando como peón de campo junto a otros gauchos e indios, alcanza una cierta influencia sobre ellos.

Las islas prosperan. La colonia crece de la mano de Luis Vernet y así también lo hace el proyecto de desarrollo comercial y poblacional que él diseñó. Tanto así que, el 10 de junio de 1829, Vernet se establece oficialmente en la Isla Soledad y es nombrado Primer Comandante Político Militar en las Islas Malvinas. Como tal, Vernet se compromete al cuidado de las costas de las islas y de ejecutar los reglamentos de pesca de anfibios. La misión encomendada inicialmente por la Argentina continental se amplía: ahora debían establecer una población económicamente activa en ese territorio. Malvinas fue adquiriendo una vida más enérgica, contando casi 200 habitantes permanentes. Aún así y pese a la legislación existente, la zona costera era hogar de embarcaciones loberas extranjeras. Vernet, dispuesto a hacer cumplir las disposiciones gubernamentales, apresa tres embarcaciones norteamericanas por cazar lobos marinos sin autorización. La tripulación de uno de esos barcos, el Harriet, es enviada a Buenos Aires para ser juzgada, viaje del que participarán Vernet y su familia (Del Carril, 1986).

La historia sigue con los estadounidenses respondiendo con el envío de la corbeta Lexington, que sembrará terror durante 22 días: ocuparon edificios, saquearon y destrozaron propiedades, arrestaron y golpearon a pobladores. Asustados, muchos colonos abandonan las islas en la goleta argentina Sarandí. El 2 y 3 de enero de 1833 los ingleses llegan a las islas Malvinas. Rivero y otros gauchos criollos decidieron quedarse. Juntos, se dedicaron a trabajar la tierra, cazar ganado cimarrón y a enseñarles a los nuevos colonos ingleses y escoceses los oficios que ellos dominaban y que los nuevos pobladores desconocían. Después de todo, entre fines de 1700 y hasta mediados del 1800 los gauchos argentinos y uruguayos cabalgaron esas tierras (Niebieskikwiat, 2014).

Sin embargo, hacia agosto de 1833, el malestar entre gauchos e ingleses era tangible y creciente. Entre las causas de este se encontraban la mala paga, la amargura del sometimiento a estos patrones y las condiciones laborales. Antonio Rivero, de sólo 26 años, encabeza una rebelión que incluye varios muertos y el izamiento de la bandera argentina en las islas. Los gauchos permanecieron allí, esperando unos refuerzos desde Buenos Aires que nunca llegarían (Niebieskikwiat, 2014).

En marzo de 1834 un buque inglés cargado de soldados arriba a las islas, terminando con la experiencia de la rebelión. Rivero es embarcado hacia Londres para ser enjuiciado, pero no es ni juzgado ni condenado debido a que el juez que lleva su causa dictamina que estaban fuera del dominio de acción de la corona británica. En 1835 Rivero fue embarcado hacia Sudamérica y termina ese viaje en Uruguay. Nunca volvió a Malvinas.

Hay otra versión de esta historia que puede ser contada. En su libro “Corrales y gauchos”, Joan Spruce describe a los gauchos que habitaban Malvinas como personajes legendarios de las islas, que serían famosos por jugar fuerte, ser crueles con los caballos y las vacas, construir corrales de piedra y cometer algunos asesinatos (Spruce, 1992). Para Natasha Niebieskikwiat entre los gauchos asesinos más destacables se encontraba Antonio Rivero, cuyos crímenes fueron reivindicados por el gobierno de Cristina Fernández de Kirchner y Néstor Kirchner en una marcada inclinación ideológica. Según la periodista, Rivero formó parte de la población que permaneció en las Malvinas luego de la partida de Vernet y junto a otros gauchos y pobladores nativos de la Argentina continental, asesinó a sangre fría a 5 personas. Niebieskikwiat cuenta que la Academia Nacional de Historia dictaminó como móvil de sus crímenes que a esas personas se les pagaba con billetes papel para su uso en las islas en vez de monedas de plata —o dinero británico— (Niebieskikwiat, 2014). La relación entre gauchos e isleños era complicada, contando los primeros con una mala reputación: “(...) *hubo varios asesinatos en la zona de Darwin, cuando se caldeaban los ánimos de los gauchos y prevalecían las emociones desenfrenadas*” (Spruce, p.10).

La historia de Rivero es solo una de muchas que vivieron los gauchos en las islas. Niebieskikwiat asegura que el destino de los colonos que llegaron con Vernet es un punto más de discusión entre Argentina y el Reino Unido. Los primeros afirman que fueron desplazados luego de la ocupación de 1833, mientras que los segundos lo niegan. Lo que sí está claro es que el tiempo compartido moldeó significativamente la cultura de las islas, haciendo que este trabajo conjunto entre los nuevos colonos y los gauchos criollos transformaran a las Malvinas en un territorio de encuentro y aprendizaje de tradiciones. Fueron los gauchos quienes les enseñaron a los escoceses a andar a caballo, y es por eso que en las islas aún dicen “rienda” y “montura” en español. Algunos gauchos se casaron incluso en Malvinas, y sus apellidos aún sobreviven, como el Pitaluga y el Llamosa, entre otros (Niebieskikwiat, 2014).

Lejos de querer hacer un revisionismo que ubique a una postura del lado correcto — ¿eran los gauchos asesinos despiadados o fervorosos patriotas?—, lo que nos interesa en este ensayo es la profundidad insoslayable de nuestras relaciones que se nos revela: las islas y el territorio continental comparten más que una historia; tienen una tradición en común incluso desde antes de que Argentina se estableciera como Estado moderno. Ese legado gauchesco sigue presente aún luego de las nueve generaciones de británicos de distintas procedencias que hoy residen en las islas: “*The Camp, es el campo; hay una estancia que se llama Estancia y otra Bombilla; una zona grande de la Isla Soledad se llama Lafonia, por un señor que se llamaba Samuel Lafone, que venía de la Banda Oriental (Uruguay)*” (Aizen, 2018). Obsesivamente, una y otra vez, los materiales que consultamos nos presentaron referencias al cruce del castellano mezclado con el inglés de los malvinenses. Sin embargo, el dato más interesante, que confirma la idea de que entre ambos territorios tenemos puntos culturales en común, es el sostenido uso del *chei* (che) en el tiempo, que se emplea de la misma forma que en Argentina continental: “¡Hello, chei! (¡Hola, che!), ¡Cheers, chei! (¡Salud, che!)”.

En una crónica reciente, la periodista Tamara Tenenbaum cuenta que en su viaje a Malvinas compartió tiempo con una lingüista uruguaya que investigaba contactos español—inglés. Para esa lingüista, las islas Malvinas son un terreno clave pero poco estudiado de esos contactos, mencionando del “che” que no sólo se emplea igualmente en ambas partes, sino que además sería un préstamo de segunda mano, porque el “che” es un guaranismo: vino del guaraní al español y de ahí al inglés (Tenenbaum, 2019). Nos interesa pensar este encuentro lingüístico desde la perspectiva comunicacional de Washington Uranga, que considera a la comunicación como un escenario de prácticas sociales donde se resuelven conflictos, se construyen identidades (individuales y colectivas), se generan disputas y tensiones por sobre la manera de entender al mundo y a nosotrxs mismos. Es el ámbito donde vamos edificando y atribuyéndole significados a lo que nos rodea (Uranga, 2012). En este sentido podemos afirmar entonces, que ese contacto entre colonos y gauchos dio lugar a una negociación en el campo lingüístico entre estas dos poblaciones. Negociación siendo un concepto que engloba una dimensión de poder (como todo establecimiento de un nuevo lugar simbólico implica).

Por este motivo podemos plantear que no existe una esencia malvinense posible en la actualidad que no haya incorporado una serie de prácticas culturales y sociales de los gauchos —introducidas mediante el lenguaje y demás formas de contacto simbólico y/o físico entre los territorios—. Es decir, que no tenga incorporados en parte

antecedentes culturales, históricos, políticos, económicos, y sociales que comparte con la Argentina continental. Es sugerente llevar el concepto un paso más allá afirmando esta idea de que entre Malvinas y el continente no sólo hay representaciones culturales en común, sino que la identidad malvinense está necesariamente vinculada con la Argentina. Desde que los colonos se instalaron en la tierra, han estado definiendo quiénes son ellos a partir del vínculo con los argentinos. Ya sea mediante el trabajo de la tierra y el aprendizaje de los oficios que heredaron de los gauchos, gracias a la incorporación y apropiación del castellano rioplatense e incluso, en su férrea oposición a integrar el colectivo de lo que esa categoría de “argentinos” les representa en su imaginario: *“sin embargo, es indudable que el conflicto de soberanía con la Argentina los define desde siempre, porque expone aquello que rechazan, aquello que no quieren ser, desde el principio de sus tiempos”* (Niebiebskikwiat, 2014, p.20).

De la misma forma en que María Graciela Rodríguez afirma que, si bien la Cultura Popular y la Cultura Masiva difieren en su estructura y funcionamiento efectivo, ambas son históricamente interdependientes una de la otra, consideramos que esa hipótesis aplica a la manera en que se vinculan las Malvinas y la Argentina continental. Y lo que nos interesa en este ensayo es lo que plantea Rodríguez sobre “la articulación histórica entre ambos, y no sus esencialidades atemporales”. Tomaremos de su hipótesis de trabajo la noción de que entre ambas matrices se ponen en contacto, dialogan, tensionan sus límites, y la reformularemos diciendo que en este caso, lo vienen haciendo sostenidamente a lo largo del tiempo. Lo peculiar de estas matrices culturales es que al ir permaneciendo ligadas, su articulación se ha resignificado de manera específica en cada hito de encuentro que vivieron; haciendo de la retroalimentación entre estos territorios una constante en su nexos. Del encuentro entre los colonos que poblaron las islas y los gauchos rioplatenses surge una articulación y se produce una “otra cosa” que es, precisamente, la matriz cultural que define a los actuales habitantes de las islas y a quienes residen en el territorio argentino (Rodríguez, 2020).

A mediados del siglo XIX, otro barco salió con pobladores que iban a habitar una tierra. En esa oportunidad la nave traería 153 galeses de distintas edades y sexos que se instalarían al sur de Río Negro. Ellos también fueron recibidos por una tierra difícil: no se les reconoció en Argentina su pedido de ser colonia independiente, el suelo no era fértil, la playa era hostil. Los colonos tampoco conocían bien esa vida aún, la del invierno del sur, la del cuidado del ganado vacuno, la de la falta de conexión con otros territorios. ¿Qué los ayudó? Relacionarse con los habitantes locales, los tehuelches, quienes entre otras cosas

les enseñaron a cazar y pescar. Estos galeses fueron quienes luego fundaron Gaiman (Enríquez, 2018).

Para 1885 la población de Gaiman vivía un momento trascendental en su historia. De manera conjunta, presentaron un pedido de financiamiento a la gobernación para explorar tierras buscando fertilidad, y así tener otro asentamiento en la base de los Andes. La expedición sería liderada por John Daniel Evans, baqueano experimentado. Su viaje fue exitoso y dio surgimiento a una colonia que con el tiempo se convertiría en Trevelin. En palabras de Mariana Enríquez *“las colonias eran tan prósperas en términos de agricultura que, en años en que todavía faltaba esclarecer muchos acuerdos limítrofes, Chile reclamó las tierras”* (Enríquez, 2018, p.26). Para dirimir la situación se llevó a cabo un plebiscito en 1902, que de manera unánime arrojó el deseo de los galeses de seguir siendo argentinos.

Quizá podríamos dejar este relato aquí y suponer que es sólo una coincidencia vana lo que contamos. Pero ahí estaba de nuevo el apellido Evans. Es que entre esos pobladores de Gaiman y los Evans de las Malvinas hay una línea genealógica en común. Que los árboles familiares se entrecrucen entre continente e islas no es una novedad. Hay casos bien documentados en nuestra historia. Pero los Evans ilustran de forma palmaria esta conexión tan atrás en el tiempo. Los Evans de las Malvinas fueron los primeros administradores de Port Howard, territorio que surge luego de la oferta de arrendamiento de tierra en el occidente de las islas, hecha por la Corona británica en 1867. Su descendiente malvinense más cercano en el tiempo del que tenemos registro, Douglas Pole Evans, también es un hombre de respeto y renombre entre su comunidad (Niebieskikwiat, 2014). Su mujer, Orissa Lewis cuenta con parte de su familia viviendo en la Patagonia. Al menos hasta donde recopila Niebieskikwiat en sus entrevistas, no mantiene relación con esa rama familiar.

Estos Pole Evans tienen finalmente un punto más en común con sus parientes perdidos. En el 2013 en las Malvinas se llevó a cabo un referéndum autoconvocado por los pobladores que querían saldar el tema de su ciudadanía. 1513 habitantes (99,8% del total) votaron por el sí a seguir como territorio de ultramar británico; y sólo 3 (0,2 %) lo hicieron en forma negativa (Dinatale, 2013).

Por la importancia en términos de conocimiento que nuestro planteo tiene hasta el momento, queremos llamar la atención sobre la urgencia vinculada con el factor temporal. De la misma manera en que los gauchos comenzaron a extinguirse en las islas cuando mermó su trabajo en el campo — la colonia vira a la cría de ovejas y la Metrópoli busca

poblarla con sangre inglesa—, la globalización y las corrientes inmigratorias nuevamente reconfiguran la realidad de esta matriz cultural. Niebieskikwiat cuenta que el matrimonio Pitaluga no tiene descendientes y con ellos se extinguirá su linaje y ese dato funciona como condensación de una realidad que están viviendo las familias “tradicionales” malvinenses. Estas poblaciones que poseían enormes dimensiones de tierras, abocadas al campo y/o la crianza de ovejas y la exportación de lana internacionalmente, son cada vez más escasas según reporta la periodista. La industrialización creciente del territorio, la profesionalización de sus pobladores, el aumento del turismo, las nuevas demandas de commodities del mercado internacional, el deseo de los jóvenes de perseguir nuevas formas de vida que no incluyan las pesadas labores campestres —“*mis nietos no conocen el trabajo duro porque estudian*” (Niebieskikwiat, 2014, p.61) —, el acceso completo de la población a internet — “*según un estudio de la Internet Market Institute, en septiembre de 2011 , las islas se convirtieron en el lugar con mayor penetración y uso de Internet en el mundo (...) el 100% de sus ciudadanos poseían conexión a la web.*”— (Niebieskikwiat, 2014, p.66) están llevando a la extinción o al menos a la drástica disminución de una determinada forma de existencia en Malvinas.

A falta de capacidad para investigar en mayor profundidad en estas líneas —y sin intención de hacerlo al menos en esta producción—, nos permitimos plantear también la pregunta por el devenir de esas palabras que han sido un punto de unión entre las Malvinas y la Argentina continental. Entendemos que la razón principal de su existencia es la convivencia con una población rural descendiente de los primeros colonos granjeros y ovejeros que se instalaron en Malvinas y que aprendieron su oficio de la mano de esos gauchos rioplatenses, trabajadores que recorrían las recientemente independizadas Provincias Unidas del Sur. De seguir la tendencia decreciente de esta población, ¿qué implicancias veremos en la tradición oral que ha vinculado nuestros territorios? Estamos frente a un nuevo movimiento, o si se quiere un desplazamiento, en el lenguaje de los isleños. Nuestra hipótesis tentativa es que, a pesar de la llamativa resistencia que presentan los habitantes de este territorio a reconocer siquiera que entienden algo de este idioma, el castellano seguirá siendo primordial en la configuración del lenguaje que emplean. Esto se debe no sólo a su historia pasada que los liga a él, sino también al presente que transitan. La segunda minoría poblacional en Malvinas ha provenido por más de una década de Chile (Cambios demográficos después de la guerra. La colonia de inmigrantes chilenos se hace un lugar en las Malvinas, 2009): “*el 6% de la inmigración viene de Chile, por lo que el castellano es el segundo idioma*” (Aizen, 2018):

*“Antes, en las Malvinas se oían palabras como “alazán”, “alpargatas/aprepatos”, “bolas”, “bicho”, “blanco”, “bombachos”, “camp”, “bombilla”, “carjero”, “corral”, “gaucho”, “lasso”, “malacara”, “mocho”, “mate”, “pasear”, “poncho”, “separator”, “tropilla”, entre un extenso glosario. En la actualidad ya pueden escucharse palabras importadas de Punta Arenas y Santiago como “al tiro”, “gallo” o “cachai” (Niebieskikwiat: 2014, p.133).*

Adicionalmente, se impone como agenda educativa, tal como señala Tenenbaum al contar que su guía entendía castellano al haberlo aprendido como segunda lengua en el colegio donde estudió en Stanley (Tenenbaum, 2019).

Las corrientes migratorias reconfiguran las islas y, consecuentemente, impactan en el lenguaje. Según la crónica de la revista Viva, las Malvinas ya no son habitadas sólo por los herederos rubios de esos *highlanders* que fueron los que introdujeron las sempiternas ovejas, sino que es un lugar multicultural. Cuentan con 60 nacionalidades, entre latinoamericanos, asiáticos y africanos, incluyendo un 10 por ciento proveniente de la isla tropical Santa Helena que también es territorio británico de ultramar (Aizen, 2018). Al igual que Malvinas, Santa Helena posee una actividad económica dependiente de la ayuda del Reino Unido; abocada a la exportación pesquera, la cría de ganado y la explotación turística de lugares históricos: *“famosa porque fue allí donde se exilió Napoleón, pasó sus últimos años y murió, la isla de Santa Elena tiene el 10% de la superficie de las Malvinas con más o menos la misma población. En Malvinas, los santahelenos encuentran un destino donde ir a trabajar en condiciones razonables y con salarios relativamente altos, mayormente prestando servicios a la base militar de Mount Pleasant.”* (Robledo, 2020)

En ese artículo que publicó en enero de este año, Juan Robledo indica que el censo poblacional malvinense de 2016 arrojó como resultado que menos de la mitad de los pobladores nacieron en las islas (42%) (Robledo, 2020). De acuerdo al periodista, los isleños suelen contar esto, orgullosos, junto a la mención de que existen malvinenses con hasta 9 generaciones de nacidos en las islas:

*“Los británicos expatriados, por su parte, representan un 30% de la población. En 1986, cuando la población de las islas comenzó a crecer luego de años de estancamiento, eran 465; hoy son cerca de 900.”* (Robledo, 2020)

Hasta el 2018, el plan era sostener un ritmo migratorio creciente. ¿Cuál es el número total de habitantes que proyectan para el territorio? Nos representa una incógnita. Para finales de ese año contaban con más de 3.200 habitantes, pero buscaban crecer a 5.000 en lo inmediato (Aizen, 2018). Una tierra que se pretende cosmopolita y que busca atraer nuevas corrientes inmigratorias no puede sostener en la práctica el discurso de

cierta esencia pura nacionalista. La misma evidencia de la diáspora de costumbres, culturas, maneras de relacionarse y comunicarse, lo deja en claro. Una persona nace y se desarrolla en la interacción y realización de prácticas. Entonces, si la subjetividad está permeada por distintas culturas no hay manera de que una esencialidad, como lo es afirmar que se posee una nacionalidad pura, pueda ser posible. Es decir, un gran número de malvinenses reclama su pertenencia tanto a las Malvinas como a las islas británicas, desde donde provenían sus antepasados tras la ocupación de 1833. Lo curioso es que solo después de la guerra de 1982 fueron considerados ciudadanos británicos (de ultramar). Y para sumar mayor complejidad al asunto, las islas tienen una población cosmopolita integrada por apellidos que llevan generaciones en el archipiélago, pero también por británicos y otras nacionalidades.

Los procesos de integración y de reconocimiento no siempre fueron sencillos: la residencia requiere estrictos controles y la ciudadanía británica se ha convertido en una especie de marcador de status en la pequeña comunidad insular. Como hemos visto, la conformación poblacional de las islas incluye más que personas arribadas desde Inglaterra, Gales, Escocia o Irlanda. Los gauchos rioplatenses permanecieron incluso tras la ocupación. La intensa actividad ballenera en el Atlántico Sur precipitó la llegada de escandinavos. Asimismo, la presencia chilena siempre ha sido destacada. Hoy habitan las Malvinas personas que viajan desde todos los rincones del mundo. La esencialidad de la nacionalidad es una quimera, y resulta aún más palpable en una pequeña comunidad como la malvinense, moldeada al calor de procesos migratorios similares a aquellos experimentados en el continente (aunque no únicamente en Argentina). Con ello consideramos que el pretendido nacionalismo isleño es una pieza fundamental del discurso que rechaza cualquier acercamiento con los argentinos; sin embargo, ese nacionalismo puede tornarse chauvinista y ser contraproducente a la hora de venderse al exterior como una sociedad abierta y plural con los de afuera.

# Capítulo IV:

## De tierra de conflicto a un espacio de encuentro

Entre el 6 y el 9 de septiembre de 2019 se jugó en Miami el Latam Cup, un torneo de hockey sobre hielo del que participó la selección mixta argentina. Pero en esa competición también participó el equipo “Stanley”, integrado por isleños de Malvinas. Ambos seleccionados sub 16 se enfrentaron en un partido —que terminó con el triunfo del conjunto oficial argentino por 6-1—, generando el rechazo formal por parte de la Cancillería argentina, al considerar que el equipo de Malvinas se presentó como si constituyera un territorio autónomo. Si bien se trató de una competencia privada, la Asociación Argentina de Hockey sobre Hielo y en Línea (AAHHL) planteó sus condiciones para continuar en el evento. A fin de evitar controversias diplomáticas, pidieron no competir en primera división con el equipo malvinense y que se evitaran las referencias a cualquier nacionalidad, es decir, que se prescindiera de himnos nacionales y banderas (Polémica por un partido de hockey sobre hielo entre una selección argentina y un equipo de las Islas Malvinas, 18 de septiembre de 2019). Con todo, la crónica del diario *Olé* destaca que “los dos equipos mantuvieron una estrecha relación antes y después del partido e incluso realizaron un entrenamiento en conjunto” (Una victoria con sabor a dolor, 18 de septiembre de 2019).

No es la primera vez que ambas poblaciones se encuentran en competencias deportivas internacionales —aunque no oficiales— y que constituyen una oportunidad singular difícil de replicar en otros niveles. En 2009, la Fundación Rugby Sin Fronteras organizó un partido en las islas. La convocatoria se repetiría en 2010 y 2011. Uno de los organizadores, Juan Bautista Segonds, explicó que fueron a visitar al gobernador de

Malvinas y, que si bien él no podía brindar su apoyo por la resistencia de los isleños, “mandó a su hijo a jugar con nosotros”. Al parecer, el objetivo se cumplió: otro integrante de la Fundación, Javier Ortiz, aseguró que los niños malvinenses le dijeron que “nunca nos imaginamos a los argentinos como los vemos a ustedes, nunca creímos que un grupo de rugbiers cruzara el Atlántico y quisiera jugar con nosotros”. (Disponible en [\(El rugby, un símbolo de unión en Malvinas, 13 de marzo de 2011\)](#)). Al año siguiente de ese primer encuentro, cuando la Fundación regresó a las islas, un grupo de militares británicos se incorporó al torneo amistoso (Español, 2010). Estas iniciativas, particulares y sin apoyo de gobiernos nacionales o locales, se convirtieron pronto en el único espacio de intercambio entre argentinos e isleños, y con un marcado sesgo intergeneracional. Han sido parte aquellos que vivieron la guerra y los nacidos después de 1982. Acaso ni Argentina ni las islas son las mismas que eran antes del conflicto. Y estos encuentros no hicieron sino confirmarlo.

Al analizar nuestro corpus de trabajo, encontramos muchos relatos sobre las experiencias deportivas en las Islas luego de la guerra del '82. Lamentablemente, no hemos sido capaces de contar con esa misma suerte en el período previo al conflicto bélico. Quizá por no ser algo sistematizado o, tal vez, porque no era algo que interpelara a los medios para cubrirlo. Lo que sí podemos afirmar a partir del material recopilado es que el deporte ha constituido un nexo entre ambas poblaciones, cuando suele pensarse que fomenta una competencia desmedida — un contraejemplo patente en este sentido es la victoria de Argentina sobre Inglaterra en el mundial de fútbol de México en 1986, gracias a los dos goles de Diego Armando Maradona, una suerte de reivindicación y hasta revanchismo tras la capitulación argentina en Malvinas cuatro años antes—, y que ha constituido una especie de tradición. Ya en 1976, se improvisó en las islas un torneo de fútbol entre “el Stanley FC, el Royal Marine Detachment (Real Destacamento de la Marina Británica), la Construction Johnstones (empresa inglesa que construía el aeropuerto de Puerto Argentino) y los Argentinos de YPF” (Reyes, 2019). Los “argentinos de YPF” no eran otros que los trabajadores de la empresa estatal argentina que habían arribado a las islas en el marco de los Acuerdos de Comunicaciones. Una vez más, la pasión por el mismo deporte encontró a quienes estaban dispuestos a pasar un buen rato sin atender la disputa que se presenta como irreconciliable entre argentinos, británicos e isleños.

Marcelo de Bernardis fue el primer maratonista argentino continental en correr en Malvinas. Consecutivamente desde 2008 hasta este año participó de las maratones de Stanley llevadas a cabo durante el mes de marzo. Su llegada a Malvinas, al igual que en

gran parte de los testimonios que encontramos, aparece marcada por la casualidad y el destino: era el año 2006 y como desafío personal de recuperación de una lesión decide correr la media maratón de Buenos Aires. Con el kit post carrera viene una revista de running británica que tenía de tapa a una mujer corriendo en un lugar muy ventoso. Detrás de ella, observa sobre un alambrado un cartel que anunciaba un campo minado. Marcelo de Bernardis cae bajo el canto de las sirenas que parecen ser las islas (Marcelo de Bernardis: "Al correr, los excombatientes reconocían dónde habían caído sus compañeros", 2020). Luego de varios pedidos formales para participar en la carrera, comprende que el gobierno isleño necesitaba una demostración concreta de que no iba a caer dentro de los patrones de comportamiento que ellos consideran "indeseados". Sobre ellos, haremos una mención descriptiva producto de una necesidad de explicación pero también a causa de que estuvieron presentes en el juego de la política internacional de ambos territorios, al haberse aprobado un marco regulatorio en las islas que determina quiénes son las "Personas prohibidas" para pisar esas tierras. Esta suerte de escalada de agresividades a nivel diplomático puede entenderse como tal debido a su directa relación con la molestia que genera para los isleños la enseñanza de símbolos patrióticos argentinos —como por ejemplo, mostrar la bandera nacional en el Cementerio Argentino en Darwin— y la supuesta falta de obediencia de algunos argentinos continentales para con sus autoridades, lo que afirman genera alarma y malestar entre los locales. (Falklands approved assessment of 'prohibited person' framework approved, 2 de octubre de 2020).

No obstante, en 2008 finalmente De Bernardis logra su cometido y puede correr la maratón. Para el atleta, correr en las islas es algo indescriptible. Remarca en una entrevista que es el lugar que más mella ha hecho en su trayectoria, incluso habiendo podido acompañar a varios veteranos argentinos de 1982 en su regreso a las islas: *"uno enfrentaba los fantasmas digamos de lo que había sido la guerra, esta película en blanco y negro, y plantea[aba] un desafío personal, salir victorioso de eso. Y después pasar toda esa semana inolvidable en las islas. Para mí que no tengo una hora de diván, aceptar el desafío de empezar a llevar veteranos de guerra fue algo realmente significativo (...) y me siento más que afortunado, bendecido al poder hacerlo. Porque lo que pude aprender al lado de estos muchachos fue increíble. He tenido la posibilidad de correr al lado de ellos todo el maratón en varias ocasiones. Es muy difícil encontrar las palabras justas para decirlo porque uno está más pendiente del otro que de uno mismo. Te despojás de ese ego bien entendido que tenemos los maratonistas para volcarte de lleno a la necesidad del otro.(...)"*. (Canal FM 947, 2020). En una de esas oportunidades, el atleta se encontró

al lado de un tocayo, Marcelo Vallejo, veterano de Guerra del regimiento de infantería 6 y de quien hablaremos en el capítulo 5 al ser uno de los protagonistas de la obra Campo Minado (dejaremos acá pasar la referencia a la foto que atrapa a De Bernardis para que quien lea este trabajo haga lo propio). Ambos Marcelos coincidieron en la maratón de Stanley del 2009 y por otra casualidad corren juntos al mismo ritmo. Al llegar a la mitad del recorrido, el kilómetro 21, el pie de Sapper Hill, Marcelo Vallejo, que regresaba por primera vez a las islas recuerda que en ese punto había perdido la vida su amigo Sergio Escárte, se apoya en la muñeca a De Bernardis, y tiene un desagote catártico donde le grita a sus compañeros “amigos acá estoy, volví por ustedes”. Todos los que presencian el momento quedan en shock por su intensidad. Así y todo, para De Bernardis la parte más fuerte fue la semana posterior al evento que se vive en Malvinas: *“acompañar a nuestros veteranos a sus lugares de posiciones termina siendo un viaje de redención para la mayoría de ellos y realmente es muy intensa esa semana. Muy difícil de describir con palabras.”* (Canal FM 947, 2020). El deporte se convierte en esta anécdota en algo más que un punto de encuentro entre dos territorios, es el catalizador de una experiencia sanadora para una víctima de un trauma social y una posibilidad de revinculación con los lazos sociales de los cuales se ha visto escindida.

Todos estos casos ilustran algo que observamos con reiterada frecuencia en nuestra investigación: entre las islas y el continente se desarrollan eventos que escapan a las políticas oficiales y que dejan en evidencia una sostenida curiosidad por conocer qué ocurre de un lado y del otro del Atlántico Sur. Lamentablemente, como advertimos con anterioridad, ambos testigos percibimos que la guerra de 1982 y el estatus de las islas operan en forma de tótem o tabú innombrable (o mencionado siempre desde su costado más doloroso y brutal) y empañan cualquier vínculo humano actual. Sin embargo, es preciso subrayar que, en la práctica, se lleva adelante una serie de encuentros en apariencia subterráneos y que no tienen publicidad por no ajustarse al discurso hegemónico respecto a Malvinas, aquel que insiste en la imposibilidad de intercambios, cuando estos se han sostenido a lo largo del tiempo. Los argentinos que han viajado recientemente a las islas se vieron en la disyuntiva de negarse a que su pasaporte fuese sellado al arribar -situación que el Estado argentino desalienta, al entender que ese acto legitima a la autoridad ocupante- y por ende quedarse sin conocer las islas o animarse a vencer imposiciones burocráticas (y nacionalistas) para lograr el objetivo. A la hora de sopesar qué opción elegir pesan tanto los anhelos personales como las puertas que

potencialmente pueden abrirse con la ocasional presencia argentina en el archipiélago y la interacción con sus habitantes.

Para desarmar este nudo, traemos una idea planteada por Natalia Romé acerca de cómo se genera conocimiento. Se puede pensar en la producción de conocimiento como una práctica y, específicamente, una práctica de transformación. Pero, ¿por qué? Porque no es definitiva, sino que se trata de una suerte de proceso que muta. Consideramos relevante esta teorización ya que el fuerte vínculo entre la noción de Malvinas y la experiencia bélica es también un discurso ideológico y como tal es un pensamiento que está cerrado en su propio campo. Y el juego de acciones dentro de un campo que ya está cerrado se limita al de las evidencias. Cuando ya está todo legislado y trazado por el discurso de la verdad, tenemos una estructura cerrada al pensamiento, que al estar capturado en esa estructura no puede sino producir operaciones al interior de ese mismo campo. Lo que Romé plantea es que el conocimiento no es una acumulación, es una operación de ruptura, de sospecha. Entonces lo que puede hacer el conocimiento es perseverar en esa operación de sospecha y producir, en ese gesto, efectos de verdad. Consideramos que la manera de producir conocimiento (o al menos intentarlo), y de acrecentar el saber sobre Malvinas, implica necesariamente poner en ejercicio miradas que rompan el pensamiento circular acerca de ella. Romper el eje hegemónico Malvinas-guerra como única asociación posible requiere traspasar la barrera que nos hemos impuesto a la hora de pensar este territorio y nuestra relación con él. No se trata de renegar sobre una manera de investigar en particular, sino de proponer una nueva forma de pensar categorías, vínculos e historias.

Nuestra propuesta de traer a la luz estos relatos tiene su costo. ¿Es acaso el peso de la guerra, el dolor como sociedad, el temor a lo que encontremos en ese cuarto oscuro lo que nos impide aproximarnos a Malvinas? Escuchar estos relatos implica hacernos cargo del contexto de la dictadura, de las vejaciones que sufrieron los veteranos, compartir en parte su dolor. Esta debe ser la base sobre la que construyamos nuestros conceptos, pero no el límite que nos impida pensar. Cuando planteamos quitar de primer plano el carácter bélico de la cuestión Malvinas no buscamos de ninguna manera eludir el debate en torno a la guerra o ignorar las experiencias de veteranos y excombatientes, más bien implica aportar nuevas capas de complejidad, interpelar al pasado con otros conocimientos aprehendidos, admitir otras lecturas, incorporar a otros actores del conflicto que hayan sido marginados del espacio público, en un ejercicio necesario para leer el presente. Cualquier argentino podrá recordar a un excombatiente compartiendo su

testimonio sobre la guerra, ¿pero quién recuerda a sus mujeres, hijas o madres relatando sus recuerdos? ¿En cuántas oportunidades nos hemos encontrado con testimonios de argentinos que hayan vivido o estén viviendo en las islas? ¿Con qué frecuencia los medios de comunicación advierten e informan sobre un encuentro entre argentinos e isleños? ¿O incluso por qué no se le suele preguntar a un sobreviviente del conflicto por su vida actual? La lógica maniquea de la guerra, la dicotomía entre buenos y malos, desafortunadamente ha sobrevivido hasta hoy. ¿Qué saben los argentinos acerca de los isleños, a quienes la mayoría sigue llamando “kelpers”, un uso peyorativo heredado de la guerra? En este sentido romper con antinomias y antiguos prejuicios es condición necesaria para avanzar en la remalvinización. Nos preguntamos si existe algún mecanismo psicológico colectivo que habilita una predisposición hacia algunos temas sobre otros. Escapa a este ensayo una investigación que “mida” los sentimientos mayoritarios respecto a las Malvinas. Pero así como aún perdura el recuerdo (¿un fantasma?) de la guerra, pareciera que tendemos a olvidar aspectos fundamentales de esta cuestión.

El discurrir de Malvinas no es tan lineal como aparenta en una primera lectura o en un análisis somero. En 2015, el secretario de Asuntos Relativos a las islas Malvinas de la Cancillería argentina, Daniel Filmus, lanzó un programa de becas para que residentes de las islas pudieran realizar sus estudios de grado en universidades argentinas. En aquel momento, representó un gesto de acercamiento, que distaba de una estrategia cabal de integración efectiva entre Malvinas y el continente (Dinatale, 2015). La llamada beca Thomas Bridges, en alusión al inglés que fundó misiones anglicanas en Tierra del Fuego a finales del siglo XIX y vivió en las islas, recordó el espíritu de los acuerdos de los 70, cuando niños y jóvenes de las islas recibieron educación en instituciones educativas del territorio continental argentino. Pero si en ese momento no llegó a comprenderse el carácter estratégico de la iniciativa, que parecía como tirar una botella al mar, la voluntad de tender otros puentes años más tarde con la vuelta de Filmus al área de Malvinas demostraría lo contrario.

En marzo de 2016 Mauricio Macri era el presidente de la República Argentina y buscaba expandir y consolidar una posición política de consenso internacional hacia su gestión. Entre los casos más célebres de su estrategia autodenominada “de integración al mundo” podemos mencionar la celebración del G20, el préstamo solicitado al FMI y la firma del acuerdo Foradi-Duncan, que incluía como uno de sus puntos fundamentales (y más polémicos) la creación de *“conexiones aéreas adicionales entre las Islas Malvinas y*

*terceros países (...) [estableciendo] dos escalas adicionales mensuales en territorio continental argentino, una en cada dirección*". (Comunicado Conjunto, 13 septiembre de 2016). Repudiado por muchos como un intento de congraciarse con Inglaterra en su búsqueda de réditos económicos, lo cierto es que el canciller Faurie fue artífice de la firma que sancionaría la adición de un vuelo semanal para los isleños, que actualmente une Malvinas con San Pablo haciendo una escala mensual en Córdoba. Al ser consultado al respecto, Faurie afirmó que la posición oficial era que hubiera más vínculos con las islas para generar así mayor confianza dentro de ese territorio: *"en la medida que tengamos más vínculos y generemos más contactos, habrá un vínculo más estrecho que nos llevará a encontrar la razonabilidad en estar integrados"*. (Faurie, sobre el nuevo vuelo a Malvinas: "La posición oficial es que haya más vínculos", 2019).

El primer vuelo entre Córdoba y Malvinas fue operado el 20 de noviembre de 2019, contando con 40 pasajeros que en su gran mayoría eran funcionarios y empresarios oriundos del archipiélago. Sólo 4 personas subieron en la escala cordobesa: periodistas que querían cubrir la ocasión. Este acuerdo representa en términos concretos una ventaja bastante grande para los isleños. Como afirma el mismo integrante de la Asamblea Legislativa del Gobierno de las Islas Malvinas Roger Spink, les significó una puerta de entrada para turistas de todo el mundo e incluso les sirvió para poder viajar como turistas de una mejor manera (Cavanna, 2019). En el continente esta decisión de agregar un vuelo adicional no pasó desapercibida, disparando acusaciones de distintos sectores políticos de que este afianzaba la posición británica en las islas, además de generar pocos beneficios para los argentinos continentales. Con todo, queremos destacar una declaración de Faurie al respecto: *"la soberanía se construye con hechos concretos. Las discusiones llevan más de 70 años y no se ha conseguido ningún resultado concreto. Buscamos crear puentes que nos permitan crear confianza para las negociaciones de soberanía"*. (Faurie, sobre el nuevo vuelo a Malvinas: "La posición oficial es que haya más vínculos", 2019). Lo que sí es innegable es que esa soberanía no puede construirse bajo cualquier costo o ser utilizada para justificar el empeoramiento de las condiciones de los ciudadanos argentinos. En el 2019 el fiscal Jorge Di Lello imputó al entonces presidente Mauricio Macri, a su ministro de Transporte Guillermo Dietrich y al excanciller Jorge Faurie por "traición a la Patria" debido a ese acuerdo. Quedará en la historia y en la justicia nacional juzgar si efectivamente los tres han cometido tal delito (Macri, Faurie y Dietrich, imputados por los vuelos a Malvinas, 14 de noviembre de 2019). Una cosa sí podemos afirmar como cierta, celebramos la decisión del actual presidente Alberto

Fernández de elevar la cuestión de Malvinas a política de Estado y pasar necesariamente las decisiones que atañen a las islas y su reclamo por el Congreso Nacional. Una causa que interpela y convoca a los argentinos de tal manera no puede menos que ser democráticamente debatida y legislada.

En marzo de 2020 Filmus volvió a ofrecer la colaboración argentina, en momentos en que irrumpía la pandemia de Covid-19 en todo el mundo. Una vez más, Argentina ponía a disposición sus instalaciones hospitalarias para atender a quienes las requiriese, así como aseguraba el envío de alimentos frescos e insumos médicos (como tests para detectar el coronavirus) (Argentina ofrece su ayuda a los habitantes de Malvinas, 23 de marzo de 2020). El ofrecimiento fue dirigido al embajador británico en Buenos Aires, Mark Kent, quien agradeció la predisposición, aunque Londres no emitió una respuesta oficial. Se entiende: la distancia física conspiraba contra los intentos de enviar estudios clínicos desde Stanley hasta Reino Unido. En esos momentos, las fronteras estaban cerradas y la situación en la colonia podía volverse crítica. El enlace aéreo busca romper el aislamiento en que se encuentran los isleños y adelantarse a un escenario complejo en cuanto a un virus nuevo y potencialmente peligroso. La legisladora malvinense Leona Roberts esgrimió intenciones ocultas en la propuesta argentina (Nugent, 2020), si bien las autoridades isleñas reconocían que los médicos trataban a los pacientes con síntomas de Covid—19 de acuerdo a su criterio clínico, con más cautela que certezas, porque enviar las muestras a Londres demandaba un tiempo crucial; un sentimiento compartido por el gobierno del Reino Unido, que en junio envió un vuelo de la Royal Air Force a la base de Mount Pleasant sin escalas, esto es, 13 kilómetros para asistir a 3 mil isleños y proveerles de insumos hospitalarios (Niebieskikwiat, 2020). Fue una respuesta implícita a la oferta de Argentina.

Así, podemos intuir un recelo por parte de las autoridades isleñas en lo que refiere a los ofrecimientos que provienen de Argentina. Como si fuese una coreografía, a cada paso que da el gobierno argentino corresponde un paso hacia atrás de Stanley. Sin embargo, esto no significa que el gobierno de Malvinas desista de un acercamiento a escala regional que contemple a los argentinos. El certamen “Por qué me gustaría conocer a mis vecinos de las islas Falkland” fue realizado durante varios años sin tener llamativa presencia en los medios argentinos. Llevado a cabo por quienes gobiernan las islas y las Embajadas del Reino Unido en Brasil, Chile y Uruguay, este concurso convoca a estudiantes universitarios que deseen hacer una experiencia de convivencia con una familia isleña durante una semana. De acuerdo a la web oficial del gobierno del Reino

Unido, su objetivo es “promover el intercambio cultural entre las Islas y [estos países] mientras aumentan el conocimiento de los estudiantes sobre [ellas] y su pueblo”. De igual modo aclaran que quien gane debe tener presencia activa en redes sociales para aumentar la difusión y el conocimiento sobre ese territorio (¿Por qué me gustaría conocer a mis vecinos de las Islas Falkland?, 31 de agosto de 2018).

Fue entonces en noviembre de 2019 que Adriano Modarelli, un estudiante argentino de la Universidad del Salvador, se preparaba para visitar las islas dos meses más tarde, luego de ganar el mencionado concurso. Iba a ser alojado por una familia local y podría conocer de primera mano la vida en Malvinas. La curiosidad lo había movido a participar del certamen: “Cuando buscás en Internet fotos de las Islas Malvinas siempre aparecen fotos tristes de la guerra, referencias a 1982. Nunca un paisaje ni algo para decir ‘¡qué lindo lugar!’” (Del Moral, 2019). También cargaba consigo una serie de dudas respecto a la bienvenida, considerando que sería el único argentino del grupo. En cierto modo, se podía esperar recelo de parte de los isleños. Modarelli lo describió como “una barrera a superar”, una oportunidad para conocerse y dialogar. Incluso mencionó que intentaría preguntar a los isleños sobre la posibilidad de integración al Mercosur. Pese a ser una iniciativa oficial, el tono del certamen emplea términos como “vecinos” y su carácter habilita el intercambio cultural en todas sus expresiones (Modarelli prometió llevar mate, alfajores y dulce de leche). Más allá de las evidentes intenciones propagandísticas del concurso, las expectativas, las impresiones y los propósitos de la experiencia corren por cuenta del participante. Vale recordar que la propuesta representa por sí una transgresión para la posición argentina, ya que el país aparecía al mismo nivel que otros invitados, desconociendo que el archipiélago integra el territorio argentino y, en consecuencia, los derechos soberanos que reclama. (Fuerte malestar en el Gobierno por el concurso patrocinado por los Kelpers que involucra a universidades nacionales, 13 de octubre de 2018).

Como se aprecia, persiste una fascinación mutua por conocer cómo son y qué piensan aquellos que han sido propuestos como “rivales” de una disputa territorial, y que paradójicamente comparten el mismo vecindario. La guerra ha levantado un muro simbólico que muchos piensan infranqueable y que a veces ha impedido un entendimiento, pero que cuando puede derrumbarse abre una serie de oportunidades que, si bien embrionarias, exponen una serie de encuentros sostenidos, una cartografía de relaciones cuyos efectos perduran más allá del momento compartido. Es un universo de encuentros dominado por la desconfianza y plagado de tensiones. El destino de las

primas Georgina Gleadell, argentina, y Lisa Watson, malvinense, es una muestra de la fricción que aún permea estos vínculos.

Aunque se trate de una relación familiar, las historias personales y los posicionamientos políticos respecto al conflicto han sido la tónica en muchas historias a uno y otro lado del Atlántico Sur. Gleadell reside en Puerto San Julián, provincia de Santa Cruz, y sus abuelos llegaron desde Malvinas a Río Gallegos en 1914. Watson vive en las islas y es editora del diario Penguin News, el medio más reconocido y consumido por los locales, que tiene una línea editorial abiertamente crítica con Argentina. Las primas cruzaron correos en los 2000 ante la inminente visita de Gleadell al archipiélago y quedaron en verse. Sin embargo, cuando la argentina llegó a Stanley no pudo concretarse el tan ansiado reencuentro familiar. Según ella, “interpreté que el problema fueron los varones de la familia. El padre y el hermano no le permitieron conocerme” (Malvinas y coronavirus: cuando el odio vence a la razón, 2020). De hecho, uno de los hermanos de Lisa Watson — o lo mismo, el primo de Georgina— había sido tristemente célebre por quemar una bandera argentina. Desde el periódico para el cual trabaja, Watson escribiría décadas más tarde un rechazo furioso a la ayuda ofrecida por el gobierno argentino a las islas durante la crisis sanitaria de 2020. Este desencuentro, teñido acaso por cuestiones de sangre, no deja de ilustrar la presión que recubre a estas experiencias. El reto, entonces, parece superar esa presión para avanzar hacia la construcción de lazos permanentes, como sucede actualmente, sea en una actividad deportiva, en un intercambio cultural o incluso en la acción conjunta que ambas partes llevan adelante en temas referidos a las consecuencias de la guerra.

# Capítulo V:

## Soldado argentino sólo conocido por Dios

*Londres, noviembre de 2008*

La puerta del pub en Piccadilly se abre para dar paso al grupo de hombres que ingresa. Todos alrededor de los 50 años, portan en sus caras el cansancio que delata el final de una jornada. Uno de ellos lidera al resto. De ojos azules, pelo blanco, su marcado acento inglés y la comodidad con la que se mueve por el lugar dan cuenta de un local que no está bebiendo allí por primera vez. Esos hombres forman un grupo diverso, sin escaparle a los ojos que los observan lo variado de sus orígenes. Los pies se adelantan con una mezcla de agotamiento y nerviosismo, sin perder la precisión, esbozando alguna sonrisa hasta encontrar su “booth”. Geoffrey Cardozo eligió especialmente los pubs a los que fueron en esa noche por ser una zona que sólo los locales frecuentan. Francés por nacimiento geográfico, forma parte de una larga tradición de militares ingleses que fueron educados en un internado dirigido por sacerdotes benedictinos y frailes irlandeses, primordiales pregoneros en su vida de la importancia de ser amables y educados con sus amigos. Pero no sólo por eso Geoffrey sabe bien lo que es asistir a otros hombres. Su pasado de oficial al cuidado de los soldados de su ejército lo hacen un experto en anticiparse a las necesidades que aseguran su bienestar: *“(...) Cuando sale un sobreviviente de un combate es muy vulnerable... alguien que ha luchado durante tres, cuatro semanas (...) tiene muchos problemas en su cabeza, en su personalidad. Hay adrenalina en sus venas y tiene una agresividad que queda en él mismo que puede generarle problemas con sus amigos, porque los enemigos no están más. Puede tomar*

*demasiado alcohol, llevar a cabo violación de mujeres. (...) Ese era mi trabajo, cuidar ese lado de la personalidad del soldado muy vulnerable". (Ver anexo).*

Hasta ese momento, el encuentro anual de veteranos que había convocado a este grupo de hombres (South Atlantic Medal Association '82 o SAMA) no había sido distinto de otros espacios donde los sobrevivientes de una guerra se reúnen para conversar. Sin embargo, esa noche, en ese pub de Picadilly, tiene lugar un encuentro entre dos supuestos enemigos, desencadenando un proceso de restitución identitaria que involucraría a seis países (Argentina, Australia, Chile, España, México y el Reino Unido) y tocando a nuestro territorio en una de sus fibras más íntimas y dolorosas, la de sus caídos en la guerra de Malvinas. Pero para llegar hasta este punto debemos volver el tiempo atrás y situarnos nuevamente en la vida de Geoffrey Cardozo, ahora en su oficina en las Malvinas post rendición argentina, en el exacto momento en que sus compañeros salen a almorzar y él recibe una llamada radial que modificaría su destino: *"(...) Hola señor. Hemos hallado un cuerpo, ¿qué hacemos? Miro a mi alrededor para tener una idea, o alguien que se haga responsable, y no había nadie. Respondí ok, díganme dónde está ese soldado. Me dieron las coordenadas y dos, tres minutos más tarde mis compañeros volvieron y les dije me voy a este lugar. Había siempre un helicóptero fuera del cuartel general con un piloto de alerta y fuimos en su búsqueda. Fue el primer soldado argentino que he visto. (...) Cuando estaba seguro, el helicóptero se marchó y yo estaba ahí con mi primer soldado. Fue en ese momento en que pensé en mi mamá y en la suya. Desde ese momento, que pasó muchas veces, cada soldado que encontré... pensaba en su mamá. Siempre. Y cada paso que he tomado con ese soldado, su madre estaba a mi lado. Para mí, eso fue lo que me ayudó muchísimo a hacer de un tema desagradable algo totalmente lógico y hasta ligero a causa de esta motivación."* (Ver anexo).

Esa misma llamada se repetiría a lo largo de varias semanas porque *"(...) durante la guerra hubieron bajas argentinas a causa de bombardeos ingleses antes de nuestra llegada a San Carlos(...). Esos hombres fueron enterrados por los argentinos. Para empezar bien, con ponchos, bolsos, y todo. Cuando la guerra tomó velocidad y rapidez ya era más difícil hacerlo (...), lo cual es lógico. Estás en guerra, caen bombas, ¿cómo se puede hacer algo bien? La prioridad es cuidar tu vida personal. Después de la rendición había grupos de prisioneros argentinos con ingleses que fueron a buscar cuerpos cerca de Stanley/Puerto Argentino para enterrarlos. Los cuerpos que yo menciono de los campos de minas no habían sido vistos, descubiertos (...). Esos fueron los que yo iba a enterrar personalmente"* (Ver anexo). Geoffrey fue el encargado de cavar las tumbas

temporales de los caídos argentinos para preservarlos de la crudeza del clima de las islas y los depredadores que componen su fauna. Mientras relatamos esta historia no podemos dejar de evocar una frase que usó Leila Guerriero para definir al Equipo Argentino de Antropología Forense —quienes años más tarde serán los que terminarán de restituir la identidad de esos cuerpos—, *“tocar los muertos crea una relación especial con la gente”* (Guerriero, 2008). Quizá ni la propia autora sepa cuán profundo, abarcativo e intenso es ese vínculo, pero esperamos que este texto brinde a sus lectores un pequeño pedazo de cómo esto ha marcado la historia de quienes han estado directa e indirectamente involucrados con quienes quedaron en las islas.

El trabajo de Geoffrey no pasó desapercibido para sus jefes, quienes rápidamente lo pusieron a cargo de esta tarea y le encomendaron contactar a Buenos Aires vía la Cruz Roja para buscar esos cuerpos que permanecían en Malvinas. Pero el mensaje contenía algo que el lado argentino nunca tolerará, la palabra repatriación. Así, Cardozo pasó a ser encargado de crear el cementerio argentino en Darwin, una tarea hacia la cual hoy en día sigue sintiendo responsabilidad. Luego de documentar todos los entierros, armó un plan de extracción y buscó en Londres un grupo de funerarios que lo ayudara a retirarlos del ex campo de batalla y darles un entierro. En enero del '83 se realiza la ceremonia final, a la cual el gobierno argentino decide no concurrir. Geoffrey toma un vuelo que lo lleva nuevamente a Londres: *“Me siento en el avión y sube al cielo. Podía ver estas islas haciéndose cada segundo más pequeñas. Yo estaba muy cansado. Mi primer pensamiento fue un uf, ya está, hiciste tu trabajo. Ahora vas a dormir. Inmediatamente recibí un golpe enorme dentro de mí. Otra voz que me decía no pudiste identificar todos los cuerpos, la mitad no. Entonces no hiciste tu trabajo al 100%. (...) Eso me dio una preocupación que duró años. A pesar de todo el esfuerzo de buscar en cada cuerpo, cada soldado, su identidad, no todos tenían chapas de identificación. (...) A la mitad, no pude identificarlos. Y yo hubiera querido decir sí, los identifiqué a todos”* (Ver anexo). Ya en Inglaterra Cardozo redacta un informe sobre la creación del cementerio de Darwin donde da cuenta de toda la información que recabó de cada persona que enterraron: si pudieron encontrar su DNI, alguna carta con su nombre, su chapa de identificación y, para quienes no lograron nombrar, una descripción de sus objetos personales junto a dónde fueron puestos en las islas. Detalles que permitirían que el gobierno argentino pudiera identificar a sus caídos cuando las heridas recientes de la experiencia bélica hubieran mermado. Tres copias se entregaron de ese documento. Una para el gobierno inglés, otra para los isleños y una última para la Cruz Roja quien era la intermediaria entre los países que se

habían enfrentado hacía tan poco tiempo. Sin embargo, se tardaría veinticinco años en poner en marcha efectiva (y a partir de deseos individuales) la restitución identitaria de aquellas personas. Treinta y tres en total para que Argentina e Inglaterra firmaran un acuerdo oficial de trabajo conjunto. ¿Fue desidia, negligencia, desinterés o manejos de la política que escapa a los ciudadanos de a pie? Lo cierto es que esa noche, en ese encuentro casual en Picadilly, una vez más la historia de las Malvinas sucede gracias a las acciones que se escurren de las manos de lo gubernamental.

Cuando Julio Aro decidió volver a las islas en 2008 lo hizo movido por la necesidad de reencontrarse a sí mismo. Según este veterano, nacido en una familia humilde de Mercedes en 1961, en el '82 algo suyo quedó en Malvinas, una parte que precisaba para poder sanar pero *“nunca lo encontré a ese Julio (...) en los 9 viajes que llevo, siempre traigo un pedacito (...) pero es chiquitito”* (Ver anexo). ¿Qué lleva a esta persona que estuvo en una guerra a volver al territorio donde tanto sufrió? Quizá esta pregunta sea demasiado amplia para ser respondida en nuestra tesina, pero el discurso de Aro nos da algunas pistas sobre aquello que a lo largo de estos años lo ha marcado y que nos parece necesario mencionar. Arrancaremos afirmando algo que, aunque parezca una obviedad, debe ser remarcado si en este ensayo deseamos hacer un mínimo punto de reparación social hacia nuestros veteranos: la deuda tanto hacia ellos como la que sostenemos con los excombatientes argentinos no es sólo del Estado nacional. Tampoco puede delimitarse dentro de los 74 días que duró el enfrentamiento y su posterior tratamiento —o falta de tratamiento— gubernamental. Cualquier manera de justicia, de reparar, implica hacernos cargo del talante social del trato que le brindamos a estos sobrevivientes quienes conviven con una población que a 38 años del conflicto bélico aún no entiende qué hacer con ellos.

Hablando con Aro acerca de su regreso al continente las primeras cosas que menciona son el silencio y la discriminación que vivió en ese momento, que pasarían a ser una constante estatal y social: *“(...) Maduramos de golpe. Esa juventud que teníamos de repente me la borrarón, me la robaron, la perdí. Con mis compañeros que no fueron por X motivo (...), recién hoy entienden por qué yo no les daba bola. Porque ellos me preguntaban: “¿che loco mataste a alguno? ¿Tuviste hambre?”. Y se terminaba el tema (...). Y yo me sentía mal, incómodo (...). Mi familia jamás me preguntó nada. Antes de morir mi hermano me dijo “teníamos miedo de preguntarles”. Por miedo a que me hicieran mal las cosas. Yo tuve un par de meses bastante mal, con alcohol, quería buscar algo.(...) Iba a buscar laburo y no conseguía. (...) Decís puta vengo de una guerra y parece que*

*tuviera lepra. Todo el mundo te esquivaba, como el loquito de la guerra. Buscabas trabajo y no te lo daban (...). La persona que te había dicho que fueras a trabajar al otro día, mientras llenaba la planilla, levantaba la vista, abría los ojos y decía ah estuviste en Malvinas (...) y de repente te decía mirá en vez de mañana, vení el lunes”* (Ver anexo). ¿Cómo se vio a los veteranos y excombatientes al querer reingresar en la sociedad? Para explicarlo, tomaremos aquí un concepto de Goffman, en relación al estigma, como “situación del individuo inhabilitado para una plena aceptación social” (Goffman, 2010, p.9). El autor plantea que dentro de una sociedad existen individuos cuyos atributos los vuelven diferentes y que por esa razón dejamos de verlos como una persona total para reducirlo a un ser inficionado, desacreditable. Es justamente a esos atributos a los que denominará como estigma y los que de cierta forma condicionan la manera en que tantos los desacreditados como desacreditantes interactuamos unos con los otros.

¿Acaso esta definición no nos habla de la manera en que la sociedad ve a quienes sobrevivieron a la guerra? Discriminación, en la forma de “los locos de la guerra”, en no poder conseguir un empleo, en no tener la capacidad de contar su historia. Incluso en no ser diferenciados, es decir separados en categorías y contextualizados, por parte de los movimientos más asociados con la izquierda o los derechos humanos, tomándolos como un bloque homogéneo de militares que equivalen en todo carácter a la misma dictadura. Sólo en la última década miradas alternativas como por la que viene abogando hace un tiempo el C.E.C.I.M (Centro Ex Combatientes Islas Malvinas de La Plata), de que son víctimas de la dictadura en tanto se realizaron las mismas prácticas de terror aplicadas en el continente como tortura y asesinato, han cobrado mayor relevancia en la escena social (Ramonet, 2021). En simultáneo, los mismos veteranos y ex combatientes han rechazado esta visión en algunas oportunidades, sintiendo que la categoría de víctima de alguna forma rebajaba el precio de su accionar, devaluando su heroísmo. Lejos de querer tomar un lado o hacer una investigación exhaustiva sobre este punto, nos proponemos pensar cómo la manera en que hemos concebido a estas personas (entre una mirada paternalista, lastimera, ensalzada o discriminativa) los ha mantenido al margen de la escena social excepto para hablar sobre aquello que nosotros les hemos permitido: la guerra. *“Hoy el 2 de abril no te alcanzan los excombatientes no de Argentina, del mundo, para dar charlas en los colegios. El 2 de abril. El 3 o 4 ya se olvidaron todos.”* (Ver anexo). Si mantener viva la memoria de los excombatientes se entiende como una necesidad de compartir una experiencia personal, habrá que comenzar por escuchar aquellos relatos que al mismo tiempo actualizan la historia compartida de Malvinas, situarlos en un

contexto, enmarcar las condiciones objetivas que llevaron a una guerra que contó con amplio apoyo popular, comprender sus consecuencias para nuestro pueblo. Amén de la importancia en términos de enmienda social y estatal que les permite a los veteranos y excombatientes relatar sus propios discursos (sobre la experiencia bélica, sobre su identidad actual, sobre sus luchas, incluso sobre sus costados más polémicos que sin duda poseen) hay algo más que esperamos que el lector atento de esta tesina haya podido vislumbrar: son estos estigmatizados quienes, vía acciones singulares como volver a las islas o establecer otro tipo de contacto con ex soldados ingleses, o en sus acciones colectivas como las marchas en justo reclamo por sus derechos pisoteados, tienen la llave para recomponer o, lo que es lo mismo, salir de la estructura de pensamiento de imposibilidad que rodea a Malvinas.

Julio Aro nos habla en su entrevista sobre los problemas con el alcohol que ha tenido, y también hace referencia a las adicciones y ludopatías que siguen sufriendo sus compañeros. No obstante, la suya no es una historia plagada de oscuridad; por el contrario en su relato podemos observar una clara intención de avanzar, de no dejarse condicionar o en sus propias palabras de no quedarse mirando el espejo retrovisor porque eso implicaría para él chocar de frente. No se nos malinterprete. No estamos destacando en él un atributo individual en clave de historia de autosuperación. Aro, al igual que quienes volvieron de la guerra, tuvieron que hacer lo que pudieron con su circunstancia sin recibir ningún tipo de contención psicológica o acompañamiento estatal ni social. Según María Teresa Reyes, directora de la carrera de Psicología de la Universidad de Belgrano, “una vivencia se torna traumática cuando frente a un acontecimiento los sujetos no cuentan con los recursos de mediación simbólica que les permitan elaborar y resolver el hecho” (Vasallo, s.f.). Una guerra, como acontecimiento traumático, genera consecuencias psicológicas en sus sobrevivientes tales como estrés, depresión, ansiedad, angustia, entre otros. Habitualmente los veteranos y ex combatientes presentan el trastorno de Estrés Post Traumático, que puede llegar a poner en riesgo la vida de la persona si no es tratado de manera correcta por profesionales formados para tal fin.

Lamentablemente, al volver al territorio continental estas personas no contaron con ningún tipo de cuidado por parte del Estado, y no fue sino hasta la presidencia de Carlos Saúl Menem en 1990, cuando se sanciona la ley 23.848, en que comienzan a percibir una pensión como compensación monetaria y cobertura de obra social a través del PAMI. Según el jefe del servicio de Estrés Postraumático del Hospital Alvear y coordinador del Equipo de Factores Humanos del SAME, Daniel Mosca, quien atendió varios casos de ex

combatientes: *"Tanto los trastornos depresivos como los postraumáticos tienen una alta tasa de suicidabilidad. Las consecuencias psíquicas del trauma, lejos de disminuir, con el tiempo aumentan"* (Vasallo, s.f.). La desidia del Estado empeoró una situación sobre la cual aún hoy no tenemos dimensión: a 38 años del conflicto no se sabe bien cuántos veteranos y ex combatientes se han suicidado, oscilando la cifra entre 300 y 500 personas (Martínez y Slipczuk, 2019).

A pesar de ello, Julio sabía que debía hacer algo con lo que tenía dentro suyo: *"yo tenía un odio contra los ingleses tremendo. Hasta que te das cuenta de que no era eso. Que a mí eso no me curaba, hacía que me pudriera más por dentro. (...) Uno se encierra y se enfrasca tan mal en ese mismo odio que el hecho de poder regresar a las islas en el 2008, (...) ese viaje fue otro quiebre en mi vida"* (Ver anexo). Decide volver a las islas, buscar eso que había perdido. Lo que no nunca se imaginó era la sorpresa que iba a generarle encontrar que el cementerio argentino en Darwin tenía cientos de placas con un mismo mensaje: **soldado argentino sólo conocido por Dios**. Esa imagen convive en su recuerdo, en su indignación, y es a la que hace referencia esa última noche en que se despedían dos grupos de supuestos enemigos en el bar de Piccadilly. A veces la vida es mucho más fortuita y azarosa que lo que queremos creer. ¿Cuáles eran las probabilidades de que Julio Aro le hablara de su tristeza e incompreensión por sus compañeros que aún estaban sin identificar a su intérprete, Geoffrey Cardozo, quien fue que les dio sepultura? Si los mejores guionistas hubieran escrito esa noche, este encuentro, nosotros como espectadores seguramente señalaríamos la previsibilidad de la trama acusándola de ser demasiado sencilla esa casualidad. Lo que sigue es ya una historia propia de cualquier ficción literaria. Geoffrey vuelve a su casa, busca el informe y hace tres fotocopias que entregaría a la delegación argentina al día siguiente, con un simple *"ustedes sabrán qué hacer con esto"*. Desde ese entonces, ambos han trabajado para lograr la cooperación de sus países en el trabajo de restitución identitaria, logrando dar inicio al proyecto humanitario. En la actualidad, de las ciento veintiún tumbas (con ciento veintidós caídos) sólo siete quedan por identificar. A pesar de todas las noticias, anuncios y comunicados gubernamentales, Julio Aro afirma que el trabajo por buscar a esas familias y solicitarles la muestra de ADN sigue siendo autogestiva, nacida de la voluntad de un puñado.

A pesar de ello, creemos que en una sociedad en la cual la identidad ha moldeado el devenir político, el reconocimiento de los soldados argentinos en Darwin es un punto de contacto insoslayable. La pregunta nacional de "¿qué somos?" O "¿quiénes somos?",

que ha perseguido a los argentinos desde la época de su independencia, ha tenido un correlato en la esfera individual. Incluso en los términos más básicos. Basta pensar en el esfuerzo por parte de las madres de los desaparecidos durante la última dictadura cívico-militar y de las abuelas por encontrar a sus nietos secuestrados. Era un reclamo político, sí, pero en el corazón de la demanda latía la necesidad de restituir la identidad y el paradero de sus seres queridos. Más cercana en el tiempo, la promulgación de la ley de identidad de género reivindicaba el derecho de las personas de ser reconocidas por el Estado según el principio de autopercepción. La labor liderada por Aro y Cardozo en Malvinas pone de nuevo en el centro de nuestra historia y nuestro presente la cuestión de la identidad. Pero es una identidad escamoteada, no reconocida, casi olvidada. Solo concluyendo ese trabajo de reconocimiento se podrán ahuyentar a aquellos fantasmas que han dado aire a un imaginario social que, dependiendo de las circunstancias, proyecta los temores y la inacción hacia el futuro.

El problema, en este caso, es cómo lidiar de la mejor manera posible con los efectos traumáticos de la guerra. El reconocimiento de los cuerpos que descansan en Malvinas es una clausura, un punto final, o al menos inaugura un nuevo punto de partida. En 1920, Freud trabaja sobre la repetición de algunas estructuras que observa en los relatos de sus pacientes (entre ellos soldados que volvían de la guerra) y observa una compulsión a repetir una relación de transferencia asociada a situaciones que no brindan placer. Esto llevará a que Freud señale que el trauma genera repeticiones de instancias dolorosas (Szerman, 2016). El trabajo internacional encarado por un británico y un argentino (un dato no menor para una acción que se despliega esencialmente en suelo malvinense), enfrentó una serie de obstáculos relacionados con lo traumático. La Comisión de Familiares de Caídos en Malvinas e Islas del Atlántico Sur entorpeció en un primer momento la labor y desató una campaña que buscó desacreditar las intenciones del equipo a cargo de la identificación. El argumento, según la organización, era que los “héroes” argentinos serían removidos de las islas. (Fernández Mainardi, 2019).

Superado este escollo, vinculado profundamente al carácter ideológico del grupo — Héctor Cisneros, quien fuera su presidente, se desempeñó como agente de inteligencia durante el gobierno de facto—, a un nacionalismo intransigente y a un discurso confrontativo, los familiares de los soldados argentinos se dispusieron a dar una muestra de ADN. Carmen y Ana Folch, dos de las hermanas del soldado Andrés Aníbal Folch, relatan el momento en que la posibilidad de dar con sus restos venció al escepticismo:

*“Nosotras no estamos en la Comisión pero dijimos que no –dice Ana—. Porque se decía que iban a traer los cuerpos al continente. Pero unos años después vi en la tele al señor que explicaba cómo habían hecho el trabajo y les dije a ellas: Esto es algo serio, tenemos que dar la muestra” –dice Carmen—. Así que fuimos”* (Guerriero, 2020).

En el caso de Malvinas, el trauma reside en la guerra misma, pero naturalmente en sus consecuencias. En un plano íntimo, una vez más los mandatos culturales ubican a las mujeres en la tarea de buscar a sus familiares. Las madres y las abuelas de Plaza de Mayo, y también las madres, hermanas, novias e hijas de los soldados de la guerra de 1982. Cuando el terreno esté preparado, cuando caigan los tabúes a la hora de discutir la cuestión Malvinas de modo integral, recién podremos preguntarnos, y hasta respondernos, si al régimen dictatorial que enterró a personas como NN durante el terrorismo de Estado le corresponde el mismo grado de responsabilidad por el destino de quienes fueron puestos bajo una placa que reza “Soldado argentino solo conocido por Dios”. Hay vastos testimonios que demuestran que las prácticas llevadas a cabo por los militares tienen una continuación en lo vivido por los soldados argentinos en el archipiélago: la crueldad, el “disciplinamiento” a través del castigo físico aberrante que llevaron a las muertes por congelamiento, el confinamiento, etc.

Sobre este punto, el conscripto Silvio Katz brindó testimonio en una de las denuncias por delitos de lesa humanidad cometidos durante la guerra, contando que su oficial *“sacó lo que habíamos comprado para todos y nos estaqueó. Era como Túpac Amaru sin caballos. Ponen cuatro estacas en el suelo y te ponen con los brazos y las piernas estiradas a diez centímetros del suelo. Veinte grados bajo cero y vos con calzoncillos y una remera de manga corta. Y te dejan horas. A mi compañero, porque era ‘rebelde’, le puso una granada en la boca que si llegaba a escupirla volábamos los dos. Y a mí, por ser judío, me hizo orinar por mis compañeros”* (D’Alesio y Pagés, 2018). Existen veteranos y ex-combatientes que sostienen esta postura de que aquello que vivieron en las islas fueron delitos de lesa humanidad, y que no constituye un evento aislado sino que estaba en sintonía con las torturas, secuestros, privaciones de libertad, terror psicológico y muertes que se vivieron en el territorio continental. Sobran testimonios de ex conscriptos (Martin, 2021) que dan cuenta de las vejaciones que se perpetraron en Malvinas. Sin embargo, ante los ojos de la sociedad en general y de la justicia argentina en particular estas violaciones a los derechos humanos parecen no merecer el enjuiciamiento de sus perpetradores.

En una reciente nota de opinión sobre el fallo de Casación a los reclamos de estos veteranos agrupados, el abogado Gustavo Esteban Feldman relata que ya en 1949 el Tribunal Constitucional Federal alemán había dictaminado que los actos atroces contra los propios soldados son crímenes contra la humanidad más allá de que los perpetradores y las víctimas tengan una nacionalidad en común (Feldman, 2021). En este sentido, creer que lo vivido por los soldados a manos de sus superiores es algo distinto de un crimen de lesa humanidad no sólo es ir en contra de los dictámenes relativos a los crímenes de la ex Yugoslavia, el genocidio en Ruanda e incluso la jurisprudencia de la Corte Penal Internacional, sino que nos coloca en la vereda de garantizar la impunidad de los represores que hacían parte del régimen militar, al permitir la caducidad de los delitos llevados a cabo en el '82. Es obligación del Estado saldar una deuda pendiente y que abramos la puerta a escuchar estas denuncias, que implica estar al día con nuestros pendientes, y no evadirlos. Se demuestra como la oportunidad para afrontar otros escenarios.

Las consecuencias de la guerra perfilan nuestro acercamiento con las islas, a casi 40 años de concluido el enfrentamiento. Esto seguirá ocurriendo a menos que no imaginemos otras narrativas posibles respecto a Malvinas, y esto solo será una realidad si estamos dispuestos a abrir el debate. Un punto crucial se vincula con la dificultad en las comunicaciones entre las islas y la parte continental argentina. Las disposiciones oficiales de Reino Unido en cuanto al arribo de argentinos a Malvinas implican el sellado del pasaporte para confirmar la entrada a territorio extranjero. Se comprenden las sensibilidades. Quienes más viajan actualmente a las islas, sin embargo, son aquellos que se han visto involucrados de manera directa en la guerra. Muchas veces, es un retorno al pasado, pero la experiencia no deja de atravesarlos.

El padre de la coautora del presente trabajo, Alfredo Páez, visitó las islas en febrero de 2018. Fue con un grupo de diez compañeros:

*“Ahí viví dos sensaciones diferentes: el hecho de estar con mis compañeros y volver a las posiciones y a todos los lugares donde habíamos estado. Y por otro lado, la isla cambió completamente. Pasaron de ser pastores de ovejas que andaban con botas a lo que es hoy. Tienen tres mil habitantes y un parque automotor de 9 mil. Tienen dos o tres camionetas por casa, tienen cero inseguridad, educación y salud gratuitas”. (Ver Anexo)*

Las palabras reflejan el asombro, no de una tierra desconocida, sino de una tierra que ha sufrido transformaciones. Como todo en general, las cosas tienden a mutar. Lo

hacen los países, las ciudades, las personas, las sociedades y los conflictos que enfrentan. Esa experiencia primaria, el contacto directo con los isleños de a pie, los obliga a pensar, en no pocos casos, sobre cuestiones prácticas, así como en asuntos mundanos, justamente aquellos que alimentan los imaginarios colectivos y que proyectan expectativas y angustias en cada sociedad. Alfredo Páez considera que el estándar de vida del que disfrutaban los malvinenses “no se transmite acá”, por lo que desea que los chicos argentinos en edad escolar puedan viajar a Malvinas para que “vean y sientan esa realidad, que amen ese lugar, pero que vean cómo vive esa gente, por qué ellos pueden vivir con nuestros recursos naturales y nosotros con una extensión geográfica impresionante vivimos mal”.

Al propio Aro le sorprenden los cambios en la idiosincrasia de los habitantes de Malvinas, un lugar donde es recibido sin sobresaltos, en especial por la tarea de reconocimiento que desarrolla:

*“La juventud de las islas no tiene idea de lo que pasó. No le importa nada. No hay juventud. Los chicos terminan la secundaria, les dan un año sabático y les pagan todo el viaje a Londres para que estudien lo que quieran. Está lleno de filipinos y chilenos. Todos van a hacer los trabajos que ellos (los isleños) ya no quieren hacer. El isleño puro tiene una excelente calidad de vida per cápita y traen gente para cuidar las ovejas, para limpiar, etc. Eso lo hacen los demás. Ellos no. Hacés un censo por fuera de lo que son los militares y debés tener 1500 personas, tenés 1000 que son chilenos, filipinos, chinos. Impresionante”. (Ver Anexo)*

De entrada, el regreso a las islas implica un costo sentimental para los excombatientes, no solo por el reencuentro con una tierra a la que viajaron hace casi cuarenta años, sin saber exactamente qué irían a hacer allí, para terminar combatiendo contra uno de los ejércitos más poderosos del mundo. Es que el viaje a Malvinas implica una serie de condiciones difíciles de asimilar para muchos argentinos, entre ellas el citado sellado del pasaporte una vez descender del avión en Mount Pleasant y la prohibición de exhibir banderas argentinas y otros símbolos que den cuenta de la identidad nacional argentina. Excepto contadas ocasiones (*Un veterano santiagueño fue detenido por cantar el Himno en Malvinas*, 26 de marzo de 2019), el peregrinaje de excombatientes a las islas se sigue produciendo, y lo que comienza como un periplo emotivo, probablemente con deseos reparadores, desde ya personales, termina con el descubrimiento de una porción de tierra que ha continuado su desarrollo y que permite conocer de primera mano a quienes la habitan. No debe pasar desapercibido que, mientras desde el continente las

voces más nacionalistas insisten con posturas intransigentes y hasta divisionistas, los excombatientes hayan interpretado su vuelta a Malvinas como una oportunidad para acercar posiciones.

En 2008, Marcelo de Bernardis, excombatiente y maratonista, se convirtió en el primer argentino en correr en la Stanley Marathon, evento deportivo del que participaría en otras oportunidades. A diferencia de un turista que llega a través de un crucero, con la expectativa de realizar un tour por los principales puntos de atracción, quienes participaron de la guerra se trasladan con otras inquietudes y, en el camino, desvelan un vínculo perdurable con sus habitantes. “La comunidad de isleños es pequeña, unos 2800 habitantes. Esto me permitió generar relaciones interpersonales y crear un voto de confianza con ellos a través del tiempo”, explicó (Baron Santella, 2017).

En el 2016 ve luz el proyecto teatral Campo Minado de la artista argentina Lola Arias -y del que De Bernardis es uno de sus protagonistas-, el último punto de encuentro que vamos a señalar en esta tesis. En él, reúne veteranos argentinos e ingleses de la guerra de Malvinas para explorar lo que quedó en sus cabezas treinta y cuatro años más tarde. Durante la obra se podía atestiguar el presente de ellos, explorando sus recuerdos e incluso siendo partícipes de la dramatización de lo que cada uno piensa del otro, tanto en el pasado como en su relación actual mientras trabajan juntos. En una escena que reconstruyen, los dos grupos se emborrachan en un bar y vemos sus discursos de odio e intolerancia basados en la manera en que se conciben unos a otros. Sin embargo, más allá de ello, tuvieron el deseo, la necesidad y la capacidad de deponer ese sentimiento tan arraigado (o al menos hacer que no sea el que prime) para realizar una experiencia que les permitiera exorcizar sus fantasmas. Para Lola Arias un sentido de su experiencia era juntar a esos viejos enemigos para contar una misma historia. Una sola porque es compartida, en tanto involucra a las dos partes. Para nosotros lo novedoso de este tipo de contactos es que nos permite desarmar las piezas encajadas en la construcción de la mirada hacia el otro y volverlas a armar, afectando necesariamente tanto la concepción que tienen los protagonistas como quienes asistieron a la obra.

Volvemos sobre esta idea: el odio enraizado. ¿Es acaso este sentimiento el que predomina en las relaciones actuales entre argentinos e isleños? ¿No es este un supuesto del que parten muchos de los discursos circulantes sobre la imposibilidad de tender puentes entre las partes? Como mencionamos en párrafos precedentes, hay una historia humana compartida a uno y otro lado del océano. El vínculo entre argentinos e isleños no pasa únicamente por las posturas en torno a la soberanía y la disputa territorial.

Encontramos diversos testimonios de la guerra y posteriores al conflicto que exhiben una fluctuación de emociones típica de una relación atravesada por una calamidad semejante, en este caso entre excombatientes argentinos, excombatientes británicos y civiles isleños. Uno de los testimonios que introducimos a continuación refleja asimismo la complejidad del entramado emocional que emerge en un contexto bélico, a través de la palabra de David Morgan, miembro de la Fuerza Aérea Británica y quien combatió en las islas en 1982:

*“Hay muchos momentos que me quedan grabados: la pérdida de amigos y la permanente sensación de echar de menos a mi familia, por ejemplo (...) pero hubo dos ocasiones que destacan en mi mente. La primera fue nuestro primer ataque al aeródromo de Puerto Argentino. (...) Mi primera visión del aeródromo, al rodear Mount Loud, está grabada en mi memoria; el fuego antiaéreo era increíblemente feroz, con cañones y misiles disparando por todas partes. (...) El segundo incidente fue el 8 de junio, cuando mi copiloto y yo vimos a Héctor Sánchez y su formación de Skyhawk atacando una de nuestras pequeñas lanchas de desembarco. (...) Ahora estaba decidido a impedir que los A4 se escaparan. Y derribé dos con Sidewinders en rápida sucesión antes de vaciar mis armas contra el tercero. Recuerdo cómo mis emociones de ese momento pasaron de la rabia extrema a la empatía cuando el segundo piloto se eyectó, y luego volvieron a la rabia extrema cuando atacé al siguiente avión. Este enfrentamiento todavía tiene un efecto duradero en mí”. (Campos, 2021).*

Este testimonio grafica de modo más acabado el sentimiento de un hombre que ha sido lanzado a la guerra y experimentado en un mismo instante el temor a la muerte, el instinto de supervivencia -en una lógica de aniquilar al enemigo para asegurar la propia vida- y la identificación con la persona que está en el bando contrario: el soldado argentino, Sánchez, es su reverso y probablemente haya compartido con él el cúmulo de sentimientos que lo asaltó en el desenlace. La historia entre Morgan y Sánchez continuó cuando años más tarde fueron presentados y finalmente visitaron en 2019 el avión derribado en la guerra junto al hijo del piloto, fallecido en aquel combate. Consultado sobre el porqué de la necesidad de encontrarse con exsoldados y familiares, Morgan respondió que los militares de todas partes del mundo tienen un vínculo forjado por el fuego del conflicto.

Pero no es un vínculo forjado únicamente entre militares. Lo demuestra la historia de Miguel Savage, un excombatiente que sobre el final de la guerra recibió la orden de ir a patrullar una estancia para averiguar si los locales utilizaban la radio con el fin de

informarles a los británicos sus ubicaciones. El terreno estaba minado y los alrededores, bajo control de las tropas contrarias. Luego de caminar tres horas y avanzar por un río con el agua hasta la cintura, en pleno invierno, encontró la casa. Lo primero que hizo Savage, de entonces 19 años, fue inspeccionar el lugar, deshabitado, y después comer tres panes de manteca “como un perro”, según sus palabras. En los cajones de la habitación principal se topó con un pulóver que decidió llevarse consigo -el soldado había perdido peso y estaba hambriento-, junto a unas fotos de los anfitriones ausentes y la promesa de regresar algún día. En 2006 lo hizo pero el dueño del pulóver ya había fallecido. En una suerte de homenaje y gesto de gratitud, Savage devolvió la prenda a sus hijas. Sharon Middleton, la mujer que tejió el pulóver para su padre, recordó el momento en que el excombatiente argentino le entregó el abrigo que lo salvó de morir congelado:

*“Michael (Miguel) es un muchacho amoroso. Hay gente que cree que nos vamos a oponer a conocerlos (a los argentinos). Pero yo no soy esa clase de persona. Estaba encantada de conocerlo a él y a su familia, cuando volvió con su mujer y sus hijos. Fue realmente muy lindo y forjamos una fuerte amistad. (...) Michael tenía su historia y fue muy honesto en venir y contar lo que pasó con este pulóver. Estoy agradecida de tener esta pequeña historia”.* (Canal Todo Noticias, 2017, 21m19s)

En relación con la acción de traer algo de la memoria al presente, Alejandro Kaufman afirma que “la experiencia subjetiva no constituye transmisión porque no reanuda contenidos, sino que los revela o hace emerger en el marco de una praxis siempre inaugural. Para la experiencia anamnética, cada contacto con el pasado remite de nuevo a un instante del presente, a la aparición de un testimonio sobre los eslabonamientos significantes que nos definen en relación con la memoria” (Brocato y Kaufman, 2017). Vinculando esto con la obra *Campo Minado*, observamos que la artista indaga las marcas que deja la guerra, la relación entre experiencia y ficción, las mil formas de representación de la memoria. Incluso, va un paso más allá y en 2018 complementa esta obra con *Teatro de guerra*, un film experimental que sigue a los mismos veteranos mientras reconstruyen sus experiencias bélicas mediante locaciones que actúan de disparadores, al mismo tiempo que les enseñan a jóvenes actores a interpretarlos. En ambas propuestas de Arias hay una decisión de poner en tensión los límites de esta relación no sólo entre los veteranos, sino que, nos animamos a decir, con la historia misma del conflicto, mediante escenas auténticas y artificiales. El arte en este caso se transforma en el espacio mediante el cual se pueden activar nuevas formas de decir aquello que la sociedad mediante la escritura o la oralidad no ha sabido poner en

palabras. Según el libro *Un lugar para jugar*, en el arte se da un espacio de creación que genera “la capacidad de gestar y parir símbolos, el echar a volar imágenes, el crear y recrear espacios de fábula y a la vez sentirse dueño de tanta creación, le permite al hombre desenterrar y hacer germinar la riqueza interior tan profunda, como solamente lo puede hacer aquel que se aventura a adentrarse en el mágico juego de lo imaginario” (Brites de Vila y Müller, 1990:6).

En un reciente análisis de la obra Arias, Federico Lorenz sostiene que la virtud de Campo Minado es traducir el conflicto en las historias de personas de carne y hueso, que resignifican sus experiencias al calor de una performance que actualiza la vivencia de 1982 (Lorenz, 2019). Quizás la lección que brinda Campo Minado para comprender los alcances de la guerra es la capacidad de sus protagonistas de componer nuevos vínculos en base a una tragedia en común. Y la eficacia de esta representación artística radica en que logra, en un mismo giro, performativizar la vivencia de la guerra, recordar y hasta exorcizarla, e identificar al espectador que no estuvo en el conflicto. Los protagonistas de Campo Minado y Teatro de Guerra son los mismos protagonistas de la guerra y su performance actualiza la experiencia bélica para sí mismos y los demás.

Concluimos este ensayo con una última mención. A esta altura del desarrollo, esperamos haber logrado demostrar que todos esos encuentros, estas relaciones, producciones y demás objetos constatados, no son fruto del azar: tienen su origen en la pulsión y el deseo de su existencia. Es innegable la fascinación que las Malvinas generan en los múltiples actores involucrados (los más relevantes son los isleños y los argentinos continentales). El silencio y la imposibilidad han tenido una función clara, la de empantanar el diálogo, quedarnos en una encerrona. Sin embargo, ante esto no tenemos una mirada fatalista. Creemos que este deseo o necesidad es una luz que vislumbra como atisbo de creatividad. Ante el no, se han creado nuevas propuestas. En la forma de acuerdos comunicacionales, en los estudiantes de español isleños, en el deporte como situación conectiva, en la resignificación del territorio por parte de los veteranos y en la intervención artística no vemos más que un intento por transgredir, transmutar, reconvertir, absorber, llevar más allá, cambiar el signo. Y si bien muchas de ellas parecen salidas de la voluntad de actores particulares, ante la abundante evidencia que hemos encontrado en este recorrido, no podemos dejar de pensar que esto es una expresión de algo social, de una comunidad de personas que se unen por un objetivo común. Las Malvinas tienen la potencialidad, en algún punto, de poner en marcha una acción reificadora dentro de una sociedad típicamente definida por sus grietas y divisiones,

enmarcada por un contexto de un sistema que promueve cada vez con más fuerza la salida por el plano individual. Queda en nosotros como sociedad y en el Estado nacional seguir pujando por encontrar la forma de convertirlo en política exitosa. Esperamos que esta tesina sea un gesto más que permita acercarnos a esa dirección.

Por último, la mejor síntesis que hemos encontrado a lo largo de este ensayo la proporciona la joven isleña Kyrsteen Ormond, quien vivió en Argentina durante 15 meses como estudiante de intercambio en la Universidad Nacional de Córdoba. El periodista Mario Markic la entrevistó para su ciclo televisivo En el camino y los espectadores solo conocemos por su testimonio que tiene amigos en el continente y que los extraña. No sabemos qué llevó a Ormond a estudiar en Córdoba, cómo impactó esa decisión en su familia y en la comunidad isleña y cuál fue su impresión de la Argentina. Sí podemos inferir que es parte de una generación nacida tras el conflicto, cuya vida en Malvinas dista de la que conocieron sus mayores antes del desembarco argentino de 1982. Pero cuando Markic le pregunta sobre las diferencias con sus amigos argentinos respecto al estatus de las islas, Ormond responde de un modo sensato y franco:

*“Ellos tienen su opinión sobre la guerra, sobre las islas, sobre el futuro, y yo tengo la mía. Siempre con los amigos hay diferencias de opinión. Eso no significa que no podamos ser amigos”. (Ver anexo)*

# Conclusión

*"He tenido sumo cuidado de no burlarme de los actos humanos, ni lamentarme o maldecirlos, sino comprenderlos. Los sentimientos amorosos, por ejemplo, odio, cólera, envidia, gloria, misericordia y restantes movimientos del ánimo, no los he considerado vicios de la naturaleza humana, sino propiedades semejantes al calor, al frío, al mal tiempo, al rayo y otras que son manifestaciones de la naturaleza de la atmósfera. Por muy desagradables que estas cosas sean, son, sin embargo, necesarias y tienen causas ciertas por las cuales tratamos de comprobar su naturaleza."*

*Baruch Spinoza*

Iniciamos este ensayo haciéndonos una pregunta: ¿qué imagen nos devuelve el espejo de Malvinas acerca de nuestra sociedad? La causa Malvinas, quizás la única capaz de suscitar consensos más o menos amplios en épocas donde la grieta se ha convertido en la constante, es un asunto más latente que pendiente. Despierta hasta hoy fascinación, pasiones, discursos encendidos o sobreactuados, pero nunca propone una actualización de sus términos. En otras palabras, es una cuestión que aguarda su resolución, un despojo al cual no nos hemos acostumbrado, un territorio que no hemos podido recuperar, y eso nos duele y humilla nuestra percepción como comunidad nacional. Es el recordatorio de una ausencia. La tarea, entonces, es cómo adoptar un abordaje que evite fetichizar al archipiélago. Un interrogante tan serio como urgente es el siguiente: ¿por qué queremos las Malvinas y qué haríamos con ellas y con las personas que la habitan?

Las islas fueron heredadas de la colonia española, luego asaltadas por Reino Unido en 1833 y hasta la actualidad permanecen como un territorio bajo ocupación. El Estado argentino ha recurrido a la diplomacia para intentar zanjar el diferendo, pero en 1982 decidió una catastrófica y fallida recuperación, llevando a la guerra a un país que solo ha protagonizado enfrentamientos bélicos para conseguir su independencia, definir un proyecto nacional y consolidar las fronteras más tarde. En el siglo XX no se ha visto involucrado en conflictos internacionales... excepto por Malvinas. Más allá de cualquier

consideración moral o valoración del cálculo político -incluso del contexto dictatorial, cortesía de la junta militar-, la guerra ha revelado hasta el paroxismo la fuerza de interpelación colectiva que pueden producir las islas en nuestra sociedad. Visto así, se entiende cabalmente el convencimiento apenas discutido que existe respecto a la pertenencia de las islas a la Nación Argentina. La actual Constitución reformada en 1994 determina que “la recuperación de dichos territorios y el ejercicio pleno de la soberanía, respetando el modo de vida de sus habitantes y conforme a los principios del Derecho Internacional, constituyen un objetivo permanente e irrenunciable del pueblo argentino”. Y ese, justamente, es un consenso para nada despreciable. Es más: conforma un punto de acuerdo entre los argentinos.

Lo relevante, ahora, es qué tipo de acercamiento propiciar en un territorio que no está bajo efectiva administración argentina y donde vive una población con limitados contactos con los habitantes del continente, que además reivindica el derecho a la autodeterminación -esta posibilidad implicaría un quiebre de la unidad territorial de la Argentina y es resultado de una lectura totalmente abstraída de su contexto histórico, por la cual la presencia isleña es resultado directo de la ocupación británica de 1833-. Si bien la ley internacional y la ONU reconocen una disputa entre dos países, la relevancia política que los malvinenses cobraron luego de 1982, funcional a los planes geopolíticos de Londres en el Atlántico Sur y sus dominios de ultramar, y los cambios de perspectiva de los sucesivos gobiernos democráticos argentinos, que descontinuaron los trazos de una estrategia común post bélica hacia el diferendo, han puesto el acento en lo que ocurre puertas adentro del archipiélago. Aunque cueste admitirlo, son parte del asunto. Y la Constitución argentina, como señalamos más arriba, se compromete a respetar los intereses de los habitantes en un ejercicio pleno de la soberanía del Estado argentino sobre las islas. Pero, ¿cómo saber cuáles son esos intereses?

Aquí nace nuestra primera propuesta: es necesario conocer a los isleños. Ningún objetivo que se proponga Argentina (ya sea de derechos humanos, de reclamo soberano, de intercambio comercial, etc.) será posible en la medida en que continúe la táctica del “si no lo miro, no existe”. Y esta afirmación nace de nuestra propia experiencia durante esta escritura, en la cual ambos tesisistas comenzamos a preguntarnos cómo son los isleños. Es decir, qué música escuchan, qué actividades realizan los fines de semana, qué intereses e inquietudes albergan -además de lo que respecta al reclamo territorial-, qué clase de arte o bienes culturales producen, qué discusiones se dan al interior de su sociedad, qué clase de movimientos políticos se manifiestan, etc. Esta duda no es trivial para nosotros,

es la punta de un ovillo que al tirarlo nos reveló un costado que solemos pasar por alto: lo poco que sabemos sobre una comunidad que está a unos escasos 673 km de distancia del continente (menos de lo que separan a Buenos Aires de Córdoba). Son muchas las crónicas post bélicas recopiladas en este trabajo que arrojan algunos datos para develar lo que se esconde detrás de ese manto de neblina y, si bien son necesarias, pocas salen de ciertos lugares comunes como la mención a las tradiciones inglesas (algo a sospechar considerando las corrientes migratorias que vivió ese territorio), el pasar económico de los habitantes o las referencias a los migrantes que viven en las islas en décadas recientes.

Es conveniente destacar, asimismo, que la sociedad malvinense se ha desarrollado en paralelo pero no al margen de la Argentina continental y del área compartida: a lo sumo los isleños han ido corriendo sus propias fronteras y puntos geográficos de referencia, pero siempre alrededor de un mismo área -los vuelos que conectan a las islas con el exterior pasan obligadamente por Punta Arenas, en Chile, y Río Gallegos, en Santa Cruz-. Sus anhelos de desarrollo, y ciertamente el nivel efectivo alcanzado dependen en gran medida de los recursos ictícolas del Atlántico Sur, el turismo y los lazos políticos y comerciales construidos con los países del Mercosur. Y eso incluye a Argentina, aunque en menor grado. Cabe preguntarnos entonces cuánto de su desarrollo se debe a las concesiones y gestos de buena vecindad admitidos por nuestro país, considerando la disparidad de fuerzas entre la potencia ocupante y un Estado como el argentino. Estamos más conectados de lo que tendemos a pensar. No debemos sentirnos desalentados por el discurso antiargentino que profesa la élite política y económica de las islas, con su poder de lobby en Londres y la capacidad de presentar su discurso como el hegemónico dentro del archipiélago, tal lo comprobamos en las crónicas analizadas. Por tanto, debemos admitir la posibilidad de más relatos y perspectivas entre los malvinenses, o al menos otros grises dentro de una postura que desde fuera se exhibe como unívoca. Hemos podido comprobar a lo largo de este ensayo que en todas las épocas han existido diversas posiciones en las islas respecto al vínculo con la Argentina, mucho antes de la guerra y posterior a la misma. Son esos los matices que deseamos rescatar y poner en valor para nuestro propósito.

¿Hay otros casos en el mundo donde exista una disputa por soberanía con ambas poblaciones negándose de forma tajante a relacionarse entre sí, al punto de generar un desconocimiento cada vez mayor entre cada una de las partes? Mientras más se consolida la encerrona, más se aleja una potencial resolución. E indefectiblemente el conflicto afecta a ambas partes, por más que los perjuicios se repartan de forma

inequitativa por la correlación de fuerzas antes aludida. A contramano de lo que puedan considerar los isleños, el mantenimiento del statu quo no puede ser igual de beneficioso que la posibilidad de potenciar unos vínculos más fluidos con la parte continental argentina. Hay una tensión entre lo poco que conocemos y lo mucho que nos falta por conocer sobre un archipiélago que, pese a declararse parte de un continente remoto, no tiene tapujos en negociar con países de la región como Uruguay, Chile o Brasil. ¿Cuánto más conveniente sería para nuestras economías, ciencias, educación, comunicaciones e, incluso, el avance de las relaciones, si ambos territorios encontraran una manera de cooperar sin romper los acuerdos que entre ellos firman? La llamada política de seducción hacia los isleños que ensayó la Argentina en la década de 1990 permitió un beneficio unidireccional hacia las islas en relación con el desarrollo y el consiguiente nivel de vida de sus habitantes, sin un beneficio inmediato para el Estado argentino. Es más, los acuerdos firmados en esa época fueron sistemáticamente violados por la parte británica. Argentina tiene una ardua tarea por delante, pero esencial para reiniciar una relación fructífera y mutuamente provechosa: demostrar a los isleños que la cooperación con el Estado argentino redundará en mayores beneficios políticos y materiales para ellos.

Como recordó el periodista y diplomático Haroldo Foulkes en relación con Alexander/Alejandro Betts, ciudadano argentino nacido en Malvinas, que pese a su origen acompañó los reclamos de soberanía de la Argentina ante la ONU: “Lo que enaltece estas valientes presentaciones ante la ONU de Alexander Jacob Betts es que en ellas jamás declinó su condición de nativo, y solamente abogó por el bienestar de la población, a la que juzgó sin futuro fuera de una acción coordinada con la Argentina, tal como también lo había proclamado en su informe la Misión Shackelton, en agosto de 1976” (Betts, 1987, p.12). Coincidimos en que una relación abierta y constructiva entre el continente y las islas resultaría sumamente beneficiosa para la sociedad malvinense, un camino que el Estado argentino debe reconstruir tras la guerra y cuatro décadas de *impasse* en la resolución de la disputa territorial.

Con todo, vale aclarar que Argentina ha recompuesto los vínculos bilaterales con el Reino Unido a comienzos de los 90, lo que ha llevado a mayores entendimientos en materia de pesca, petróleo, vuelos y turismo. Esta sintonía entre ambos países fue señalada por ser demasiado concesiva hacia los isleños -según sus críticos-, pues contribuyeron a transformar a los malvinenses en una de las poblaciones con mayores ingresos per cápita del mundo. Pero la estrategia sirvió a los argentinos para demostrar la buena voluntad y la falta de hostilidad hacia los malvinenses, e incluyeron gestos

significativos como financiar la remoción de minas personales del territorio insular; también se mantuvieron mecanismos de cooperación entre ambas partes y se conformó un Grupo de Trabajo Conjunto (GTC) en la primera década del siglo XXI, en medio de una relación asimétrica y difícil para nuestro país, en especial por la predisposición de Londres a adoptar medidas unilaterales bajo la política de los hechos consumados.

Si se observa un endurecimiento en la aproximación hacia Malvinas por parte de la Argentina -esto es, hacia las respuestas emanadas de Reino Unido- es porque deben entenderse las evasivas británicas a la hora de hablar de soberanía y el fin de la ocupación. La lógica de un acuerdo bilateral es su beneficio para los firmantes, cosa que no ocurrió y que llevó al gobierno argentino a cambiar de rumbo e invertir el razonamiento: no son las concesiones, sino las dificultades las que pueden llevar a británicos e isleños a rever su postura. De esta forma, la Argentina se propuso regular los vuelos chárter -un avión privado complementario al servicio regular semanal acordado entre Argentina y Reino Unido en 1999, operado por LAN Chile-, desalentar las posibilidades de venta de licencias pesqueras por parte de los isleños y coordinar esfuerzos con los países de la región para prohibir el amarre en puertos sudamericanos de buques militares británicos que se dirigen o provienen de Malvinas.

Esta estrategia que los malvinenses juzgaron coercitiva y hostil no era otra cosa que una expresión de frustración y hartazgo del lado argentino al no haber obtenido una contrapartida. Reino Unido dilataba la discusión de fondo -la soberanía de las islas- mientras los isleños garantizaban para sí el acceso a los recursos naturales en el mar circundante. Pero lo cierto es que la Argentina no ha tomado -en verdad, no ha querido- todas las medidas a su alcance que pudieran entorpecer el desarrollo de las islas. Incluso ha ofrecido asistencia en medio de la crisis sanitaria provocada por la pandemia de COVID-19. Como lo reconoció el entonces gobernador colonial de Malvinas en 2002, Howard Pearce, los malvinenses “no tienen que descartar que se avance en un acercamiento de las islas con la Argentina” (Romero, 2020, p.142). Si la Argentina mantiene un compromiso firme con tres principios esenciales -contemplar los intereses de los isleños en cualquier negociación, mas no sus deseos; oponerse a los intentos de los isleños de impulsar su pretendido derecho a la autodeterminación, el cual implicaría la quiebra territorial de la Argentina; y no incluir a los isleños en las negociaciones en cuanto la consideran una población implantada por una ocupación colonial que solo revalidaría la usurpación consumada por Reino Unido en 1833-, puede ensayar estrategias con distintos tonos y objetivos diferenciados, pero siempre tendientes a suscitar acciones

recíprocas. Una política inteligente hacia Malvinas y sus habitantes, que contemple y se base en los intercambios humanos descritos a lo largo de este trabajo, solo puede redundar en un vínculo provechoso para el continente y las islas.

Son amplios los beneficios que traería a las islas una resolución del conflicto soberano, principalmente porque la cercanía con Argentina continental -lo cual no sólo las une en términos de geografía, cultura, historia- inviste a la segunda de una posición privilegiada tanto para el abastecimiento de productos que los isleños no pueden adquirir localmente, como en materia de servicios fundamentales para el desarrollo y prosperidad de una población, tales como la educación y la salud. En el terreno de las comunicaciones solamente, ¿Argentina continental podría contribuir con el armado de una mejor red de telecomunicaciones que suplante la actual proveedora de internet por satélite? O, ¿quizá aumentar el potencial de alcance que tienen los satélites existentes? Por su parte, la cuestión de la conectividad y transporte entre las distintas localidades isleñas ha sido poco desarrollada, contando con asfalto solamente en su capital Puerto Argentino/Stanley y viéndose la población obligada a desplazarse en vehículos 4x4 para llegar a las estancias más alejadas, e incurrir en la contratación de vuelos privados para moverse entre ambas islas. ¿Podría generarse con Argentina, un país con tradición de obra pública, un acuerdo que permita establecer rutas, llevar materiales, fuerza de mano calificada, etc.? A nivel de conexión internacional, salta a la vista la posibilidad de apertura de nuevas rutas de viaje con mejores escalas, amplitud de oferentes y descenso de los costos de los pasajes. En síntesis, esto impactaría positivamente en el turismo, que es actualmente una de sus principales fuentes de ingresos y más fuertes apuestas para su crecimiento.

A principio del 2020 la irrupción del Coronavirus puso sobre la mesa pública cuán necesario es que la población malvinense disponga de servicios de salud complejos para dar cuenta de situaciones críticas o de emergencia; y el ofrecimiento argentino sólo puede remarcar que es Tierra del Fuego la mejor opción para disponer de una atención médica de calidad y gratuita (quizá tan evidentemente que Reino Unido tuvo que abrir hospitales de campaña y salir a responder en contra de esta ayuda humanitaria). Si hasta antes de la guerra los malvinenses utilizaban estos recursos, ¿por qué no insistir en el restablecimiento de este vínculo que sólo puede acarrear una mejora en la calidad de vida de dicha sociedad? Vamos un paso más allá y recordemos que, hasta la explosión del conflicto bélico, era moneda corriente ver a los isleños cruzando el Mar Argentino para educarse en escuelas y universidades nacionales. El enriquecimiento de un intercambio

cultural de este tamaño no sólo se basaría en el aprendizaje de un idioma (como si eso fuera poco y despreciable), sino en integrarse con sus vecinos y formar parte de esta región de manera mucho más afianzada.

En términos comerciales, las islas se beneficiarían increíblemente de poder vincularse mediante acuerdos no sólo con Argentina, sino de hacerlo sin las objeciones e impedimentos del caso con otros países como Uruguay, Chile y Brasil con quienes actualmente sostienen relaciones y que podrían ser mejoradas al poner a todos los miembros en situación de mayor igualdad y legalidad. ¿Y qué hay de la coordinación referida a exploración de recursos naturales, su preservación y explotación sustentable? En la actualidad, los acuerdos vigentes entre argentinos e isleños permite que los segundos reciban, por ejemplo, un volumen de calamar que hace de la zona un lugar de interés para los barcos pesqueros chinos, japoneses, rusos, españoles y taiwaneses. La venta de licencias pesqueras, que es la razón detrás de la prosperidad del archipiélago, puede verse potenciada por la posibilidad creadora de la transferencia y circulación de conocimientos y experiencias entre ambos territorios que comparten una misma escena geográfica. Las investigaciones conjuntas, por su parte, podrían llevar a una preservación de este recurso y un avance científico de dimensiones que no podemos estimar.

Es preciso recordar que el corazón del reclamo argentino de soberanía sobre las Malvinas no implica una enemistad irreconciliable con Reino Unido, potencia que guarda lazos comerciales, culturales, demográficos e históricos con el actual territorio nacional, incluso antes de la conformación de Argentina como Estado-nación. Se trata de un reclamo acorde a su posición geográfica y a su presencia en el Atlántico Sur y en la Antártida, donde el Estado argentino administra 13 bases, entre ellas la Orcadas, el asentamiento más antiguo sobre el llamado continente blanco, inaugurado en 1904. Esta presencia ya centenaria de nuestro país en la zona encuentra su síntesis en el nuevo mapa de Argentina presentado en 2020, previamente validado por Naciones Unidas, a través del cual se fija el límite exterior de la plataforma continental más allá de las 200 millas marinas. No es solo un acto de autoafirmación soberana: más bien expone el carácter bicontinental de la Argentina, notifica a la comunidad internacional el área de dominio nacional e invita a la ciudadanía a asumir la complejidad de su extensión geográfica. A modo ilustrativo, el rediseño cartográfico ubica el centro territorial del país en Tierra del Fuego.

La Antártida configura en la actualidad uno de los principales reservorios mundiales de agua dulce y recursos ictícolas y, por analogías trazadas con los demás continentes,

poseería minerales como el litio y el petróleo. Y la Argentina mantiene su presencia en un área de aproximadamente 1,5 millones de kilómetros cuadrados, que se superpone con los reclamos territoriales del Reino Unido y Chile. De hecho, Londres incluye en su British Antarctic Territory al sector antártico argentino. La proyección real de Reino Unido, entonces, se hace a partir de su control efectivo de Malvinas. Es aquí donde las islas exponen en la totalidad su rol geoestratégico. La cuestión no es simplemente si la planificación británica en la zona que va desde Malvinas a la Antártida torpedea la preservación de los recursos que reivindica Argentina y la investigación científica -acaso la única vía para producir conocimiento-, sino las consecuencias del potencial impacto de la explotación de esos recursos, por ejemplo para fines de bioprospección, que conciernen a lo ambiental.

El estatus de territorio de ultramar que los británicos le otorgan a las Malvinas, incluidas en la lista de territorios no autónomos del Comité Especial de Descolonización de la ONU, parece darle carta blanca a Londres para violar reiteradamente el derecho internacional, como la vez en que el gobierno británico fue denunciado por el argentino tras enviar submarinos con capacidad nuclear a Malvinas. Mal que le pese a Reino Unido, desde 1969 América Latina y el Caribe firmaron el Tratado de Tlatelolco por el cual se prohíbe la proliferación de armas nucleares en toda la región. Como se observa, el corazón del reclamo soberano argentino -la recuperación de la administración de las Islas Malvinas, Georgias del Sur, Sándwich del Sur y los espacios marítimos circundantes- debe ocupar a la región, en cuanto se juega el cumplimiento de la ley internacional y la protección de los recursos naturales. El Estado argentino deberá ser inteligente a la hora de propiciar el debate y hacerlo parte de la opinión pública, no solo a la población del continente; también a los isleños, que parecen al margen de las decisiones tomadas en Londres, que maneja la defensa y las relaciones exteriores de Malvinas, como en el resto de sus diez colonias o “territorios de ultramar”.

Nos tomamos aquí una pequeña licencia e intentaremos un mínimo esbozo de análisis del discurso sobre dos afirmaciones que hemos encontrado presentes en el relato isleño a lo largo de nuestra investigación: por un lado, la aseveración de que son un territorio independiente que busca ser considerado casi como una nación, y por el otro su deseo proclamado de seguir siendo británicos. ¿Pueden convivir estas dos posturas de manera sincrónica? Desde la perspectiva de los isleños, la percepción de pueblo libre y democrático es la que fundamenta el reclamo del derecho a la autodeterminación; y como seres independientes pueden concebir con qué países sostener negociaciones, por lo

cual eligen mantener un acercamiento próximo con el Reino Unido. Sin embargo, en los hechos, esta idea carece de sustento material más allá de lo enunciado. A nivel internacional, el propio derecho niega la posibilidad de los isleños a la autodeterminación por considerar que las características de su origen (es decir, remontándonos a 1833, el momento en el cual el Reino Unido expulsa a las autoridades argentinas del enclave y deja apostados a sus propios colonos) los constituyen como una población trasplantada que no puede esgrimir ese pedido. Son los mismos isleños quienes, en 2013, realizaron un referéndum donde el 92% de los habitantes votó por seguir siendo considerados un territorio de ultramar del Reino Unido. Más allá de la ilegalidad de esta votación, su cuasi nulo reconocimiento por la escena internacional e incluso su falta de publicidad y conocimiento general, sí nos interesan las intenciones -no desconocidas pero sí escasamente enunciadas- de mantener una relación colonialista entre dos partes que desconocen el llamado al diálogo dictado por la Asamblea General de la ONU (una de ellas sin siquiera derecho a hacerlo por no considerarse parte del conflicto).

Esta no es una afirmación menor, sino que blanquea una relación existente mediante la cual, si bien los isleños tienen injerencia en algunas decisiones que atañen al territorio, no disponen de la misma posibilidad a la hora de definir su destino. Sólo basta mirar el caso de la base militar de Mount Pleasant, sobre la cual los ingleses se rehúsan a brindar datos certeros tales como cuánto y qué tipo de armamento disponen, cuántos militares tienen allí apostados e, incluso, a rectificar o confirmar los rumores de que han sembrado la bandera del poder nuclear en la región. Se trata de “uno de los cinco principales enclaves militares extranjeros en el hemisferio occidental” (Luzzani, 2012, p.423), de los mejor equipados en términos de instalaciones y tecnología en América del Sur, donde se entrenan los efectivos británicos que han combatido en conflictos recientes como los de Irak o Afganistán, y que ha alterado la demografía de las islas: uno de cada tres habitantes de Malvinas es un militar. Lo cierto es que año tras año la Argentina protesta en contra de los ejercicios militares que se realizan en el Atlántico, no sólo por su condición ilegal sino también porque supone en esto una demostración de poderío intimidatorio que sólo aleja la posibilidad de una resolución pacífica al diferendo (Protesta enérgica de la Argentina por ejercicios militares británicos en las Islas Malvinas, 16 julio de 2020). En palabras del autodefinido ciudadano argentino malvinense, Alexander Betts, ¿acaso los isleños fueron consultados sobre si querían ver a su tierra convertida en un enclave militar? (Betts, Alexander: p. 30). Cualquier persona con mínima formación sobre ciudadanía reconocerá que los conceptos democracia o nación no son compatibles con

tener detrás de los hilos a una de las mayores potencias del mundo definiendo sus negocios, su estrategia expansionista, que puede exponerla a un conflicto bélico al colocar una base de la OTAN en sus tierras o, incluso, evacuarlos bajo el argumento de seguridad militar como lo hicieron entre 1965 y 1973 en la isla de Diego García (Betts, Alexander: p.30). Lo que subsiste entre isleños e ingleses es una relación anacrónica de colonialismo en pleno siglo XXI, la cual ninguno está interesado en disolver al ver sus necesidades e intereses mutuamente satisfechos. Y si esto no es un punto desconocido para los malvinenses, como claramente se vislumbra en el resultado del ilegal referéndum, nos preguntamos hasta qué punto es sostenible esta premisa de su deseo de independencia y libertad.

Consideramos preciso aclarar que en la década de 1990 y en el período que comprende 2016-2019, se pretendió usar el acercamiento entre el continente y las islas como un pretexto para relegar el reclamo soberano a un segundo plano en las relaciones con el Reino Unido. De acuerdo a los intereses del Ejecutivo en esos dos períodos, ligados a una agenda que prioriza los asuntos comerciales y de integración a instancias multilaterales como el G20 y la OCDE, se propusieron esquemas que concedieron a la comunidad de las islas un acceso a mayores recursos. A cambio, la Argentina debía modificar el tono de su reclamo en organismos internacionales y “remover todos los obstáculos” (Romero, 2020, p.282) tal como le solicitara la entonces primera ministra británica Theresa May al entonces presidente Mauricio Macri. El costo económico y político de esta postura es a las claras contraproducente para los propios intereses argentinos. El acercamiento que postulamos ambxs tesis debe tender a disminuir la brecha entre el provecho que puedan sacar los isleños de los beneficios alcanzados gracias al “paraguas de soberanía” y las concesiones que el Estado argentino debe resignar por la evidente asimetría entre sus capacidades y las que exhibe su contraparte británica.

Insistimos en que los puntos de encuentro entre argentinos e isleños no deben vulnerar jamás los esfuerzos de la diplomacia argentina, y sobre todo las líneas rojas que ha logrado legitimar en el ámbito internacional. Pasando en limpio: la disputa actual es resultado de una ocupación que perdura hasta hoy en términos de un dominio colonial, la cual debe ser resuelta entre Argentina y Reino Unido, prescindiendo de los malvinenses como parte en las negociaciones -en las próximas líneas veremos el porqué de esta afirmación que al lector desprevenido puede tomar por sorpresa-, a través del diálogo e instrumentos de la diplomacia. Al respecto el Estado argentino ha honrado su palabra y

compromisos internacionales, mientras Londres ha ejercido como la metrópoli que ha incentivado los actos unilaterales, contraviniendo sendas resoluciones de la ONU. Aunque estos sean los términos de la negociación, y a pesar de que la Argentina no ha logrado sentar a su contraparte británica a la mesa de negociaciones, afirmamos que debe y tiene que avanzar en una aproximación hacia los habitantes de unas islas en las que busca ejercer su soberanía.

Otro punto que es preciso remarcar responde en parte a las preguntas planteadas inicialmente en esta conclusión. Interrogarnos por nuestra identidad como país y nuestro lugar en el mundo está estrechamente ligado a nuestras aspiraciones, proyecciones y obligaciones: es pensar sobre nosotros mismos como comunidad. Siguiendo la propuesta de Argentina como “potencia media” del diplomático Juan Ignacio Roccatagliata, nuestro país debe hacer que su política exterior contribuya a otorgar legitimidad a un orden mundial que reconoce en el derecho internacional la fuente para dirimir disputas entre los actores globales. Y en ese marco la República Argentina ha encontrado un respaldo para sus argumentaciones en relación con sus derechos sobre el archipiélago austral (Roccatagliata, 2020). Sin embargo, la ley internacional constituye también una garantía para la relación entre los malvinenses, en especial luego del trauma que significó la decisión de la dictadura argentina de llevar la guerra a Malvinas en 1982.

Pero el vínculo entre la Argentina y los isleños debería hallar una razón de ser que exceda al Estado argentino como beneficiario de una aproximación, o al menos una replanteamiento de esta relación. Es que se presenta como necesario e imprescindible que la sociedad argentina comprenda la importancia de las islas para nuestra configuración estatal y nuestro propio desarrollo. En otras palabras, son las personas que habitan la Argentina las que deben beneficiarse de un acercamiento humano, cultural, comercial y político con quienes habitan las Malvinas. Una potencia media tiene como cometido proyectar sus compromisos internacionales hacia el interior de sus fronteras, enfrentar los traumas y los mitos que moldearon a nuestra sociedad con los principios de la defensa de los derechos humanos, la democracia y la redistribución equitativa de la riqueza, entre otros aspectos. La propuesta de remalvinización debe estipular un gran diálogo ciudadano, incluir a la sociedad argentina en la discusión acerca de Malvinas, estimular la participación de los sujetos en la estrategia de un nuevo acercamiento con los malvinenses y esclarecer los potenciales beneficios, concretos y materiales, de un intercambio con las islas.

Por ello el concepto de remalvinización está en sintonía con el derecho habilitante, el cual prevé un acceso a la información como prerequisite para una formación de una ciudadanía activa y un proceso de toma de decisiones producto del debate y el conocimiento puestos en juego en un sistema democrático. Que las “Malvinas son argentinas” es algo que ya sabemos pero que nos deja en una posición de inmovilismo poco conveniente cuando se está en la parte débil del tablero. Es deseable que una nación que comparte valores universales y los postula como propios ejerza un poder de atracción en unas islas cuyos habitantes dicen reconocerse en principios democráticos. Habrá que resignar, con seguridad, los discursos divisionistas que torpedean la estabilidad y el bienestar de la población y quemar los puentes con aquellos a los que se desea llegar con una bandera blanca. Otro tipo de vínculo entre el continente y las islas es posible y puede ser beneficioso para quienes habitan la Argentina. Sin embargo, ese tipo de acercamiento debe ser definido por una sociedad informada, democrática, participativa y comprometida con el derecho y el respeto por sus interlocutores. Y poniendo énfasis en la federalización del debate y contemplando la diversidad de realidades que alberga nuestro país, ya que un argentino de Buenos Aires puede tener una apreciación diferente de los temas concernientes a Malvinas que, por caso, un argentino de Tierra del Fuego. Remalvinizar es reconocer la existencia de otros horizontes posibles, promover su debate y, en el camino, fomentar la democratización en base a una información fidedigna y al alcance de la ciudadanía.

En marzo de 2018, el jurista argentino Marcelo Kohen viajó a las islas con una propuesta para resolver la disputa de soberanía. Kohen alquiló el salón de la Cámara de Comercio de Stanley y publicó un aviso en el diario local invitando a los malvinenses a conocer su plan. La novedad no radicaba solo en la audacia de algunos de los puntos - como la posibilidad de los isleños de obtener una soberanía plena-, sino en que la propuesta estaba dirigida especialmente a los habitantes de las islas. Más allá del éxito o no de la convocatoria, la iniciativa del jurista lleva implícita una idea de gran importancia: puede haber personas en las islas dispuestas a escuchar a un argentino que quiere hablar de soberanía (Robledo, 2018).

Los gestos hacia los isleños suelen ser pensados desde el continente como botellas arrojadas al mar. Pero eso no puede confirmarse hasta después de realizar una oferta. En ese sentido, la Secretaría de Malvinas, Antártida y Atlántico Sur de Cancillería anunció en mayo de 2021 que preparaba un plan de becas para que jóvenes isleños se formen en universidades de la Patagonia. De acuerdo al titular de la Secretaría, Daniel

Filmus, “a los jóvenes les conviene venir al continente argentino –por ejemplo- a estudiar Geología porque el suelo y el mar de Malvinas son iguales que en la Patagonia. Lo mismo sucede con los temas energéticos y ambientales. Les conviene mucho más venir a estudiar a la Patagonia continental” (Anunciarán un plan de becas universitarias para jóvenes que viven en las islas Malvinas, 2021).

Es difícil determinar qué “les conviene” a los malvinenses, a quiénes la Cancillería argentina considera “argentinos para nosotros”, aunque es justo preguntarnos si hay univocidad en el rechazo frontal de los isleños hacia la Argentina. Porque es evidente que existe una enorme diferencia entre desconfiar de las intenciones argentinas -desde la óptica isleña, claro- y reivindicar una abierta hostilidad hacia todo contacto con las autoridades argentinas y los habitantes del continente. Esa diferencia es la que le permite a Kohen aterrizar en Malvinas y poder exhibir su plan en Stanley. Esto nos lleva a una tarea necesaria e igualmente ardua: “desmitificar” a la sociedad malvinense. Es necesaria pues debemos abandonar la idea de que se trata de una población homogénea, con independencia de las imágenes que se construyen alrededor de ella; y es ardua porque la falta de contactos más estrechos y en mayor número entre argentinos continentales e isleños echa por tierra la posibilidad de obtener información de primera mano. Pero los libros, las crónicas y las piezas audiovisuales publicadas en años recientes nos permiten trazar un panorama general.

Según le contó el reverendo Richard Hines a la periodista Natasha Niebieskikwiat, no todos los habitantes de las islas disfrutaban de la riqueza que genera la venta de licencias pesqueras y el turismo (Niebieskikwiat, 2014). Es verdad que Malvinas tiene uno de los PBI más altos del mundo, pero la redistribución no alcanza a todos por igual. Jóvenes, madres solteras, inmigrantes provenientes de Chile, Santa Helena, Filipinas, Zimbabwe o cualquier otra latitud. La exdirectora del diario local *Teaberry Express*, Juanita Brock, le dijo a su interlocutora argentina que algunas mujeres son embarazadas por soldados británicos que están de paso por el archipiélago, para terminar convirtiéndose en padres abandonados al marcharse. Un médico extranjero le confió que los análisis de hígado de los malvinenses revelan un consumo de alcohol elevado. En su libro *Soñar con las Islas. Una crónica de Malvinas más allá de la guerra*, el periodista argentino Ernesto Picco narra una comunidad integrada por descendientes de ingleses y migrantes de otros puntos del planeta en partes iguales, donde hay personas antiargentinas y otras que creen en la independencia total del Reino Unido. Una sociedad plural con ritmo pueblerino. Y con casos de abuso sexual a menores -que requirieron el

asesoramiento de Londres, por el desborde de las autoridades coloniales-, entre otros flagelos como el trabajo esclavo, presente en los barcos pesqueros que con licencia isleña hacen su labor en aguas adyacentes (Marinone Soriano, 2021).

Llegado a este punto, el lector podrá preguntarse por qué exponer estas “miserias humanas”. Justamente porque no existen las sociedades ideales, porque la imagen de una población próspera y satisfecha materialmente no es una realidad compartida por todos sus miembros; porque las diferencias entre las familias cuyos antepasados vinieron como consecuencia de la ocupación británica de 1833 y quienes lo hicieron después de la guerra de 1982 se sienten por más que se jure lo contrario. Entonces, si asumimos de una vez por todas que no puede tratarse de una sociedad uniforme, ¿cómo pensar que todos sus integrantes responderán de la misma forma a un mayor acercamiento con la Argentina continental? ¿Por qué no pensar que un joven isleño que busca estar cerca de su familia pueda aceptar una beca universitaria del Estado argentino para estudiar a tan solo unos kilómetros? ¿Y contemplar al menos la propuesta del jurista Kohen? Anular esa hipótesis implica desconocer los encuentros entre argentinos e isleños en un campeonato deportivo, un amistoso de rugby, una maratón en Stanley o negar la existencia de situaciones que ni siquiera conocemos y pueden estar ocurriendo (¿qué pasa, por ejemplo, en una sala de juegos online, con acceso e interacción inmediata entre personas alejadas en términos geográficos?). De nuevo, presentamos más preguntas que respuestas, lo que demuestra cuán lejos estamos de hacer un diagnóstico de las relaciones entre quienes vivimos en el continente y quienes habitan las islas.

Hacemos un punto y aparte para volver a la guerra del 82. Durante el cuerpo de este ensayo afirmamos y sostuvimos en múltiples oportunidades la necesidad de mirar con nuevos ojos el conflicto bélico, recogiendo testimonios y poniendo en juego corrientes de pensamiento que nos permitan detectar lugares poco visitados a la hora de hablar de este tema. En este sentido, retomamos una idea desarrollada en el capítulo 5, la del enfrentamiento de las posiciones de víctima versus héroes sobre los excombatientes y veteranos. Este antagonismo recorre desde lo social a lo estatal, y como todas las categorías que asignamos para definir a las personas, se hace carne en la misma concepción que el conjunto de ciudadanos tiene sobre sí mismos. Para despejarlo, empezamos tirando la punta del ovillo de quienes participaron del enfrentamiento entre la Argentina y el Reino Unido con una constatación: esta población presenta en su interior las mismas disidencias e incongruencias que cualquier otra expresión de asociación humana. Por tanto, es esperable que haya quienes renieguen del mote de víctima por el

que otros están luchando. Entendemos que siquiera pensarse como tal genera en muchos protagonistas de la gesta de Malvinas un rechazo porque puede asociar su participación con una manipulación burda y utilitaria que, en consecuencia, disminuye lo heroico de su accionar (que, en honor a la honestidad intelectual, muchos entienden como hecho en pos de la patria). Esta última aclaración no es sólo un dato, sino que nos permite concebir una propuesta para los sectores nacionales más progresistas que se sienten salpicados de un patriotismo rancio al hablar de todo lo que gira alrededor de las islas: separar a Malvinas de la asociación patriótica se siente como un imposible, pero vale la pena insistir en el ejercicio de plantearnos, por ejemplo, qué entendemos por la defensa de nuestros intereses nacionales, y disputarle ese espacio a quienes se arrogan sobre sí el derecho de definir qué es la nación. No se puede tapar el sol con un dedo y pretender que estas discusiones no son sostenidas por los sectores más conservadores, porque si no quienes ensayen una respuesta afirmativa a este interrogante seguramente lo hagan en las antípodas de nuestro pensamiento ideológico pero, aún más importante, con las consecuencias macabras que vimos en la historia reciente, como la violación de los derechos humanos más elementales.

Si vamos al nivel social, este enfrentamiento de posiciones salió a escena con el fallo de la Cámara de Casación Penal de mayo de 2021, que hizo lugar a un recurso presentado por un exmilitar acusado de torturar a soldados durante la guerra de Malvinas dando el tema como “cosa juzgada” (Torturas en Malvinas: “nos han amenazado a nosotros y a todo aquel que intente sumarse a la voz de la verdad”, dijo Alonso del CECIM, 2021). Para los veteranos y excombatientes que afirman que las violaciones a sus derechos más básicos cuentan como delitos de lesa humanidad en total concordancia con las prácticas de terror perpetradas por la última dictadura militar, este tema no está siquiera cerca de ser zanjado. ¿Acaso se puede considerar saldada la etapa de terror estatal sin que todos los torturadores sean llevados ante la justicia? Es la opinión de estxs testistas que no, y que mínimamente el poder judicial nacional merece hacer un análisis exhaustivo de la cuestión. Ya en el 2012, gracias a la decisión de la ex presidenta Cristina Fernández de Kirchner de desclasificar el informe Rattenbach, la sociedad argentina tuvo acceso hasta el detalle acerca de los errores ejecutados por los militares y sobre la falta de planificación que tuvo la guerra de Malvinas detrás, lo cual de por sí califica como un daño garrafal cometido por el Estado nacional contra sus ciudadanos. Pero también reveló las violaciones a los derechos que sufrieron los soldados (Al "Informe Rattenbach" se sumarán ahora los archivos de las Fuerzas Armadas sobre la guerra de Malvinas,

2015). Entonces, ¿cómo podemos socialmente amigarnos con estas dos posiciones tan disímiles? A nuestro entender, se requiere de una mirada renovadora sobre el concepto de heroísmo. Cuando se esgrime la teoría de que la rendición argentina en la guerra de Malvinas produjo el colapso de la dictadura militar suele hacerse sobre la base de la improvisación e inoperancia de un régimen desgastado que buscaba, a través de una victoria bélica, reafirmarse en el poder. ¿Podemos entonces, siguiendo esta teoría, plantear que fueron los soldados conscriptos quienes pusieron el cuerpo para derrocar a los militares? En ese caso, lo heroico ya no pasaría por la recuperación de un territorio nacional a manos de los usurpadores británicos, sino por darle el golpe de gracia a una dictadura en decadencia y por la misma acción de supervivencia de quienes dieron su vida como ofrenda. Sabemos que este punto es polémico, y que puede no ser bien visto por muchos ojos, no obstante siempre fue enunciado en esta tesis la necesidad de agitar el avispero con nuevas ideas que permitan mover los cimientos de Malvinas. Sería propicio que quienes manifiesten una posición opuesta o crítica retomen esta hipótesis y desarrollen líneas de investigación en ese sentido.

Finalmente, analicemos algunos postulados poco explorados sobre el rol del Estado argentino en este antagonismo víctimas-héroes. El antropólogo y sociólogo Fassin Didier analiza el concepto de víctima en diferentes esferas sociales y postula la categoría de “la política del sufrimiento”, según la cual una víctima sufre una transformación cultural. Para Fassin, esta “política del sufrimiento” presenta un “doble rasgo, victimización y singularización de los excluidos, define una nueva forma de subjetivación de las desigualdades sociales y caracteriza lo que ciertos autores como Robert Castel y Pierre Rosanvallon (1995) han llamado la nueva cuestión social” (1997, 35). Didier afirma que “(...) la política del sufrimiento se define dentro del paradigma del Estado democrático-capitalista (...). No hay discusión (...), sino adaptación para que los efectos sobre los más vulnerables sean un poco menos duros. Se puede hablar de arreglos internos que implican mínimas correcciones, lo cual significa que actualmente se considera prácticamente imposible luchar contra las desigualdades; sólo se lucha contra sus consecuencias más visibles. Segundo, dentro de este paradigma, el margen de acción de los agentes locales es muy restringido, lo que causa una fuerte frustración”. (Didier, 1997). Cuando miramos las concepciones de víctimas y héroes a partir del prisma del Estado hay un lugar comúnmente citado sobre el abandono que sufren los veteranos y excombatientes al volver de la guerra para el primer término, y una reivindicación de la gesta heroica llevada a cabo por quienes defendieron la patria, para el segundo término.

Es la opinión de ambas tesis que las nuevas problematizaciones respecto a Malvinas sobre las que hemos insistido no pueden ser realizadas sin concebir la guerra (e incluso las islas mismas) dentro del esquema de problemáticas que atraviesan a nuestra sociedad. Por ello, nos parece oportuno mencionar como conclusión una línea que no vimos explorada en los materiales trabajados a lo largo de esta tesis: que quienes pelearon en la guerra eran mayormente pobres, de origen localizable en el interior de la Argentina, y cuya piel es marrón. Raza y clase, dos viejas constantes en la historia de nuestro país, también se jugaron en este enfrentamiento bélico tal como lo hicieron en los combates que libramos en el 1800. Y es deber de nuestro Estado, si es que quiere hacer algo más que brindar pequeños paños paliativos, preguntarse quiénes pelean estas guerras, porque si las fronteras se delimitaron con los cuerpos caídos de negros, gauchos y pobladores originarios, quienes fueron expuestos a la inclemencia del clima isleño, sin el equipamiento ni la preparación adecuada, fueron también los sectores más vulnerables y marginalizados de nuestra sociedad. Ahora, ¿por qué es tan difícil ver esto que pareciera una obviedad cuando se mira las fotos de los excombatientes y veteranos? Porque la Argentina no es un país que se considere racista. Ya se ha observado muchas veces, pero todavía no parecemos haber internalizado que concebimos sólo como “descendientes de los que vinieron en barcos europeos” es una generalización que deja por fuera a gran parte de la población que conforma el país. A pesar de que no estén representados en la literatura, en el arte, en el cine, la televisión, estas personas conviven diariamente con nosotros. Sobre esta dificultad de pensar el racismo dentro de las sociedades latinoamericanas, habla el autor y doctorando Marco Avilés, afirmando que en Perú -y nos animamos a decir que esta afirmación aplica para la Argentina y el resto de Latinoamérica- “lo blanco no es una piel sino una forma de ser en la sociedad: una manera de pensar y de pensar a los demás desde el poder tentador y la dulce hegemonía. En cada sociedad, lo blanco adquiere indicadores específicos: apellidos determinados, fenotipos ligados a los grupos hegemónicos, a sus historias y a sus negociaciones y sus mestizajes, distanciamiento social de grupos minorizados” (Avilés, 2021). Como sentencia Avilés “el racismo más difícil de exponer y de discutir es el estructural porque es, en apariencia, invisible, aunque está en la esencia misma de nuestro sistema” . Sin intención de hacer un trabajo extenso sobre esta problemática, que excede los límites de este ensayo y lo que nos proponemos, dejamos esta línea de investigación tentativa señalando un problema que no se ha abordado y que merece su justa exploración si queremos ser un país mucho más igualitario e inclusivo que pueda

reconocer sus núcleos estructurales y que defina políticas que vayan más allá de una reparación histórico-social simbólica, buscando realmente transformar las condiciones materiales de existencia de sus ciudadanos.

Para cerrar la cuestión de la guerra queremos traer a debate algo interesante que hemos llegado a inferir en el análisis de los discursos circulantes en torno al resultado de 1982: la mención a la responsabilidad efectiva de los militares por sobre la derrota se conecta a su fracaso para diagramar un plan bélico acertado y proveer a sus soldados de las condiciones materiales precisas para combatir una guerra, pero no se extiende hacia pedidos tales como la necesidad de una condena o castigo por su accionar criminal. Si bien es cierto que una lectura posible y de amplia expansión en nuestra sociedad ha sido que el desenlace bélico supuso la caída en desgracia de las Fuerzas Armadas, notamos poco énfasis a la hora de buscar entre los ejecutores de este conflicto responsabilidades con condenas efectivas a través de la ley (lo que sí sucedió con las víctimas de secuestros, torturas y desapariciones en el territorio continental). Incluso dentro de los propios grupos de veteranos y excombatientes que hemos entrevistado y relevado para este ensayo no hay posturas concluyentes al respecto: están quienes plantean la no división entre conscriptos y militares de carrera, y los que sí ven la necesidad de separarse. Lo cierto es que, salvando la excepción del C.E.C.I.M., la movilización política en pos de un reclamo reivindicador no pareciera ser algo que motive a nuestra ciudadanía. Interrogamos sobre una afirmación que ya hemos constatado en esos discursos: ¿por qué a los conscriptos se le plantea esta idea de “rebaja” de su accionar, como si pasara a no tener importancia y por lo tanto los dejara vacíos de sentido, cuando se hace la mención a que pueden ser también víctimas? Lanzamos una hipótesis polémica, una más de las que hemos esbozado en este ensayo, y es que esta cuestión de no escindir a los conscriptos de los profesionales militares es tal vez una situación buscada por los perpetradores de estos actos monstruosos, que encuentran en esa indefinición la oportunidad perfecta para poder escaparse de rendir cuentas ante nuestra sociedad.

Este punto se corresponde con la propuesta remalvinizadora, con el acceso a un debate abierto y democrático y, por supuesto, con la capacidad de redefinir categorías para los actores del conflicto bélico y exigir castigo penal para los responsables de llevarnos a la guerra. Recordamos una vez más que el objetivo de estas líneas y de la remalvinización es hacer volar por los aires aquellos tabúes respecto a las islas. Lo que hemos buscado a lo largo de este ensayo es reconstruir, con las piezas que quedan

después de la explosión, nuevos parámetros que nos alejen de los mismos (escasos) resultados que hemos visto desde 1982 a esta parte. De hecho, la cantidad de tópicos a los que hemos aludido habla de la necesidad de remalvinizar el debate público. Y tal como lo hemos dicho previamente, una discusión participativa requiere un conocimiento para la toma de decisiones. Puesto que la Comunicación atraviesa todo el proceso social, permite a su vez un ejercicio activo de la ciudadanía. Por ello postulamos que el derecho a la Comunicación es un derecho habilitante de otros derechos y garantiza la vigencia de los derechos humanos. Una sociedad no es democrática solo por acudir a las urnas periódicamente para elegir a sus representantes. La información cumple un rol clave al ser insumo fundamental para la toma de decisiones. En este sentido es que entendemos la Comunicación como un derecho habilitante, estando el derecho a la información vinculado además con la memoria colectiva, su sostenimiento y las diversas contribuciones que provienen de los distintos puntos de vista propios de una sociedad. Pero el espejo de Malvinas nos obliga a mirarnos a nosotros mismos antes de poner la lupa sobre el archipiélago, y en concreto sobre los malvinenses. Debemos estar preparados para asumir las imágenes que nos devuelve y analizar qué hacemos con ello, de la manera más inteligente y participativa.

# Bibliografía

- Aizen, M. (12 de mayo de 2018). *La sorprendente vida en Malvinas, hoy*. Clarín. [https://www.clarin.com/viva/sorprendente—vida—malvinas—hoy\\_0\\_Sya98WfCz.html](https://www.clarin.com/viva/sorprendente—vida—malvinas—hoy_0_Sya98WfCz.html)
- Actis, E. y Creus, N. (2020). *La disputa por el poder global. China contra Estados Unidos en la crisis de la pandemia*. Ciudad de Buenos Aires. Capital Intelectual.
- Amati, M. (2012). *Malvinas en el 30° aniversario: memorias, sentidos y disputas*. Ciencias Sociales. Revista de la Facultad de Ciencias Sociales / UBA, 80, 78-85.
- Ansaldi, W. (2012). *La memoria y el olvido como cuestión política*. Ciencias Sociales, Revista de la Facultad de Ciencias Sociales / UBA, 80, 12-17.
- Ares, D. (1994). *Banderas en los balcones*. Buenos Aires. Ediciones de la Flor.
- Avilés, M. (marzo-abril 2021). *Lo bueno, lo malo y lo cholo*. Nueva Sociedad <https://www.nuso.org/articulo/lo-bueno-lo-malo-y-lo-cholo/>
- Bajtín, M. (1987). *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento*. Madrid. ALIANZA.
- Baron Santella, M. (2017). *Marcelo De Bernardis, el primer maratonista argentino que corrió en Malvinas*. Punto Convergente. <https://puntoconvergente.uca.edu.ar/marcelo—de—bernardis—el—primer—maratonista—argentino—que—corrio—en—malvinas/>
- Betts, A. (1987). *La verdad sobre las Malvinas. Mi tierra natal*. Buenos Aires. Emecé Editores.
- Bourdieu, P. y Chamboredon, J.C. (1975). “Primera parte: La ruptura” en: El oficio del sociólogo. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Brites de Vila, G. y Muller, M. (1990). *Un lugar para jugar. El espacio imaginario*. Buenos Aires. Bonum Editorial.
- Brocato, C. y Kaufman, A. (2017). *Golpes*. Buenos Aires. Hekht Libros.
- Campos, D. (12 de junio de 2021). “No quiero avivar ninguna enemistad”. Revista Ñ, Volumen desconocido, página 10.
- Cangiano, F. (2017). *Malvinas: debatir la guerra, politizar la memoria*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Ediciones de Socialismo Latinoamericano.

- Cavanna, J. (21 de Noviembre de 2019). *Sin turistas argentinos, así fue el primer viaje entre Córdoba y las Islas Malvinas*. Infobae. <https://www.infobae.com/sociedad/2019/11/21/sin-turistas-argentinos-asi-fue-el-primer-viaje-entre-cordoba-y-las-islas-malvinas/>
- Centro de Estudios Legales y Sociales (CELS) AA.VV. (2012). *Derechos humanos en Argentina: informe 2012*. Buenos Aires. Siglo Veintiuno Editores
- D'Alesio, R. y Pagés G. (2 de abril de 2018). *Malvinas: los chicos murieron, los jefes los torturaron*. La Izquierda Diario. <https://www.laizquierdadiario.com/Malvinas-los-chicos-murieron-los-jefes-los-torturaron>
- Del Carril, B. (1986). *La cuestión de las Malvinas*. Buenos Aires. Hyspamérica.
- Del Moral, M. (16 de octubre de 2019). *Respondió la pregunta “¿por qué me gustaría conocer a mis vecinos de las Malvinas?”, ganó y fue becado para vivir una semana en las islas*. Infobae <https://www.infobae.com/sociedad/2019/10/16/respondio-la-pregunta-por-que-me-gustaria-conocer-a-mis-vecinos-de-las-malvinas-gano-y-fue-becado-para-vivir-una-semana-en-las-islas/>
- Dinatale, M. (12 de marzo de 2013). *Contundente triunfo del sí en el referéndum de las Malvinas*. La Nación. <https://www.lanacion.com.ar/politica/contundente-triunfo-del-si-en-el-referendum-de-las-malvinas-nid1562319>
- Dinatale, M. (30 de septiembre de 2015). *Con becas de estudio, el Gobierno intenta seducir a los isleños*. La Nación. <https://www.lanacion.com.ar/politica/con-becas-de-estudio-el-gobierno-intenta-seducir-a-los-islenos-nid1832355/>
- Enríquez, M. (2018). *Alguien camina sobre tu tumba. Mis viajes a cementerios*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Galerna.
- Españó, Y. (01 de febrero de 2010). *Primer partido de rugby en Las Malvinas...27 años después de la guerra*. Marca.com [https://www.marca.com/2010/02/01/mas\\_deportes/rugby/1265023453.html](https://www.marca.com/2010/02/01/mas_deportes/rugby/1265023453.html)
- Fassin, D. (1997). *El concepto de víctima en el campo de los derechos humanos: una reflexión crítica a partir de su aplicación en Argentina y Colombia*. Revista de Estudios Sociales. <https://journals.openedition.org/revestudsoc/608>
- Feldman, G. (6 de mayo de 2021). *La complicidad judicial*. Perfil <https://www.perfil.com/noticias/opinion/gustavo-feldman-la-complicidad-judicial.phtml>

- Fernández Mainardi, P. (10 de octubre de 2019). *Malvinas, ¿cómo sigue el proceso de reconocimiento de los caídos?* DEF Online <https://defonline.com.ar/malvinas-como-sigue-el-proceso-de-reconocimiento-de-los-caidos/>
- Fitzroy R., Darwin C., Parker King P. (1839). *Narrative of the surveying voyages of his majesty's ships Adventure and Beagle (vol.3): between the years 1826 and 1836: describing their examination of the southern shores of South America, and the Beagle's circumnavigation of the globe*. Reino Unido. Henry Colburn.
- FM 947. (2 de abril de 2020). *Marcelo de Bernardis: "Al correr, los excombatientes reconocían dónde habían caído sus compañeros"* [Video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=8OD58mkFi6M>. Video Youtube accesado 29/05/21.
- Fowler, J.A.T. (2013). *1982: días difíciles en las Malvinas*. Buenos Aires. Ediciones Winograd.
- Giménez, G. (2000). *Identidades en globalización*. Espiral. Estudios sobre Estado y Sociedad/ Vol.7 Núm.19, 27-48. <http://www.espiral.cucsh.udg.mx/index.php/EEES/article/view/1175>
- Ginzburg, C. (1981). *El queso y los gusanos*. Barcelona. MUCHNICK.
- Goffman, I. (2010). *Estigma: La Identidad Deteriorada*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Guber, R. (2012) *¿Por qué Malvinas?: de la cauda nacional a la guerra absurda*. Segunda edición. Buenos Aires. El Fondo de Cultura Económica.
- Guerriero, L. (2008). *El rastro en los huesos*. Premio Nuevo Periodismo. [http://premio.fnpi.org/pdf/Rastro\\_huesos.pdf](http://premio.fnpi.org/pdf/Rastro_huesos.pdf)
- Guerriero, Leila. (10 de octubre de 2020). *La otra guerra de las Malvinas*. El País. [https://elpais.com/elpais/2020/10/08/eps/1602144739\\_814322.html](https://elpais.com/elpais/2020/10/08/eps/1602144739_814322.html)
- Kaufman, A. (2010). *Malvinas y memoria, dictadura y democracia. ¿De qué manera la Guerra de las Malvinas surge en nuestra memoria como significación concerniente al colectivo social argentino?* Buenos Aires. Observatorio Parlamentario Cuestión Malvinas. Biblioteca del Congreso de la Nación,
- Lanús, J.A. (2016). *Repensando Malvinas. Una causa nacional*. Ciudad de Buenos Aires. El Ateneo.
- Lorenz, F. (2013). *Unas islas demasiado famosas. Malvinas, historia y política*. Buenos Aires. Capital Intelectual.

- Lorenz, F. (2014). *Todo lo que necesitás saber sobre Malvinas*. Ciudad Autónoma de Buenos Aires. Paidós
- Lorenz, F. (23 de diciembre de 2019). *¿Alguna vez estuviste en la guerra?* Socompa. <http://socompa.info/cultural/alguna-vez-estuviste-en-la-guerra/>
- Luzzani, T. (2012). *Territorios vigilados. Cómo opera la red de bases militares norteamericanas en Sudamérica*. Buenos Aires. Debate.
- Malbrán, M. (2014). *Malvinas 1974. Memorias de una visita*. Clacso. Concurso de ensayos. La cuestión Malvinas: a 50 años de la Resolución 2065. <http://biblioteca.clacso.edu.ar/gsd/collect/clacso/index/assoc/D11055.dir/Malvinas.pdf>
- Marinone Soriano, M.B. (2021). *Malvinas hoy: riqueza, nacionalismo y abusos sexuales*. Clarín. [https://www.clarin.com/cultura/periodista-malvinas-sintio-lejos-argentina-\\_0\\_RtezS2tRt.html](https://www.clarin.com/cultura/periodista-malvinas-sintio-lejos-argentina-_0_RtezS2tRt.html)
- Martín Barbero, J. (2002). *La educación desde la comunicación*. Buenos Aires, Grupo Editorial Norma, Enciclopedia Latinoamericana de Sociocultura y Comunicación,
- Martín, M. (1 de abril de 2021). *La Guerra de Malvinas ya tiene su "Nunca Más"*. Perfil <https://www.perfil.com/noticias/actualidad/la-guerra-de-malvinas-ya-tiene-su-nunca-mas.phtml>
- Martínez, L. y Slipczuk, M. (14 de junio de 2019). *A 37 años del fin de la guerra de Malvinas, sigue sin saberse cuántos ex combatientes se suicidaron*. Chequeado. <https://chequeado.com/el-explicador/a-37-anos-del-fin-de-la-guerra-de-malvinas-sigue-sin-saberse-cuantos-ex-combatientes-se-suicidaron/>
- Moneta, J.M. (1970). *¿Nos devolverán las Malvinas?... Los actuales problemas malvineros*. Buenos Aires. Artes Gráficas SUPER.
- Niebieskikwiat, N. (2014). *Kelpers. Ni ingleses ni argentinos*. Ciudad de Buenos Aires. Sudamericana.
- Niebieskikwiat, N. (9 de junio de 2020). *Un avión de la Royal Air Force batió récord: voló desde Malvinas al Reino Unido en 13 horas, y sin escalas*. Clarín [https://www.clarin.com/politica/avion-royal-air-force-batio-record-volo-malvinas-reino-unido-13-horas-escalas\\_0\\_wL-bfYGu8.html](https://www.clarin.com/politica/avion-royal-air-force-batio-record-volo-malvinas-reino-unido-13-horas-escalas_0_wL-bfYGu8.html)
- Nugent, C. (27 de marzo de 2020). *Isolation Helped These Islands Delay a COVID-19 Outbreak. Now, Being Remote Could Be Their Biggest Problem*. Time. <https://time.com/5811309/coronavirus—falklands/>

- Oz y Oz—Salzberger (2014). *Los judíos y las palabras*. Madrid. Siruela.
- Palermo, V. (2014). *Sal en las heridas: las Malvinas en la cultura argentina contemporánea*. Buenos Aires. Sudamericana.
- Peretti, G. y Varisco, M. (2017). *Rasgos de las características demográficas de Malvinas. La importancia de los flujos migratorios de población no británica en su composición y dinámica poblacional*. Diputados Argentina. [https://www.hcdn.gob.ar/export/hcdn/diplomacia\\_parlamentaria/malvinas/Peretti\\_y\\_Varisco.pdf](https://www.hcdn.gob.ar/export/hcdn/diplomacia_parlamentaria/malvinas/Peretti_y_Varisco.pdf)
- Prieto Castillo, D. (Marzo de 2004). *Comprender la comunicación desde la participación de los niños y las niñas*. Daniel Prieto Castillo. <http://prietocastillo.com/textos/1/Comprenderlacomunicaci%C3%B3ndesdelaparticipaci%C3%B3ndelosni%C3%B1osylasni%C3%B1as.pdf>.
- Ramonet, G. (17 de abril de 2021). *Torturas en Malvinas: las dilaciones de la causa y el peligro de la impunidad*. Télam <https://www.telam.com.ar/notas/202104/551110-torturas-en-malvinas-las-dilaciones-de-la-causa-y-el-peligro-de-la-impunidad.html>
- Reyes, G (28 de marzo de 2019). *Una final en las Islas Malvinas*. La Tinta. <https://latinta.com.ar/2019/03/una-final-en-islas-malvinas/>
- Riccobene, A. (10 de junio de 2020). *Malvinas: la sociedad no se olvida del reclamo de soberanía*. Página 12. <https://www.pagina12.com.ar/271211-malvinas-la-sociedad-no-se-olvida-del-reclamo-de-soberania>
- Robledo, J. (05 de enero de 2020). *Una semana en Malvinas: cómo viven los isleños hoy*. Infobae. <https://www.infobae.com/historias/2020/01/05/una—semana—en—malvinas—como—viven—los—islenos—hoy/>
- Robledo, J. (22 de marzo de 2018). *Un académico argentino presentó ante los kelpers una propuesta para solucionar el conflicto de Malvinas*. Infobae <https://www.infobae.com/politica/2018/03/22/un-academico-argentino-presento-ante-los-kelpers-una-propuesta-para-solucionar-el-conflicto-de-malvinas/>
- Roccatagliata, J.I. (2020). *La Argentina como potencia media. Identidad, política exterior y una visión del país para el SXXI*. Buenos Aires. Eudeba.
- Rodríguez, M.G. (2020). *Sociedad, cultura y poder en el orden social contemporáneo*. Seminario de Cultura Popular y Cultura Masiva. Documento de cátedra

<https://www.dropbox.com/s/syhe6jss96fpoks/Documento%20de%20c%C3%A1tedra%20Nro.%201.docx?dl=0>

- Romero, A. (2020). *La Cuestión Malvinas: una hoja de ruta. Herramientas para la política exterior argentina*. Buenos Aires. Eudeba.
- Silveira Paulilo, M.A. (2011). *El poder de las representaciones sociales: M. Butterfly, la mujer perfecta*. Athenea Digital. Universidad Estadual de Londrina / 215-223. <https://atheneadigital.net/article/view/v11-n2-paulilo/784-pdf-es>
- Soriano, O. (1983). *Desde París Alain Rouquié*. Revista Humor, 101, 44-50.
- Spruce, J. (1992). *Corrals and gauchos*. Islas Malvinas. Falklands Conservation.
- Szerman, M. (2016). *Más allá del principio de placer: trauma, angustia y desvalimiento*. VIII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXIII Jornadas de Investigación XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires. <https://www.aacademica.org/000-044/860.pdf>.
- Tenenbaum, T. (22 de diciembre de 2019). *Este lugar se te mete*. La Agenda Buenos Aires revista. <https://laagenda.buenosaires.gob.ar/post/189809131385/diario—del—domingo—este—lugar—se>
- Todo Noticias. (31 de marzo de 2017). *Así se vive hoy en las islas Malvinas | En el camino* [https://www.youtube.com/watch?v=WcjA9WHpoNI&t=1554s&ab\\_channel=TodoNoticias](https://www.youtube.com/watch?v=WcjA9WHpoNI&t=1554s&ab_channel=TodoNoticias). Video YouTube accesado 29/05/21.
- Uranga, W. (2012). *Perspectiva comunicacional*. Universidad Nacional de Avellaneda. [http://periodismo.undav.edu.ar/asignatura\\_cc/csb06\\_diseno\\_y\\_gestion\\_de\\_politicas\\_en\\_comunicacion\\_social/material/uranga1.pdf](http://periodismo.undav.edu.ar/asignatura_cc/csb06_diseno_y_gestion_de_politicas_en_comunicacion_social/material/uranga1.pdf)
- Vasallo, F. (s.f.). *Suicidios de ex combatientes de Malvinas*. AFIP. <https://www.afip.gob.ar/malvinas/institucional/editorial/Trabajo-Final.pdf>

### **Notas periodísticas sin autor**

- *¿Por qué me gustaría conocer a mis vecinos de las Islas Falkland?* (31 de agosto de 2018). Gov.uk. <https://www.gov.uk/government/news/why—would—I—like—to—meet—my—neighbours—in—the—falkland—islands—3.es—419>
- *A propósito de Malvinas*. Ciencias Sociales. Revista de la Facultad de Ciencias Sociales / UBA, 80, 12-17.

- *Al "Informe Rattenbach" se sumarán ahora los archivos de las Fuerzas Armadas sobre la guerra de Malvinas* (3 de abril de 2015). Télam. <https://www.telam.com.ar/notas/201504/100243-informe-rattenbach-archivos-fuerzas-armadas-guerra-malvinas.html>
- *Anunciarán un plan de becas universitarias para jóvenes que viven en las islas Malvinas* (6 de mayo de 2021). El Sureño. <https://www.surenio.com.ar/anunciaran-un-plan-de-becas-universitarias-para-jovenes-que-viven-en-las-islas-malvinas/>
- *Argentina ofrece su ayuda a los habitantes de Malvinas.* (23 de marzo de 2020). Télam digital. <https://www.telam.com.ar/notas/202003/443850—argentina—ofrece—su—ayuda—a—los—habitantes—de—las—islas—malvinas—frente—a—la—pandemia.html>)
- *Cambios demográficos después de la guerra. La colonia de inmigrantes chilenos se hace un lugar en las Malvinas* (02 de octubre de 2009). Clarín. [https://www.clarin.com/ediciones-antteriores/colonia-inmigrantes-chilenos-hace-lugar-malvinas\\_0\\_BJx-UK\\_0ate.html](https://www.clarin.com/ediciones-antteriores/colonia-inmigrantes-chilenos-hace-lugar-malvinas_0_BJx-UK_0ate.html)
- *Comunicado Conjunto* (13 septiembre de 2016). Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Relaciones de Culto, Argentina. <https://www.cancilleria.gob.ar/es/actualidad/comunicados/comunicado—conjunto—9>
- *Declaración conjunta referente a la apertura de las comunicaciones entre las Islas Malvinas y el territorio continental argentino y su anexo* (05 de julio de 2010). Dipublico.org. <https://www.dipublico.org/5900/declaracion-conjunta-referente-a-la-apertura-de-las-comunicaciones-entre-las-islas-malvinas-y-el-territorio-continental-argentino-y-su-anexo/>
- *El rugby, un símbolo de unión en Malvinas* (13 de marzo de 2011). Fundación Rugby sin fronteras. <https://rugbysinfronteras.org/es/Rugby,%20a%20Union%20Symbol%20in%20the%20Falklands>
- *Falklands approved assessment of 'prohibited person' framework approved* (02 de octubre de 2020). Mercopress. <https://en.mercopress.com/2020/10/02/falklands-approved-assessment-of-prohibited-person-framework-approved>

- *Faurie, sobre el nuevo vuelo a Malvinas: "La posición oficial es que haya más vínculos"* (6 de septiembre de 2019). Crítica Sur. [https://criticasur.com.ar/nota/20855/faurie\\_sobre\\_el\\_nuevo\\_vuelo\\_a\\_malvinas\\_la\\_posicion\\_oficial\\_es\\_que\\_haya\\_mas\\_vinculos/](https://criticasur.com.ar/nota/20855/faurie_sobre_el_nuevo_vuelo_a_malvinas_la_posicion_oficial_es_que_haya_mas_vinculos/)
- *Fuerte malestar en el Gobierno por el concurso patrocinado por los Kelpers que involucra a universidades nacionales* (13 de octubre de 2018). 94diez.com. <https://www.94diez.com/archivo/13733/fuerte-malestar-en-el-gobierno-por-el-concurso-patrocinado-por-los-kelpers-que-involucra-a-universidades-nacionales/>
- *Macri, Faurie y Dietrich, imputados por los vuelos a Malvinas.* (14 de noviembre de 2019). Página 12. <https://www.pagina12.com.ar/231034—macri—faurie—y—dietrich—imputados—por—los—vuelos—a—malvinas>
- *Malvinas y coronavirus: cuando el odio vence a la razón* (21 de abril de 2020). Pal Sur. <http://palsur.com.ar/nota/634/malvinas-y-coronavirus--cuando-el-odio-vence-a-la-razon/>
- *Polémica por un partido de hockey sobre hielo entre una selección argentina y un equipo de las Islas Malvinas* (18 de septiembre de 2019). Infobae. <https://www.infobae.com/politica/2019/09/18/polemica-por-un-partido-de-hockey-sobre-hielo-entre-la-seleccion-argentina-y-un-equipo-de-las-islas-malvinas/>
- *Protesta enérgica de la Argentina por ejercicios militares británicos en las Islas Malvinas. Información para la Prensa N°:171/20.* (16 julio de 2020). Ministerio de Relaciones Exteriores, Comercio Internacional y Culto. <https://cancilleria.gob.ar/es/actualidad/noticias/protesta-energica-de-la-argentina-por-ejercicios-militares-britanicos-en-las>
- *Torturas en Malvinas: "nos han amenazado a nosotros y a todo aquel que intente sumarse a la voz de la verdad", dijo Alonso del CECIM* (5 de julio de 2021). Agenda Malvinas. <https://agendamalvinas.com.ar/2021/05/07/alonso-denuncia-amenazas/>
- *Un veterano santiagueño fue detenido por cantar el Himno en Malvinas* (26 de marzo de 2019). El Liberal. <https://www.elliberal.com.ar/noticia/santiago/480868/veterano-santiagueno-fue-detenido-cantar-himno-malvinas>

- *Una victoria con sabor a dolor* (18 de septiembre de 2019). Olé. [https://www.ole.com.ar/fuera-de-juego/malvinas-argentina-hockey-hielo\\_0\\_u\\_TGLcFq.html](https://www.ole.com.ar/fuera-de-juego/malvinas-argentina-hockey-hielo_0_u_TGLcFq.html)
- *Una visión alternativa sobre la causa de Malvinas*. (23 de febrero de 2012). La Nación. <https://www.lanacion.com.ar/politica/una-vision-alternativa-sobre-la-causa-de-malvinas-nid1450787/>